DESOBEDIENCIA CIVIL
Y OTROS TEXTOS

HENRY DAVID THOREAU

DESOBEDIENCIA CIVIL
Y OTROS TEXTOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
VANINA ESCALES



Thoreau, el incivilizado

“El mal que hacen los hombres les sobrevive”.
William Shakespeare, *Julio César*, III, 3.

Nació y murió en Concord, Estado de Massachussets, al noreste de los Estados Unidos, cerca de Canadá, en la zona conocida como Nueva Inglaterra. Sus fechas de nacimiento y muerte son el 12 de julio de 1817 y el 6 de mayo de 1862, vivió sólo 44 años y dejó una obra de más de treinta volúmenes, de los cuales su diario personal ocupa la mayoría. Ya grande insistía con que “no se había repuesto de la sorpresa de haber nacido en el lugar más estimable del mundo y en su mejor momento”[1] aunque lamentaba no ser tan sabio como el día en que nació.

Henry David Thoreau es un escritor diáfano, en cuyos textos, ni dogmáticos ni teóricos, aparece la verdad en forma de epifanía. Es el pensador de la vida sencilla y, como él mismo se llamó, “de la cabeza a los pies, un místico, un trascendentalista y un filósofo de la naturaleza”. Formó parte del *Trascendental Club* que comenzó a reunirse en Boston desde 1836 y en Concord desde 1840. El club estaba formado por un grupo reducido de intelectuales cultores de la amistad que, además, tenían en común haber leído a Immanuel Kant[2]. El chamán fue

[1] Casado da Rocha, Antonio, *Thoreau. Biografía esencial*, Acuarela libros, Madrid, 2005.

[2] Ellos eran –además de Emerson y Thoreau–: **Bronson Alcott** (fundador la Escuela de Filosofía de Concord y de comunidades utópicas, padre de Louise May Alcott, autora de *Mujercitas*), **Margaret Fuller** (escritora, educadora, feminista, directora de *The Dial*), **Ellery Channing** (aventurero, amigo de Henry y su primer biógrafo), **Theodore Parker** (pastor unitario, escritor y educador), **Jones Very** (poeta), **Christopher Cranch** (poeta, artista, escritor de cuentos para niños y traductor), **Orestes Brownson** (ministro de la iglesia, filósofo y ensayista) y **Elizabeth Palmer Peabody** (educadora, pionera de los jardines de infantes, hermana de Mary Mann, la amiga de Sarmiento, y cuñada de Nathaniel Hawthorne).

Ralph Waldo Emerson, un ex pastor unitario influido por Coleridge y Carlyle. El texto sagrado fue *Nature* –Naturaleza, 1836–; y el órgano de difusión, *The Dial*, dirigido por Emerson y Margaret Fuller. Todos eran antiesclavistas con matices en su grado de irritabilidad y acción.

Ninguno se ocupó de construir un sistema de pensamiento. No quisieron crear una escuela filosófica, antes bien, lo que les preocupaba era cómo el individuo puede mantener su independencia, su libertad y su dignidad en un contexto con nuevas tensiones, instituciones e intereses. No sólo frente al poder del Estado, sino también en un mundo donde la palabra "progreso" era el pasaje hacia un industrialismo que no ve paisajes sino materias primas. Thoreau recuerda al que tenga oídos para la verdad que el mundo "es más maravilloso que conveniente, más hermoso que útil".

Lo más parecido a una definición de trascendentalismo la dio Emerson: lo que entre nosotros se llama popularmente trascendentalismo es idealismo; el idealismo tal como se lo entendía en 1842[3]. El club reflexionaba sobre la esclavitud, la explotación de los irlandeses, la desaparición de los indios, los derechos de las mujeres, la tala de árboles, el crecimiento de las redes de comunicaciones. La opinión de Thoreau sobre el cableado entre Texas y Maine es que estos dos estados no tienen nada que decirse. Sobre todo, promovieron la experiencia y descreían de la separación entre teoría y práctica. El estilo es el hombre.

En *Naturaleza*, Emerson escribe que, a diferencia de las generaciones anteriores, la de ellos ya no ve las cosas cara a cara sino mediadas por los ojos de los ancestros, se mira con el peso de la cultura. Y pregunta: ¿por qué no disfrutar de una relación original con el universo? "Emerson creía que el país sólo cambiaría a mejor si cambiaban sus habitantes. No porque ellos hayan creado el sistema y por lo tanto sean responsables de su reforma, sino más bien porque las personas y sus relaciones

[3] Dice Gadamer en "La verdad de la obra de arte": "... la naturaleza no es para el idealismo sólo el objeto de la ciencia calculadora de la modernidad, es el imperar de una gran potencia creadora universal que se eleva a su plenitud en el espíritu consciente de sí mismo". En *Los caminos de Heidegger,* Herder, Barcelona, 2002.

son el sistema y, si hay algo que reformar, es eso y nada más."[4] Pero para este cambio no hay normas; tiene que haber una búsqueda permanente fruto del inconformismo, la humildad y la audacia espiritual. Se es mejor persona amando la verdad antes que las leyes y respetando el propio juicio antes que el de cualquier autoridad. El éxito de esta aventura será quitar de nuestro camino los mediadores que se interponen entre nosotros y la verdad, y que impiden una comunión directa con la naturaleza o con dios. Los trascendentalistas promovieron la introspección, siguieron a Coleridge cuando éste decía que la principal virtud del ser humano es la imaginación y no la razón, y "observaron la perfección de la naturaleza hasta en sus más pequeños detalles; cuanto más cerca se esté de ella, decían, tanto mejor podrá la conciencia intuir lo verdadero, lo bueno y lo bello."[5]

Thoreau era panteísta y anticlerical. Evitaba sensatamente las iglesias y usó como sinónimos "dios", "naturaleza", "leyes superiores" y "conciencia". Antes que nada, hay la inmanencia de dios en el universo; por tanto, si dios está en cada cosa, entonces no hay autoridades exteriores a uno mismo, creía que "a cada hombre le basta su profunda y secreta divinidad."[6] El ser humano debe estar por encima de su artificio, por esto, Thoreau desconfiaba de las promesas técnicas de ingeniería social que auguraban la creación del paraíso en la tierra.

Concord –y Nueva Inglaterra en general– fue de enorme riqueza e importancia para las letras de Estados Unidos puesto que desde el círculo trascendentalista y los amigos que los rodeaban, como Nathaniel Hawthorne y Walt Whitman, concluyeron que América era algo para celebrar y donde pararse, a diferencia de otros escritores como Henry James o Poe que se sentían parte de la antigua tradición europea. Pero "un perro vivo es mejor que un león muerto"[7]. Entre 1850 y 1855 aparecieron publicados: *La letra escarlata*, de Hawthorne; *Hombres*

[4] Casado da Rocha, op.cit.

[5] *Ibíd*.

[6] Borges, Jorge Luis, *Introducción a la literatura norteamericana*, Emecé, Buenos Aires, 1997.

[7] Thoreau, Henry David, *Walden*, Cátedra, Madrid, 2005.

representativos, de Emerson; *Moby Dick*, de Melville; *Walden*, de Thoreau; y *Hojas de hierba*, de Whitman.

Thoreau se graduó en Harvard en 1837. Estudió agrimensura, literatura y ciencias. Cuando salió de allí dijo que aparentemente le habían enseñado también navegación, pero que no le habían mostrado ningún muelle; que Harvard tenía muchas ramas pero ninguna raíz. Su discurso del día de graduación se tituló "El espíritu comercial de nuestros tiempos" donde propuso, para escándalo del público, revertir una de las máximas divinas: trabajar un día y descansar seis.

Su entrada en el mundo intelectual está acompañada de un cambio no menor: el orden de sus nombres, de David Henry, pasó a llamarse Henry David. Nunca entendió cómo es que la gente no se llama como quiere, como hacen los indios, y concede seguir definiéndose por medio de los otros. Leía en varios idiomas; en su lengua original a Virgilio "cuya obra es casi tan hermosa como la mañana misma", Eurípides, Homero, Jenofonte, Voltaire, Molière y Racine. Pero es deudor, sobre todo, de Epicuro, Platón, Pitágoras, Séneca y las filosofías orientales. Leía tanto el Bhagavad-Gita y el Vishnu Purana como a Confucio, John Milton y Sir Walter Scott. También John Donne y William Wordsworth. Sus padres economizaron muchísimo para su educación y la de sus hermanos.

Por esa misma época comenzó a escribir su diario, que se considera su obra mayor y total. A propósito de su diario, dice Antonio Casado da Rocha, que "nunca escribió su autobiografía, para explicarse a sí mismo tenía un diario cuya longitud llegó a superar los dos millones de palabras. Este diario no sólo era su taller de escritura, sino también su 'tecnología del yo' que empleaba para dar razón y sentido a sus días." También dio conferencias, publicó en *The Dial* poemas y ensayos, una forma que privilegiaba. Empieza a descubrir su propia voz y estilo en relatos reales, breves ensayos como *Un paseo de invierno* o *Caminar* donde cuenta en primera persona experiencias y reflexiones. Trabajó dando clases con mayor y menor suerte tanto en Concord como en ciudades vecinas. Nueva York le pareció más ruin de lo que imaginaba. Cuando la Universidad de Harvard envió un cuestionario a sus ex alumnos para saber qué tareas habían emprendido, contestó que había sido constructor de botes y de cercos, agrimensor, entomólogo, tutor privado, jardinero, granjero, pintor de brocha gorda, carpintero, albañil y lapicero.

En marzo de 1845 comienza a construir una casa en el bosque de Walden, a orillas de la laguna. Se muda un 4 de julio y comienza una vida de exploración de la naturaleza y aprendizaje que duraría dos años y dos meses. La fecha no parece casual, si América festeja su independencia, él emprende el camino hacia la suya. *Walden*, el libro, apareció publicado casi diez años después, aunque lo empezó a escribir durante esos días. ¿Qué podemos aprender de *Walden*? Que podemos tener una relación original con la naturaleza, la máxima de Emerson. "Ser un filósofo –dice Thoreau– no es sólo tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino amar la sabiduría y vivir de acuerdo con sus dictados una vida de sencillez, independencia, magnanimidad y confianza. Es resolver ciertos problemas de la vida, no sólo en la teoría, sino en la práctica [...]. El filósofo va por delante de su época incluso en su forma externa de vivir"[8].

Está escrito en primera persona y declara que será así porque siempre es la primera persona la que habla, no hay más experiencia que la propia. "Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres." El libro comienza con un capítulo dedicado a la economía vital, a las normas de la casa. Podemos entrever acá una crítica al puritanismo, donde el culto a la superación en la tierra y al trabajo permanente es el sudor de la frente del que se explota a sí mismo. También rechaza el trabajo en las fábricas porque supone la explotación de los demás. Se pregunta ¿cuál es el beneficio de esta vida que llevamos? Sus vecinos viven miserablemente, los universitarios pobres estudian a Ricardo y Smith mientras sus padres se endeudan, caemos todo el tiempo en trampas que nos ponemos a nosotros mismos. Trasladándose a Walden, se propone salir de lo socialmente aceptable y aprender de primera mano lo que la vida tiene para ofrecer, para no descubrir a la hora de la muerte que no había vivido

[8] *Ibíd.*

en absoluto. Desarrolla una ética vital que da como un ariete contra la idea de "ganarse la vida". Y la construye con paradojas, oposiciones y metáforas. "Una cosa debemos entender, el destino de la vida es más vida." Nos invita a ser exploradores de nuestros propios océanos, sin perder tiempo en la navegación para el comercio.

Hay una consigna clave en el libro: *examina tus autoridades*. Si somos personas sensibles, a menudo nos veremos enfrentados a las leyes que imponen la sociedad y el Estado. Nuestras leyes son más sagradas ya que obedecen a la propia conciencia y estaremos en contacto con lo sublime si estamos en contacto con la realidad. *Walden* es el registro de un permanente despojo. El rechazo a las instituciones, la defensa del individuo y su autonomía o gobierno de sí, y la pobreza voluntaria como destino en resguardo de su libertad –de su libertad de no necesitar–. Emerson escribió una semblanza de Thoreau donde se refiere a esto:

"Permaneció siempre soltero; vivía solo; jamás asistió a la iglesia; no votó nunca; rehusó pagar impuesto al Estado; no comía carne ni bebía vino; ignoró siempre el uso del tabaco, y aunque era naturalista, no recurrió ni al lazo ni al fusil. Había decidido, sin duda sabiamente para su temperamento, permanecer soltero, célibe del pensamiento y de la naturaleza. Carecía de aptitudes para adquirir riqueza; sabía ser pobre sin el mínimo gesto de lamentación o inelegancia. (...) Su manera de sentirse rico consistía sencillamente en reducirse a lo indispensable y en cubrir sus necesidades por sus propios medios".

El propio Thoreau lo explica en un pasaje de su diario:

"Los hombres suelen exagerar el tema. Algunos son significativos y otros insignificantes. Yo creo que mi vida es muy hogareña y mis gustos, muy sencillos. Pena y alegría, éxito y fracaso, grandeza, miseria y en realidad todas las palabras de nuestro idioma no significan lo mismo para mí que para mis vecinos. Veo que me miran con lástima, que creen que es un mísero y aciago destino el que me hace caminar por estos campos y bosques y navegar solo por este río. Pero no puedo vacilar en la elección mientras encuentre aquí el único paraíso real. Mi trabajo es escribir, y no vacilo, aunque sé que ningún tema me parece demasiado trivial, según las pautas normales; porque el tema no es nada, hombres necios, la vida lo es todo."

En Walden cultivó un campo de habas, a su manera, intuitivamente y tomando notas de cuanto hacía. Lo hizo en la época que le pareció mejor, no en la que todo el mundo lo hacía. De todos modos, hubo cosecha y frutos. No trabajó hasta el agotamiento, con la cosecha de un par de hileras, la venta del excedente y la compra de provisiones, vivió todo el año. El sistema de granjas, en esa mitad del siglo XIX está cambiando en Estados Unidos y se pasa de una agricultura colonial a un industrialismo que es la punta de lanza del capitalismo moderno. Thoreau, entonces, habla de las nuevas "granja modelo" donde nada crece libremente, todo está tasado y los árboles no dan frutos después de la cosecha sino cuando el mercado da por esos frutos, dólares. Esos granjeros serían capaces de "llevar el paisaje y a su dios al mercado si pudieran conseguir algo a cambio; su Dios es el mercado, *por eso* van allí". Pero cree también que al igual que la agricultura es un arte, ninguna fruta ofrece su verdadero sabor si ha sido cortada para la venta. "Por avaricia y egoísmo... se considera el suelo una propiedad o el principal medio de adquirirla, el paisaje se deforma, la agricultura se degrada y el granjero lleva la vida más mezquina. Sólo conoce la naturaleza como un ladrón. Catón dice que los beneficios de la agricultura son particularmente piadosos y justos."

Walden es la prueba de que "si vivimos de acuerdo con nuestros sueños, encontraremos el éxito", que si simplificamos nuestra vida, nuestras propias leyes van a ser más simples. Pero Thoreau no nos invita a dejar nuestras casas y emprender la huida hacia los bosques. Cada cual explorará su propia vida. Lo que dice es: si yo pude seguir mi propio camino, seguramente podrás construir el tuyo; la imitación tiene riesgos de falsedad.

Una vida sin principios es el escrito preferido de muchos lectores de Thoreau. Apareció publicado un año después de su muerte pero trece años antes ya había párrafos anotados en su diario. Comienza diciendo: "Pensemos de qué forma se nos va la vida". En este ensayo profundiza algunas ideas que había

tomado en *Walden* sobre el trabajo, el comercio y la resistencia a una vida mercantilizada. Se pregunta cómo hacer del ganarse la vida algo glorioso, porque si no es así es contrario a la vida. Aparece el elogio de la pereza como indocilidad y el trabajo como opuesto a la poesía, más aún que el crimen. ¿En qué nos convertiríamos si por nuestro trabajo recibiéramos sólo dinero? Este sistema lo único que hace es distraernos de nuestros asuntos, de crecer intelectual y éticamente, en sabiduría y en libertad. Lo que plantea es una adecuación entre medios y fines. No es un buen negocio para nuestro espíritu subsumir la ética a ninguna empresa, ya sea la del comercio o de la política.

Dedica varias páginas a los buscadores de oro, los enemigos del trabajador honrado para los que da lo mismo revolver la tierra o tirar los dados. Es preferible morir de hambre que perder la inocencia en el proceso de conseguir alimento. Hay que cuidar nuestra parte de inocencia escrupulosamente. "Deberíamos tratar nuestras mentes, es decir, a nosotros mismos, como niños inocentes e ingenuos y ser nuestros propios guardianes, y tener cuidado de prestar atención sólo a los objetos y a los temas que merezcan la pena. No leáis el *Times*, leed el *Eternities*".

El crecimiento del capitalismo lleva a decir a estadistas y filósofos que trae el progreso, Thoreau cree que lo que trae es una barbarie de nuevo tipo, mecanizada. Se considera que este ensayo es su testamento, allí dice a sus conciudadanos que se libraron de un tirano político, el rey George, para ser esclavos de un tirano económico. Alardeamos de la libertad de ser esclavos y esto parece poder seguir diciéndose aún hoy. No debemos cultivar obreros y esclavos, sino hombres. En el final de *Una vida sin principios*, había escrito "cuando cesa la verdad surge una institución".

En los ensayos *Desobediencia civil*, *La esclavitud en Massachusetts* y *Apología del capitán John Brown* Thoreau se va volviendo menos paciente. Como ya notó Walter Harding[9], en estos escritos hay un aumento de hostilidad y resistencia al Estado. En el primero, propone la resistencia civil no pagando

[9] Fundador de la "Thoreau Society" y el especialista más respetado sobre la vida y obra de Thoreau. Se encuentra citado en el prólogo de Juan José Coy a *Walden*, op.cit.

impuestos; en el segundo, pide violar una ley concreta y en el tercero demanda la rebeldía directa no contra la ley sino contra la institución estatal.

Una tarde de julio de 1846, mientras vivía en Walden, salió hasta el pueblo para llevar a arreglar un zapato y se cruzó con Sam Staples, un amigo suyo que trabajaba para el gobierno cobrando el impuesto de votante. Sam le recordó que no pagaba desde hacía cuatro años, pero que si necesitaba dinero, él mismo podía prestárselo. Henry contestó que no pagaba porque no quería pagar. Que no iba a dar su dinero a un gobierno que mantiene esclavos y que arremete contra México para anexar más territorios para la esclavitud[10]. Sam se sintió contrariado y preguntó ¿y yo qué debo hacer? Henry le dijo "renuncia". Pero Sam lo llevó a la cárcel. Años antes, su amigo Amos Bronson Alcott había tomado la misma decisión, pero no fue encarcelado porque el juez a cargo quiso evitar mayores consecuencias y pagó él mismo la deuda de Alcott, contra la voluntad de éste. La actitud valiente de su amigo germinó en Henry David.

Pasó una noche en la cárcel porque su tía pagó el impuesto, algo que enojó a Thoreau, que quería quedarse adentro. Porque si al hombre justo el Estado lo encarcela, entonces el único lugar para los hombres libres es dentro de la cárcel[11]. "El Estado nunca se enfrenta voluntariamente con la conciencia intelectual o moral de un hombre, sino con su cuerpo, con sus sentidos. No se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la fuerza física". Que una mayoría se mantenga con el poder significa que es más fuerte, no que es más justa. ¿Debemos someter nuestra conciencia al legislador? Entonces, ¿para qué tenemos conciencia? Nuestra única obligación es hacer en

[10] La guerra con México se desarrolló entre 1846 y 1848. Movida por intereses económicos: de los dueños del algodón y de los industriales del norte. La finalidad de la guerra era ganar territorios donde la esclavitud fuera legal para mantener la economía norteamericana.

[11] Esta forma de protesta marca la diferencia y el distanciamiento de Thoreau con su amigo Emerson, quien pensaba que esta acción era "desconsiderada, a destiempo y de mal gusto". La leyenda dice que estando Thoreau en la cárcel, Emerson le preguntó por qué estaba allí, y Thoreau contestó "¿Y usted por qué no está aquí?".

cada momento lo que creemos más justo. Desde los soldados hasta los "buenos ciudadanos" sirven al Estado como máquinas, con sus cuerpos, ni por un momento contribuyen con sus conciencias. Y el Estado es una maquinaria mayor que comienza a hacer fricción, pero Thoreau sospecha que la fricción *es* su forma de funcionamiento. En ese caso, pues, "hagamos desaparecer esa máquina".

No podemos seguir llamándonos hombres si permitimos que un gobierno se diga nuestro y al mismo tiempo administre la represión. Es esa complicidad la que se lleva cotidianamente nuestra dignidad. Nos escandalizamos con las injusticias, pero pagando los impuestos puntualmente contribuimos a que el brazo del Estado se mantenga firme. Lo que tengo que pensar en todo momento es si con mis acciones no contribuyo al daño que condeno. Y si son parte de ese daño, ¿qué haremos? Thoreau nos dice: rompe la ley; haz que tu vida ayude a parar la máquina.

Uno de los varios compromisos votados por los Estados de la Unión en 1850 fue la Ley de Esclavos Fugitivos, que obligaba a devolver a sus "legítimos dueños" a los esclavos que se encontraran en estados libres. *La esclavitud en Massachusetts* fue primero una conferencia y luego apareció publicada en un periódico. Thoreau ataca directamente al sistema y lo hace el día de la independencia, cuando lo llaman para dar un bello discurso sobre el joven país libre e igualitario soñado por los Padres Fundadores. Un par de meses antes, habían detenido en Boston al negro fugitivo Anthony Burns y tras un simulacro de juicio –no exento de drama puesto que ciudadanos antiesclavistas habían tratado de liberarlo por la fuerza–, el Estado devolvió el fugado a su "dueño".

La furia de Thoreau aparece en ese ensayo y en la *Apología del capitán John Brown*, también una conferencia luego publicada. John Brown fue un antiesclavista temerario que cayó preso y fue ahorcado luego de enfrentarse a las tropas federales que intentaban recuperar el arsenal del que Brown se había apoderado. Brown recorría el país recolectando fondos y organizando el famoso *underground railroad*. Este tren subterráneo fue una organización clandestina que facilitaba el escape de los esclavos desde las plantaciones, los conducían discretamente a través de los estados del norte hasta alcanzar la libertad en Canadá. Se calcula que entre 1810 y 1850, cien mil esclavos lograron recuperar su condición de hombres gracias a esta organización. Los blancos aportaban tiempo, dinero y refugio. Thoreau formó parte del *underground railroad* y fue amigo de John Brown. Para mucha gente Brown era un loco porque apelaba a la fuerza y a las armas para liberar esclavos. Pero incluso en eso, Thoreau sale en su defensa diciendo "hablo por boca del esclavo cuando digo que prefiero la filantropía del Capitán Brown a esa otra filantropía que ni me dispara ni me libera".

El ahorcamiento de Brown fue decisión del Estado, que piensa que la abolición de la esclavitud debe ser dispuesta por el presidente. Mientras tanto, firma compromisos y mantiene la Unión de Estados a toda costa. "Este gobierno hipócrita y diabólico, levanta la vista sobre los cuatro millones de esclavos y pregunta desde su escaño, adoptando un aire de inocencia: '¿por qué me atacáis? ¿No soy acaso un hombre honrado? Dejad de agitaros por este tema u os convertiré en esclavos u os colgaré'. Estamos hablando de un gobierno *representativo*; pero, ¿qué monstruo de gobierno es ése en el que las facultades mentales más nobles y *todo* el corazón no están *representados*?"

En el proceso contra el fugado Anthony Burns, la corte de justicia debía determinar si Burns era un hombre o si realmente era un esclavo. La fatalidad de la historia nos hace saber qué pasó con Burns, fue devuelto a su amo, el dueño de una plantación en Virginia. Todas las fuerzas y los empleados del Estado se pusieron al servicio del esclavista, del culpable y de la injusticia. Thoreau pone siempre lo humano por sobre la ley o el patriotismo. El hombre es el dueño de un reino más grande que cualquier territorio, el que cree ser patriota alistándose en el ejército, no es patriota de sí mismo y renuncia a su voluntad para que un amo le diga cuál debe ser su conciencia. Es, por tanto, un cobarde. "Yo quisiera recordarles a mis compatriotas que ante todo deben ser hombres, y americanos después, cuando así convenga". Y la injusticia no debe ser tolerada nunca, debemos disolver nuestro vínculo con el Estado mientras el lugar de los hombres dignos sea la cárcel.

Todo lo que escribió Thoreau fueron relatos reales, ensayos donde sus reflexiones parten de la experiencia. Y aunque nos hable de temas o problemas aparentemente antiguos

–esclavitud, sencillez y mercantilismo–, es posible leerlo a la luz de nuestros días –jerarquía, consumo, razón técnica. De aquellas preguntas resuenan sus ecos: ¿quiénes son tus autoridades?, ¿en qué se nos va la vida?, ¿cuáles son las consecuencias de tus actos? La última anotación en su diario es la descripción de las huellas de una tormenta. Por la forma de las marcas de la arena en una pendiente, entiende en qué sentido sopló el viento y escribe "todo esto es perfectamente visible para el ojo atento y, sin embargo, pasa desapercibido para la mayoría. Así, cada viento deja su autorretrato".

Vanina Escales

Una vida sin principios*

No hace mucho experimenté en un ateneo la sensación de que el conferenciante había elegido un tema que le era absolutamente desconocido y por tanto no conseguía interesarme tanto como hubiera sido de esperar. Hablaba de cosas de las que no estaba convencido y sus argumentos eran débiles y simples. Además no había un pensamiento central o centralizador a lo largo de la conferencia. Hubiera preferido que hablara de sus experiencias más íntimas, como hace el poeta. El mayor elogio que me dedicaron en toda mi vida fue cuando alguien me preguntó qué *opinaba* y esperó mi respuesta. Cuando ocurre algo así me sorprendo, aunque por supuesto me agrada, ya que se hace un uso tan poco corriente de mí, que siento como si se me conociera y respetara. Normalmente, si alguien quiere algo de mí, es sólo para saber cuántos acres mide su tierra –pues soy agrimensor– o, a lo sumo, para saber de qué noticias triviales me he enterado. Nunca parece interesar mi esencia, sino sólo mi superficie. Un hombre vino una vez desde bastante lejos para pedirme que diera una conferencia sobre la esclavitud, pero al hablar con él descubrí que su camarilla esperaba reservarse siete octavos de la conferencia y sólo un octavo sería para mí; por tanto decliné la invitación. Cuando se me invita a dar una conferencia en cualquier sitio –pues tengo cierta experiencia en ese menester– doy por supuesto que existe un deseo de oír mis opiniones sobre algún tema, aunque yo sea el mayor chiflado del país, y desde luego no de que me limite a decir sólo cosas agradables o aquello con lo que esté de acuerdo el auditorio. Con estas condiciones me comprometo a entregarles una fuerte dosis de mí mismo. Me han venido a buscar y se han comprometido a pagarme; a cambio estoy dispuesto a entregarme a ellos, aunque les aburra lo indecible.

* "Life Without Principle", *The Athlantic Monthly*, vol. XII, núm. 62, 1863. Como escribió Walter Harding, es "incuestionablemente el favorito de los verdaderos aficionados a Thoreau".

Así pues, ahora os diría algo similar a vosotros, lectores. Puesto que *vosotros* sois mis lectores y yo no he viajado mucho, no hablaré de gentes a miles de kilómetros de distancia sino de aquéllos que están más cerca de nosotros. Como hay poco tiempo dejaré de lado la adulación y expondré todas las críticas.

Consideremos el modo cómo pasamos nuestras vidas. Este mundo es un lugar de ajetreo. ¡Qué incesante bullicio! Casi todas las noches me despierta el resoplido de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay domingos. Sería maravilloso ver a la humanidad descansando por una vez. No hay más que trabajo, trabajo, trabajo. No es fácil conseguir un simple cuaderno para escribir ideas; todos están rayados para los dólares y los céntimos. Un irlandés, al verme tomar notas en el campo, dio por sentado que estaba calculando mis ganancias. ¡Si un hombre se cae por la ventana de niño y se queda inválido o si se vuelve loco por temor a los indios, todos lo lamentan principalmente porque eso le incapacita para... trabajar! Yo creo que no hay nada, ni tan siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía, a la vida misma, que este incesante trabajar.

Un tipo codicioso, rudo y violento de las afueras de nuestra ciudad va a construir un muro al pie de la colina rodeando su propiedad. Las autoridades le han metido esto en la cabeza para evitar que origine otros problemas y él quiere que me pase tres semanas allí cavando a su lado. Al final, él quizás acaparará más dinero y se lo dejará a sus herederos para que éstos lo despilfarren. Si lo hago, muchos me alabarán por ser un hombre trabajador y laborioso, pero si me dedico a otras faenas que me proporcionan más beneficio, aunque menos dinero, comenzarán a mirarme como a un holgazán. De todos modos, como no necesito una política de trabajo inútil para ordenar mi vida, y no veo absolutamente nada digno de encomio en que este tipo emprenda más negocios que nuestro gobierno u otros gobiernos extranjeros, por muy divertido que le parezca a él o a ellos, yo prefiero terminar mi educación en una escuela diferente.

Si un hombre pasea por el bosque por placer todos los días, corre el riesgo de que le tomen por un haragán, pero si dedica el día entero a especular cortando bosques y dejando la tierra árida antes de tiempo, se le estima por ser un ciudadano

trabajador y emprendedor. ¡Como si una ciudad no tuviera más interés en sus bosques que el de talarlos!

La mayoría de los hombres se sentirían insultados si se les empleara en tirar piedras por encima de un muro y después volver a lanzarlas al otro lado, con el único fin de ganarse el sueldo. Pero hay muchos individuos empleados ahora mismo en cosas menos provechosas aún. Por ejemplo, antes del amanecer, una mañana de verano, divisé a un vecino mío caminando con su yunta de bueyes que cargaba lentamente una piedra grande colgando del eje. Parecía envuelto en una atmósfera de laboriosidad; comenzaba su jornada de trabajo y le sudaba la frente –un reproche para todos los gandules y vagos–. Se paró frente al lomo de uno de sus bueyes y dio media vuelta para ostentar su misericordioso látigo mientras ellos avanzaban hacia él. Y yo pensé: este es el trabajo que debe proteger el Congreso americano, el esfuerzo honrado y viril, honrado como el discurrir diario del sol sobre nosotros que hace que tengamos pan fresco cada mañana y que la sociedad cultive la cordialidad, algo que todo el mundo respeta y venera: era un ser humano llevando a cabo una faena necesaria aunque penosa. Ciertamente sentí un leve reproche porque me limitaba a observar desde la ventana y no estaba afuera, realizando un trabajo semejante. Pasó ese día y por la noche crucé el patio de otro vecino que tiene muchos criados y despilfarra el dinero, al tiempo que no hace nada de provecho, y allí reconocí la piedra de por la mañana junto a una estructura extravagante pretendiendo adornar el patio de *Lord* Timothy Dexter e inmediatamente se desvaneció a mis ojos la dignidad del trabajo del carretero. A mi parecer, el sol luce cada día para alumbrar labores más provechosas que ésta. Debo añadir que poco después, el tal Dr. Dexter se fugó dejando deudas por toda la ciudad y, tras pasar por los tribunales, se habrá establecido sin duda en cualquier otra parte para convertirse de nuevo en un mecenas de las artes.

Los caminos por los que se consigue dinero, casi sin excepción, nos empequeñecen. Haber hecho algo por lo que *tan sólo* se percibe dinero es haber sido un auténtico holgazán o peor aún. Si un obrero no gana más sueldo que el que le paga su patrón, le están engañando, se engaña a sí mismo. Si ganaras dinero como escritor o conferenciante, sería que eres popular,

lo cual implica un descenso perpendicular. Esos servicios por los que la comunidad está más dispuesta a retribuir, son los más desagradables de cumplir. Se te paga para que seas menos que un hombre. Normalmente el Estado no recompensa a un genio con más benignidad. Incluso el poeta laureado preferiría no tener que ensalzar los incidentes de la realeza. Se le tiene que sobornar con un tonel de vino, y tal vez se aparte de su musa a otro poeta para que beba de ese mismo tonel. Respecto a mis propios negocios, resulta que el tipo de trabajo de agrimensura que yo podría hacer con la mayor satisfacción, no satisface a los que me contratan. Ellos preferirían que hiciera un trabajo burdo y no demasiado bien, no lo suficientemente bien. Cuando hago notar que hay distintos modos de medir, mi patrón generalmente me pregunta cuál le proporcionaría más metros, no cuál es el más exacto. Una vez inventé una regla para cubicar la madera cortada en trozos de metro y traté de introducirla en Boston, pero el agrimensor de allí me dijo que los que vendían no deseaban que se midiera su madera con exactitud, que él era ya demasiado justo para ellos, y por tanto siempre medían su madera en Charlestown antes de cruzar el puente.

El propósito del obrero debiera ser, no el ganarse la vida o conseguir "un buen trabajo", sino realizar bien un determinado trabajo y hasta en un sentido pecuniario sería económico para una ciudad pagar a sus obreros tan bien que no sintieran que estaban trabajando por lo mínimo, para seguir viviendo sin más, sino que trabajaban por fines científicos o morales. No contrates a un hombre que te hace el trabajo por dinero, sino a aquél que lo hace porque le gusta.

Es significativo que existan pocos hombres tan bien empleados, que trabajen tan de acuerdo con sus intereses, que un poco de dinero o fama no les arranque de su tarea actual. Veo muchos anuncios para jóvenes *activos,* como si la actividad fuera la virtud fundamental de un joven. Sin embargo, me sorprendí cuando alguien me propuso en confianza, un hombre adulto, que me embarcara en una de sus empresas, como si yo no tuviera nada que hacer o mi vida hubiese sido un completo desastre hasta ese momento. ¡Qué dudoso cumplido me dedicó! ¡Como si me hubiese encontrado en medio del océano luchando contra el viento y sin tener adónde dirigirme y me

propusiera que le siguiera! Si lo hiciera, ¿qué creéis que dirían los hombres de las compañías de seguros? ¡No, no! No estoy sin empleo a estas alturas del viaje. A decir verdad, vi un anuncio para marineros con experiencia cuando era niño, paseando por mi pueblo natal, y en cuanto tuve la edad, me embarque.

La comunidad carece del soborno capaz de tentar al hombre sabio. Podéis juntar dinero suficiente para perforar una montaña, pero no podréis juntar dinero suficiente para contratar el hombre que está ocupándose de sus asuntos. Un hombre eficiente y valioso hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga por ello como si no le paga. Los ineficaces ofrecen su ineficacia al mejor postor y están siempre esperando que les den un puesto. Como podemos imaginar, raramente se ven contrariados.

Tal vez esté siendo más celoso que nunca de mi libertad. Siento que mi conexión y mi obligación para con la sociedad son aún débiles y transitorios. Esos leves trabajos que me reportan el sustento y por los cuales se me permite que sea útil de algún modo a mis contemporáneos, me son tan agradables que casi nunca recuerdo que son una necesidad. Hasta ahora voy teniendo éxito, pero preveo que si mis necesidades aumentan mucho, el trabajo requerido para satisfacerlas se convertirá en una labor penosa. Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir. Confío en que jamás venderé mi primogenitura por un plato de lentejas. Lo que pretendo sugerir es que un hombre puede ser muy trabajador y en cambio no emplear bien su tiempo. No hay mayor equivocación que consumir la mayor parte de la vida en ganarse el sustento. Todas las grandes empresas se automantienen. El poeta, por ejemplo, debe alimentar su cuerpo con la poesía al igual que la máquina de vapor del aserradero alimenta sus calderas con las virutas que produce. Debéis ganaros la vida amando. Pero lo mismo que se dice de los comerciantes que noventa y siete de cada cien fracasan, así la vida de los hombres medida por este patrón es generalmente un fracaso y se puede predecir el desastre.

Haber nacido heredero de una fortuna y nada más, no es nacer sino nacer muerto. Que a uno lo mantenga la caridad de los amigos o una pensión del gobierno, supuesto que se sigue

respirando, no importa qué hermosos sinónimos se empleen, es entrar en un asilo. Los domingos el pobre deudor va a la iglesia a hacer recuento de sus bienes y descubre, como es lógico, que sus gastos han sido mayores que sus ingresos. En la Iglesia católica especialmente, acuden a los confesionarios, se confiesan y renuncian a todo y tratan de volver a empezar. De este modo los hombres se acostarán hablando alegremente del pecado y nunca harán un esfuerzo por levantarse.

Respecto a la ambición de los hombres en la vida, hay una diferencia importante entre dos tipos: unos están satisfechos con el éxito mínimo, con que sus modestas metas se alcancen de lleno; pero otros, por muy ínfima y desgraciada que sea su vida, elevan constantemente sus objetivos sobre el horizonte, aunque muy despacio. Preferiría con mucho ser el segundo de los dos, aunque como dicen los orientales: "La grandeza no se acerca al que siempre mira al suelo; y todos los que miran a lo alto, se están empobreciendo".

Es sorprendente que haya tan poco o casi nada escrito, que yo recuerde, sobre el tema de ganarse la vida; cómo hacer del ganarse la vida no sólo algo valioso y honorable sino también algo apetecible y glorioso, porque si *ganarse* la vida no es de ese modo esto no sería vivir. Cualquiera pensaría, revisando la literatura, que esta cuestión jamás turbó los pensamientos de un solo individuo. ¿Sucede acaso que la experiencia de los hombres es tan desagradable que no quieren hablar de ella? La lección más valiosa que enseña el dinero, la que nos ha enseñado el Creador del Universo con tanto esfuerzo, nosotros nos sentimos tentados a ignorarla. Y en cuanto a los medios de ganarse la vida, es maravilloso lo indiferentes que se muestran los hombres de todas las clases, incluso los llamados reformistas –tanto los que heredan, ganan el dinero o lo roban–. Yo creo que la sociedad no ha hecho nada por nosotros a este respecto y encima ha deshecho lo que habíamos conseguido. El frío y el hambre me parecen más acordes con mi naturaleza que esos métodos que han adoptado los hombres.

El adjetivo *sabio* está, por lo general, mal aplicado. ¿Cómo puede ser sabio el que no sabe mejor que otros cómo se ha de vivir?, ¿no será tan sólo un hombre más astuto y más sutil?, ¿opera la sabiduría como el burro en una noria?, ¿o por el

contrario nos enseña cómo tener éxito *siguiendo su ejemplo*? ¿Existe algún tipo de sabiduría que no se aplique a la vida?, ¿o es la sabiduría tan sólo el molinero que muele la lógica más fina? Es pertinente preguntarse si Platón *se ganó la vida* mejor o con mejores resultados que sus contemporáneos, ¿o sucumbió ante las dificultades de la vida como los demás hombres? ¿Sobresalió por encima de algunos por mera indiferencia o asumiendo aires de superioridad?, ¿o le resultó más fácil la vida porque su tía se acordó de él en su testamento? Las formas con las que la mayoría se gana la vida, es decir, viven, son simples tapaderas y un evitar el auténtico quehacer de la vida, y sucede así porque, en primer lugar, no saben; pero en parte también porque no quieren hacer nada por aprender algo mejor.

La afluencia masiva de buscadores de oro a California, por ejemplo, y la actitud no simplemente de los comerciantes, sino también de los filósofos y los profetas respecto a ella, refleja el gran desastre de la humanidad. ¡Que tantos esperen vivir de la suerte y así tener el modo de encargar el trabajo a otros menos afortunados y todo ello sin aportar nada a la sociedad! ¡Y a eso le llaman un negocio! No conozco desarrollo más sorprendente de la inmoralidad en el comercio y en los demás procedimientos habituales para ganarse la vida. La filosofía y la poesía y la religión de semejante humanidad no merecen el polvo de un bejín. El cerdo que se gana el sustento hozando, removiendo la tierra, se avergonzaría de tal compañía. Si yo pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos levantando un dedo, no pagaría semejante precio por ella. Incluso Mahoma sabía que Dios no ha hecho este mundo en broma. Esto convierte a Dios en un acaudalado caballero que tira un puñado de monedas porque le gusta ver a los hombres arrastrarse por el suelo. ¡La lotería del mundo! ¡Subsistir en el reino de la Naturaleza, algo que debemos echar a suertes! ¡Vaya una crítica, vaya sátira para nuestras instituciones! La consecuencia será que toda la humanidad se colgará de un árbol. ¿Y es esto lo que nos han enseñado los preceptos de todas las Biblias? ¿Acaso el último invento de la raza humana y el más digno de admiración es un simple rastrillo para basura? ¿Es bajo estas premisas donde confluyen los orientales y los occidentales? ¿Fue Dios quien nos indicó

que ganáramos así la vida, cavando donde no plantamos, y que Él nos recompensaría acaso con una pepita de oro?

Dios entregó al hombre honrado un certificado capacitándolo para alimentarse y vestirse, pero el hombre malvado encontró un facsímil del mismo en los cofres de Dios, se apropió de él y obtuvo alimento y vestido como el primero. Es uno de los sistemas de falsificación más extendidos que conoce el mundo. Yo no sabía que la humanidad padeciera por falta de oro. Yo lo he visto en pequeña cantidad. Sé que es muy maleable, pero no tan maleable como el ingenio. Un grano de oro puede dorar una gran superficie, pero no tanto como un grano de buen juicio.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su colega de los casinos de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre revolver el polvo o remover los dados? Si ganas, la sociedad pierde. El buscador de oro es el enemigo del trabajador honrado, sean cualesquiera las restricciones y las compensaciones que haya. No es suficiente que me digas que trabajaste mucho para conseguir el oro. También el Diablo trabaja intensamente. El camino de la transgresión puede ser difícil de muchas maneras. El más humilde espectador que vea una mina dirá que buscar oro es una especie de lotería, el oro obtenido de ese modo no es lo mismo que el sueldo del trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto porque sólo percibe el hecho, no el principio, y entra en esa dinámica, es decir, compra un boleto en lo que resulta ser otra lotería aunque no tan obvia.

Una tarde, después de leer el relato de Howitt sobre los buscadores de oro en Australia, me quedaron grabados en la mente toda la noche los numerosos valles con sus arroyos, todo cortado por pozos pestilentes de tres a treinta metros de profundidad y cuatro metros de ancho, tan justos como les fue posible cavarlos y medio cubiertos de agua; el lugar al que se lanzan con furia muchos hombres para buscar fortuna, sin saber dónde deben abrir sus agujeros, sin saber si el oro está bajo su mismo campamento, cavando a veces cincuenta metros antes de dar con la veta o perdiéndola por centímetros, convertidos en demonios y sin respetar los derechos de los demás en su sed de riqueza. Valles enteros a lo largo de cincuenta kilómetros aparecen de repente como panales de miel por los pozos de los mineros, de tal suerte que cientos de éstos mueren allí agotados. Metidos en el agua y cubiertos de barro y arcilla trabajan día y noche y mueren de frío y de enfermedad. Tras leer esto y habiéndolo olvidado en parte, me puse a pensar, por casualidad, en mi propia vida que me resulta tan poco satisfactoria, haciendo lo mismo que otros muchos y, con la visión de las excavaciones todavía en mi mente, me pregunté por qué no iba yo a lavar oro todos los días, aunque sólo fueran partículas mínimas, por qué no iba yo a trazar una galería hasta el oro de mi interior, y trabajar esa mina. *Ahí* está nuestro Ballarat y Bendigo. ¿Qué importa que la galería sea estrecha? De todos modos yo debo seguir el sendero, por muy solitario, estrecho y tenebroso que sea, por donde caminar con amor y respeto. Allí donde un hombre se separa de la multitud y sigue su propio camino, allí sin duda hay una bifurcación en la carretera, aunque los viajeros asiduos no vean más que un boquete en la empalizada. Su sendero solitario a campo a través resultará el *mejor camino* de los dos.

Muchos hombres se apresuran a ir a California y Australia como si el verdadero oro se encontrara en esa dirección. Al contrario, están yendo justo al lugar opuesto de donde se encuentra. Hacen prospecciones más y más lejos del lugar adecuado y cuando creen que han triunfado resulta que son los más desafortunados. ¿No es aurífero nuestro suelo *natal*? ¿No riega nuestro valle un arroyo que viene de las montañas doradas? ¿No nos ha traído éste partículas resplandecientes y no ha formado pepitas desde antes incluso de las eras geológicas? Sí, por extraño que parezca, si un buscador se desvía buscando este auténtico oro del interior de las inexploradas soledades que nos rodean, no hay peligro de que alguno siga sus pisadas y se empeñe en suplantarlo. Puede incluso reclamar y excavar el valle entero, las parcelas cultivadas y sin cultivar, durante toda su vida, porque nadie le discutirá su derecho. No se meterán con sus artesas o sus herramientas. No se les confina en una propiedad de doce pies cuadrados, como en Ballarat, sino que puede cavar en cualquier sitio y lavar toda la tierra del mundo en sus gamellas.

Howitt dice lo siguiente del hombre que encontró la gran

pepita de doce kilogramos en las excavaciones de Bendigo, en Australia: "Pronto empezó a beber, tomó un caballo y cabalgó por los alrededores, casi siempre al galope, y cuando encontraba gente la llamaba para preguntarle si sabía quién era él y a continuación le informaba muy amable de que él era el maldito miserable que había encontrado la pepita. Al final, cabalgando a todo galope, se estrelló contra un árbol, casi se salta los sesos". De todos modos, yo creo que no hubo ningún peligro en su caída porque ya se había saltado los sesos contra la pepita. Howitt añade: "Es un hombre completamente acabado". Pero es un ejemplo de esa clase. Todos éstos son hombres disipados. Escuchad algunos nombres de los lugares que excavan: "llano del imbécil", "barranco de la cabeza de carnero", "vado del asesino". ¿No hay sátira en estos nombres?

Dejadlos que arrastren su mal ganada riqueza a donde quieran, yo creo que el lugar en que vivan será siempre el "llano del imbécil", si no el "vado del asesino".

La última fuente de nuestra energía ha sido el saqueo de sepulturas en el Istmo de Darien, una empresa que parece estar en sus comienzos porque, según referencias recientes, ha ganado la segunda votación en la comisión de Nueva Granada un decreto para regular este tipo de minas y un corresponsal del *Tribune* ha escrito: "En la estación seca, cuando el tiempo permita que la zona sea debidamente inspeccionada, no cabe duda de que se encontrarán otras ricas *guacas* (es decir, cementerios)". A los emigrantes les dice: "No vengáis antes de diciembre; tomad la ruta del istmo mejor que la de la Boca del Toro; no traigáis equipaje inútil, no carguéis con una tienda, un buen par de mantas será suficiente; un pico, una pala y un hacha de buena calidad será todo lo que necesitéis"; consejo éste que bien podría estar sacado de la "Guía de Burker". Y concluye con esta línea en bastardilla y letras mayúsculas: "*Si os va bien en casa* QUEDAOS AHI", que muy bien puede interpretarse: "Si estáis sacando bastante dinero de los expolios de los cementerios de vuestro estado, quedaos ahí".

¿Por qué ir a California por un lema? California es la hija de Nueva Inglaterra, criada en su propia escuela y en su iglesia.

Es sorprendente que de entre todos los predicadores haya tan pocos maestros de moral. Los profetas están dedicados a perdonar el comportamiento de los hombres. Muchos reverendos de edad avanzada, los *illuminati* de esta era, me dicen con una sonrisa amable y cordial, entre un suspiro y un estremecimiento, que no sea demasiado blando con estas cosas, que lo aglutine todo, es decir, que haga con todo esto un lingote de oro. El mejor consejo que he oído sobre estos temas era rastrero. A grandes rasgos era esto: no merece la pena emprender una reforma del mundo en ese particular. No preguntes cómo se consigue la mantequilla para tu pan; se te revolverá el estómago al enterarte, y cosas parecidas. Le sería mejor a un hombre morir de hambre, que perder su inocencia en el proceso de conseguir el pan. Si dentro del hombre sofisticado no hay otro ingenuo, entonces se trata de uno de los ángeles del diablo. Al hacernos viejos, vivimos con menos rigidez, nos relajamos un poco de la disciplina y de algún modo dejamos de obedecer nuestros instintos más puros. Pero deberíamos ser escrupulosos hasta el extremo de la cordura, despreciando la mofa de aquéllos que son más desafortunados que nosotros.

Incluso en nuestra ciencia y filosofía no existe por lo general una sola verdad objetiva de las cosas. El espíritu de secta y la intolerancia han puesto sus pezuñas en medio de las estrellas. Sólo tenéis que discutir el problema de si las estrellas están deshabitadas o no, para descubrirlo. ¿Por qué tenemos que embadurnar los cielos como hicimos con la tierra? Fue triste descubrir que el Dr. Kane era masón y que Sir John Franklin lo era también. Pero es más duro aún pensar que posiblemente ésa fue la razón por la que el primero fue en busca del segundo. No hay ninguna revista popular en este país que se atreva a publicar la opinión de un niño sobre cuestiones de cierta importancia sin hacer algún comentario. Todo debe someterse a los doctores en teología. Yo preferiría que lo sometieran a la opinión de los arrapiezos.

Uno vuelve del funeral de la humanidad para asistir a un fenómeno natural. Una pequeña idea entierra a todo el mundo.

No conozco a casi ningún intelectual que sea tan abierta y auténticamente liberal que se pueda hablar con libertad en su presencia. La mayoría de aquéllos con los que intento hablar pronto se ponen a atacar una institución en la que tienen algún interés, es decir, tienen un punto de vista particular, no universal.

Interpondrán continuamente su propio tejado con un estrecho tragaluz para ver el cielo, cuando es el cielo lo que deberían contemplar sin obstáculo alguno. ¡Yo os digo, quitad de en medio vuestras telarañas, limpiad vuestras ventanas! En algunos ateneos me dicen que han aprobado la exclusión del tema de la religión y si estoy tocando ese tema o no. He llegado a tener mucha experiencia y he hecho todo lo posible por reconocer con franqueza mi propia vivencia de la religión, de tal modo que mi auditorio nunca sospecha el origen de mis ideas. El conferenciante era tan inofensivo para ellos como la luz de la luna. En cambio si les hubiera leído la biografía de los grandes pícaros de la historia, habrían pensado que había escrito las vidas de los diáconos de su iglesia. Por lo general, la pregunta es: ¿De dónde vino usted?, o ¿adónde va? Hay una pregunta más pertinente aún que oí hacer una vez a dos personas de mi auditorio "¿A favor de qué es la conferencia?". Todo mi cuerpo se estremeció.

Para ser imparcial, los mejores hombres que conozco no están tranquilos, no son todo un mundo en sí mismos. En general, se preocupan de los modales y adulan y estudian las situaciones con más perspicacia que el resto. Seleccionamos el granito para los cimientos de nuestras casas y establos, construimos vallas de piedra, pero nosotros no nos asentamos sobre un entramado de verdad granítica, la más elemental roca primitiva. Nuestras vigas están podridas. ¿De qué pasta está hecho ese hombre que no se corresponde en nuestro pensamiento con la verdad más pura y sutil? A menudo acuso a mis mejores amigos de una inmensa frivolidad, porque mientras que hay buenos modales y cumplidos que no respetamos, no nos enseñamos unos a otros las lecciones de honradez y sinceridad que enseñan los animales, o las elecciones de estabilidad y solidez que proceden de las rocas. La culpa es, sin embargo, habitualmente mutua porque, por lo general, no nos exigimos más unos de otros.

¡Esa agitación en torno a Kossuth, observad qué típica, pero qué superficial fue! Simplemente otro tipo de política o de baile. Se le dedicaron discursos por todo el país, pero todos expresaban la opinión o la falta de opinión de la multitud sin más. Nadie mantuvo la verdad. Se agruparon en una camarilla como de costumbre: unos se apoyaban en otros y todos juntos en nada. Del mismo modo los hindúes colocan el mundo sobre un elefante, el elefante sobre una tortuga y la tortuga sobre una serpiente y no tienen nada que poner bajo la serpiente. Como fruto de toda esa agitación tenemos el sombrero de Kossuth.

Así de vacía e ineficaz es nuestra conversación cotidiana. Lo superficial lleva a lo superficial. Cuando nuestra vida deja de ser íntima y privada, la conversación degenera en simple cotilleo. Es difícil conocer a un hombre que te cuente una noticia que no haya aparecido en un periódico o que no se la haya contado su vecino y, la mayoría de las veces, la única diferencia entre nosotros y nuestro amigo es que él ha leído el periódico o salido a tomar el té, y nosotros no. En la misma medida que nuestra vida interior fracasa, vamos con más constancia y desesperación a la oficina de correos. Puedes estar seguro de que el pobre tipo que se aleja con el mayor número de cartas, orgulloso de su abultada correspondencia, no ha sabido nada de sí mismo desde hace tiempo.

Yo creo que leer un periódico a la semana es ya demasiado. Lo he intentado recientemente y me parecía que todo este tiempo no había vivido en mi región natal. El sol, las nubes, la nieve, los árboles no me dicen tanto. No puedes servir a dos amos. Requiere más de un día de atención conocer y poseer el valor de un día.

Podemos, con razón, avergonzarnos de decir las cosas que hemos leído u oído. No sé por qué mis noticias tienen que ser tan triviales, teniendo en cuenta que abrigamos sueños e ilusiones, nuestro progreso no debería ser tan insignificante. Las noticias que oímos no son, en su mayoría, interesantes. Son repeticiones vacías. A menudo nos sentimos tentados de preguntar por qué se da tanto énfasis a una experiencia personal que hemos tenido. ¿Por qué después de veinticinco años, tenemos que volver a encontrar en nuestro camino a Hobbins, Registrador de Sucesos? ¿No hemos avanzado ni un centímetro, acaso? Así son las noticias diarias. Los acontecimientos flotan en la atmósfera insignificantes como las esporas de los helechos, y caen sobre un talo abandonado o sobre la superficie de nuestros montes que les proporcionan una base en la que crecer como parásitos. Deberíamos librarnos de tales noticias. ¿De

qué serviría, en el caso de que explotara nuestro planeta, que hubiera un personaje involucrado en la explosión? Si somos sinceros no tendremos la menor curiosidad por tales sucesos. No vivimos para divertirnos estúpidamente. Yo no correría a la vuelta de la esquina para ver el mundo explotar.

Todo el verano e incluso el otoño, tal vez os hayáis olvidado inconscientemente del periódico y de las noticias, y ahora descubrís que era porque la mañana y la tarde estaban llenas de noticias. Vuestros paseos estaban llenos de incidentes. Os interesaban no los asuntos de Europa, sino los asuntos de los campos de Massachusetts. Si tenéis la suerte de existir, de vivir y moveros dentro de ese estrecho ámbito en el que se filtran los acontecimientos que constituyen las noticias –un ámbito más estrecho que la fibra de papel en el que se imprimen– entonces estas cosas llenarán vuestro mundo, pero si os eleváis por encima de ese plano u os sumergís muy por debajo de él, ya no las recordaréis más, ni ellas a vosotros. La realidad es que ver salir el sol cada día y verlo ponerse, participar de ese modo en el curso del universo os conservará sanos para siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Hay muchos hombres pero ni uno solo que lo sea auténticamente. Son los individuos los que pueblan el mundo. Cualquier hombre que piense, puede decir con el Espíritu de Loda:

Desde la altura miro a las naciones
Y observo cómo se convierten en cenizas;
Mi vivienda en las nubes es tranquila,
Son placenteros los grandes campos de mi descanso.

Os lo ruego, dejadnos vivir sin ser arrastrados por perros, como hacen los esquimales, cruzando a través de colinas y valles, y mordiéndose las orejas unos a otros.

No sin un leve temblor de miedo, a menudo me doy cuenta de la facilidad con la que mi mente admite los detalles de cualquier asunto trivial, las noticias de la calle; y me asusta observar con qué facilidad la gente abarrota sus mentes con tales basuras y deja que rumores e incidentes ociosos e insignificantes se introduzcan en un terreno que debiera ser sagrado para el pensamiento. ¿Debe ser mi mente un escenario público donde se discutan los asuntos de la calle y los cotilleos de la sobremesa?, ¿o debería ser una estancia del cielo mismo, un templo hipetro consagrado a servir a los dioses? Me resulta tan difícil deshacerme de los pocos datos importantes; sólo una mente divina me lo podría aclarar. Así son, en general, las noticias de los periódicos y de las conversaciones. Es importante conservar la castidad de la mente a este respecto. ¡Pensad que aceptarais en vuestras mentes los detalles de un solo caso de la sala de lo criminal, profanando su *sanctum sanctorum* durante una hora o muchas horas! ¡Hacéis de lo más íntimo del apartamento de vuestra mente, una sala de los tribunales, como si todo este tiempo el polvo de la calle nos hubiera cubierto, como si la calle misma con todo su tráfico, su ajetreo y suciedad hubieran atravesado el santuario de nuestros pensamientos! ¿No sería ese un suicidio intelectual y moral? Cuando me he visto obligado a sentarme como espectador y oyente en un tribunal de justicia durante varias horas, y he visto a mis vecinos, entrando y saliendo a hurtadillas y caminando de puntillas con las manos y el rostro bien lavados, me parecía en ese momento que, al quitarse los sombreros, sus orejas crecían rápidamente hasta convertirse en grandes tolvas auditivas entre las cuales se apretaban sus pequeñas cabezas. Como aspas de molinos de viento, captaban las ondas de sonido, que tras algunas vueltas que les excitaban en sus cerebros dentados, salían por el otro lado. Yo me preguntaba si al llegar a casa prestaban la misma atención a limpiarse las orejas que antes habían prestado a lavarse las manos y los rostros. Me pareció entonces, que el público y los testigos, el jurado y el abogado, el juez y el criminal de la sala –si se me permite considerarlo culpable antes del veredicto– eran todos igualmente criminales, y yo hubiera deseado que un rayo los alcanzara y los aniquilara a todos.

Evita con todo tipo de trampas y señales, amenazando con el peor castigo divino, que alguien profane ese terreno que para ti es sagrado. ¡Es tan difícil olvidar todo eso que es inútil guardar en la memoria! Si tengo que ser un camino, prefiero serlo por torrentes, por arroyos del Parnaso que por alcantarillas de ciudad. Existe la inspiración, ese chismorreo que llega al oído

de la mente atenta desde los patios celestiales. Existe otra revelación profana y caduca, la de las tabernas y la comisaría de policía. El mismo oído es capaz de captar ambas comunicaciones. El criterio del que escucha es el que debe determinar cuál oír y cuál no. Yo creo que la mente se puede profanar permanentemente con el hábito de escuchar cosas triviales, de modo que todos nuestros pensamientos se teñirán de trivialidad. Nuestro propio intelecto debería ser de asfalto, es decir, debería tener un buen firme para que las ruedas se deslizaran fácilmente, y si quieres saber cómo darle mejor consistencia a la carretera, mejor que la que se consigue con cantos rodados, con traviesas de abeto o con asfalto, lo que tienes que examinar son algunas de nuestras mentes que se han visto sometidas tanto tiempo a este tratamiento.

Si nos hemos profanado nosotros mismos –¿y quién no?– el remedio será la cautela y la devoción para volver a consagrarnos y convertir de nuevo nuestras mentes en santuarios. Deberíamos tratar nuestras mentes, es decir, a nosotros mismos, como a niños inocentes e ingenuos y ser nuestros propios guardianes, y tener cuidado de prestar atención sólo a los objetos y los temas que merezcan la pena. No leáis el *Times,* leed el *Eternidades*. Los convencionalismos son a la larga tan malos como la mezquindad. Incluso los datos científicos pueden manchar la mente con su aridez, a no ser que os las limpiéis cada mañana, o las fertilicéis con el rocío de la verdad fresca y viva. La sabiduría no llega hasta nosotros por los detalles sino a través de rayos de luz procedentes del cielo. Sí, todo pensamiento que cruza la mente comporta un desgaste irreversible y un profundizar los baches que, como en las calles de Pompeya daban muestra del uso que se les dio. Cuántas cosas hay sobre las que deberíamos deliberar para decidir si las aceptamos o no. ¡Mejor hubiéramos dejado que los carromatos de los vendedores ambulantes avanzaran a un trote muy lento, incluso al paso, por ese puente glorioso de la mente por el que confiamos pasar al final del último instante de nuestra vida a la orilla más próxima de la eternidad! ¿Tan sólo tenemos habilidad para vivir como zafios y para servir al diablo y nada de cultura ni delicadeza? ¿Para adquirir riquezas mundanas o fama o libertad, y dar una falsa imagen a los demás, como si fuéramos todo cáscara y concha, sin un corazón tierno y vivo dentro de nosotros? ¿Por qué tienen que ser nuestras instituciones como esas nueces hueras que sólo sirven para pincharse los dedos?

Se dice que América va a ser el campo de batalla donde se librará la batalla por la libertad, pero en realidad no puede ser que se refieran a libertad en un sentido exclusivamente político. Incluso si aceptamos que el americano se ha librado de un tirano político, todavía es esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república –la *res-publica*– está instituida, es hora de buscar la *res-privata* –los asuntos privados– para cuidar de que, como el senado romano aconsejaba a sus cónsules: *"ne quid res-*PRIVATA *detrimenti caperet", los* asuntos *privados* no sufran deterioro alguno.

¿Llamamos a ésta la tierra de los hombres libres? ¿Qué supone ser libres respecto del rey George y seguir siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libres? ¿Cuál es el valor de una libertad política sino el de hacer posible la libertad moral? ¿Alardeamos de la libertad de ser esclavos o de la libertad de ser libres? Somos una nación de políticos y nos preocupamos sólo por una defensa superficial de la libertad. Los hijos de nuestros hijos tal vez se sientan un día realmente libres. Nos sometemos a impuestos injustos. Hay un grupo de entre nosotros que no está representado. Son impuestos sin representación. Nosotros alojamos a las tropas, a tontos y ganado de todas clases. Alojamos nuestros cuerpos bastos en nuestras pobres almas, hasta que los primeros consumen toda la sustancia de las segundas.

Con respecto a la auténtica cultura y a la hombría de bien, somos aún esencialmente provincianos porque no adoramos la verdad sino el reflejo de la verdad; porque estamos pervertidos y limitados por una devoción exclusiva al negocio y al comercio y a las fábricas y a la agricultura y cosas semejantes, que son sólo medios y no fines.

De esta manera es también provinciano el Parlamento inglés. Simples paletos que se traicionan unos a otros cada vez que se les presenta un asunto importante que resolver: el problema irlandés, por ejemplo. ¿Por qué no lo llamé el problema inglés? Sus naturalezas se corrompen en contacto con la propia bajeza de los temas que tratan. Su "buena crianza" respeta

sólo cuestiones secundarias. Los mejores modales del mundo pasan a ser fatuos y torpes al compararlos con una inteligencia superior. Su apariencia no es sino como la de las modas de otros tiempos: simples cortesías, genuflexiones y calzas hasta la rodilla pasadas de moda. Es el vicio y no los modales exquisitos lo que hace que pierdan la firmeza de carácter. En realidad no son más que ropas desechadas o conchas huecas clamando por el respeto que se debía al ser que las habitaba. Se os regala la concha en lugar de la carne y no es excusa que, en el caso de ciertos moluscos, las conchas tengan más valor que la carne. El hombre que me impone sus buenos modales actúa como si se empeñara en mostrarme el cuarto de sus colecciones, cuando lo que yo quería era verle a él. No fue éste el sentido con el que el poeta Decker llamó a Cristo "el primer auténtico caballero que jamás haya existido". Repito que en este sentido la corte más gloriosa de la cristiandad es provinciana, pues sólo tiene autoridad para decidir sobre intereses transalpinos, y no sobre los asuntos de Roma. Un pretor o un procónsul sería suficiente para resolver los problemas que acaparan la atención del Parlamento inglés y del Congreso americano.

¡Gobierno y legislación! A éstas las consideraba yo profesiones respetables. Hemos oído hablar en la historia del mundo de Numas, Licurgos y Solones de origen divino, *nombres* que pueden al menos representar legisladores ideales; ¡pero pensad lo que supone dictar *las normas* para producir esclavos o exportar tabaco! ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la importación o la exportación del tabaco? ¿Y los legisladores humanos con respecto a la producción de esclavos? Suponed que tuvieseis que someter esa cuestión a un hijo de Dios, ¿no tiene Él ningún hijo en el siglo XIX? ¿Se trata de una familia extinguida? ¿Con qué condiciones la recuperaríais? ¿Qué dirá el estado de Virginia el último día cuando éstas han sido sus principales y básicas cosechas? ¿Qué lugar ocuparía el patriotismo en semejante Estado? Tomo los datos de las estadísticas que han publicado los propios estados.

¡Un comercio que surca los mares para comprar nueces y pasas, y que incluso esclaviza a los marineros con este propósito! El otro día vi un barco que había naufragado y en el cual se habían perdido muchas vidas y su cargamento de ropas, nebrinas y almendras amargas. ¡América va al Viejo Mundo por sus frutos amargos! ¿No es el mar o el naufragio lo bastante amargo como para hacer que la savia de la vida se vierta en ellos? Sin embargo, así es en su mayor parte nuestro ensalzado comercio y hay algunos que todavía se consideran estadistas y filósofos y que están tan ciegos que piensan que el progreso y la civilización dependen, precisamente, de este tipo de intercambio y de tal actividad que más bien parece la actividad de las moscas alrededor de una cuba de melaza. Sería estupendo, alguien ha dicho, que los hombres fueran ostras y estupendo, le contestaría yo, si fueran mosquitos.

El teniente Herndon, enviado por nuestro gobierno a explorar el Amazonas y según parece, a extender el área de esclavitud, advirtió que allí hacía falta "una población laboriosa y activa que conozca las comodidades de la vida y que tenga necesidades artificiales que le induzcan a extraer del país sus múltiples recursos". Pero, ¿cuáles son esas "necesidades artificiales" a estimular? No son el amor a los lujos como el tabaco y los esclavos, tan abundantes en su Virginia natal; ni el hielo y el granito y otras riquezas materiales de nuestra Nueva Inglaterra natal. Ni tampoco son "los grandes recursos de un país" la fertilidad o la esterilidad del suelo que los produce. La necesidad básica de todo estado donde he vivido es la elevada y seria ambición de sus habitantes. Esto es lo único que desarrolla "los grandes recursos" de la Naturaleza y que, a la larga, le exige explotarlos por encima de sus posibilidades, porque desde luego el hombre se mueve con el curso natural de las cosas. Cuando preferimos la cultura a las patatas y el entendimiento a las ciruelas, entonces los grandes recursos del mundo se extraen y el resultado o la producción básica no son esclavos ni obreros sino hombres: esos escasos frutos que llamamos héroes, santos, poetas, filósofos y redentores.

En resumen, al igual que se forman los ventisqueros cuando cesa el viento, así mismo cuando cesa la verdad surge, una institución. Pero la verdad sigue soplando por las alturas y, al final, acaba por destruirla.

Eso que llaman política es algo tan superficial y poco humano que en la práctica nunca he reconocido que me interesara. Los periódicos, según veo, dedican varias

columnas gratuitamente a la política o a los asuntos de gobierno y esto, diría yo, es lo que los salva. Pero como yo amo la literatura y en cierto modo también la verdad, no leo nunca esas columnas. No quiero embotar hasta ese punto mi sentido de la justicia. No tengo que rendir cuentas por haber leído un solo Mensaje del Presidente. ¡Esta es una época extraña del mundo, en la que los imperios, los reinos y las repúblicas vienen a pedir a la puerta de un hombre corriente y le cuentan sus problemas al oído! No puedo tomar el periódico sin encontrarme con que un desdichado gobierno, acorralado y en sus últimos días me está pidiendo a mí, el lector, que le vote, más inoportuno que un mendigo italiano y si se me ocurre leer su certificado, escrito tal vez por el secretario de un comerciante benévolo o por el patrón del barco que le trajo –puesto que no sabe ni una palabra de inglés– probablemente me informaría de la erupción de un Vesubio, o el desbordamiento de un Po, verdadero o inventado, que le redujo a esta situación. Y en tal caso no dudo en sugerirle que trabaje o que acuda a un asilo. ¿O si no, por qué no mantiene su vida privada en silencio, como hago yo normalmente? El pobre Presidente entre conservar su popularidad y cumplir con su deber, se encuentra perplejo. Los periódicos son el poder dominante. Cualquier otro gobierno se reduce a unos cuantos infantes de marina de Fort Independence. Si un hombre se niega a leer el *Daily Times* el gobierno se pondrá de rodillas ante él porque esa es la única traición en estos tiempos.

Las cosas que más acaparan la atención de los hombres, como la política y la rutina diaria son realmente funciones vitales para la sociedad humana, pero deberían realizarse inconscientemente como sucede con las correspondientes funciones del cuerpo físico. Son *infrahumanas,* una especie de vegetación. A veces me despierto en una semiconsciencia y las noto funcionar del mismo modo que alguien puede sentirse consciente de algunos procesos de digestión en un estado mórbido y llegara así a lo que llaman la dispepsia. Es como si un pensador se sometiera a ser digerido por la gran molleja de la creación. La política es, por así decirlo, la molleja de la sociedad, está llena de arena y grava y los dos partidos políticos son sus dos mitades enfrentadas. A veces se dividen en cuatro y entonces se restriegan unas contra otras. No sólo los individuos sino también los Estados han confirmado de este modo su dispepsia, lo cual se manifiesta por una inusitada sonoridad que podéis imaginar. Nuestra vida no es únicamente un olvidar, sino también, en gran medida, un recordar aquello de lo que nunca debimos ser conscientes, al menos no en nuestras horas de vigilia. ¿Por qué no nos reunimos alguna vez, no como dispépticos, para contarnos nuestros malos sueños, sino como eupépticos, para congratularnos mutuamente por el glorioso amanecer de cada día? No pido nada exorbitante, os lo aseguro.

Desobediencia civil*

Acepto de todo corazón la máxima: "El mejor gobierno es el que gobierna menos" y me gustaría verlo puesto en práctica de un modo más rápido y sistemático. Pero al cumplirla resulta, y así también lo creo, que "el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto"; y, cuando los hombres estén preparados para él, ése será el tipo de gobierno que tendrán. Un gobierno es, en el mejor de los casos, un mal recurso, pero la mayoría de los gobiernos son, a menudo, y todos, en cierta medida, un inconveniente. Las objeciones que se le han puesto a un ejército permanente (que son muchas, de peso, y merecen tenerse en cuenta) pueden imputarse también al gobierno como institución. El ejército permanente es tan sólo un brazo de ese gobierno. El gobierno por sí mismo, que no es más que el medio elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de originar abusos y perjuicios antes de que el pueblo pueda intervenir. El ejemplo lo tenemos en la actual guerra de México, obra de relativamente pocas personas que se valen del gobierno establecido como de un instrumento, a pesar de que el pueblo no habría autorizado esta medida.

Este gobierno americano, ¿qué es sino una tradición, aunque muy reciente, que lucha por transmitirse a la posteridad sin deterioro, pese a ir perdiendo parte de su integridad a cada instante? No tiene ni la vitalidad ni la fuerza de un solo hombre, ya que un solo hombre puede plegarlo a su voluntad. Es una especie de fusil de madera para el pueblo mismo. Sin embargo, no es por ello menos necesario; el pueblo ha de tener alguna que otra complicada maquinaria y oír su sonido para satisfacer así su idea de gobierno. De este modo los gobiernos evidencian cuán fácilmente se puede instrumentalizar a los hombres, o pueden ellos instrumentalizar al gobierno en beneficio propio. Excelente, debemos reconocerlo. Tan es así que este

* "Resistance to Civil Government", en Elisabeth Peabody (ed.), *Æsthetic Papers*, 1849. El ensayo luego será titulado, ya no por Thoreau, "On the Duty of Civil Disobedience" y "Civil Disobedience".

gobierno por sí mismo nunca promovió empresa alguna y en cambio sí mostró cierta tendencia a extralimitarse en sus funciones. *Esto* no hace que el país sea libre. *Esto* no consolida el Oeste. *Esto* no educa. El propio temperamento del pueblo americano es el que ha conquistado todos sus logros hasta hoy, y hubiera conseguido muchos más, si el gobierno no se hubiera interpuesto en su camino a menudo. Y es que el gobierno es un mero recurso por el cual los hombres intentan vivir en paz; y, como ya hemos dicho, es más ventajoso el que menos interfiere en la vida de los gobernados. Si no fuera porque el comercio y los negocios parecen botar como la goma, nunca conseguirían saltar los obstáculos que los legisladores les interponen continuamente, y, si tuviéramos que juzgar a estos hombres únicamente por las repercusiones de sus actos, y no por sus intenciones, merecerían que los castigaran y los trataran como a esos delincuentes que ponen obstáculos en las vías del ferrocarril.

Pero, para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de los que se autodenominan contrarios a la existencia de un gobierno, solicito, no que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino un mejor gobierno *de inmediato*. Dejemos que cada hombre manifieste qué tipo de gobierno tendría su confianza y ése sería un primer paso en su consecución.

Después de todo, la auténtica razón de que, cuando el poder está en manos del pueblo, la mayoría acceda al gobierno y se mantenga en él por un largo período, no es porque posean la verdad ni porque la minoría lo considere más justo, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría decida en todos los temas no puede funcionar con justicia, al menos tal como entienden los hombres la justicia. ¿Acaso no puede existir un gobierno donde la mayoría no decida virtualmente lo que está bien o mal, sino que sea la conciencia? ¿Donde la mayoría decida sólo en aquellos temas en los que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe el ciudadano someter su conciencia al legislador por un solo instante, aunque sea, en la mínima medida? Entonces, ¿para qué tiene cada hombre su conciencia? Yo creo que debiéramos ser hombres primero y ciudadanos después. Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada

momento lo que crea justo. Se ha dicho y con razón que una sociedad mercantil no tiene conciencia; pero una sociedad formada por hombres con conciencia es una sociedad *con* conciencia. La ley nunca hizo a los hombres más justos y, debido al respeto que les infunde, incluso los bienintencionados se convierten a diario en agentes de la injusticia. Una consecuencia natural y muy frecuente del respeto indebido a la ley es que uno puede ver una fila de soldados: coronel, capitán, cabo, soldados rasos, artilleros, todos marchando con un orden admirable por colinas y valles hacia el frente en contra de su voluntad, ¡sí! contra su conciencia y su sentido común, lo que hace que la marcha sea más dura y se les sobrecoja el corazón. No dudan que están involucrados en una empresa condenable; todos ellos son partidarios de la paz. Entonces, ¿qué son: hombres, o por el contrario, pequeños fuertes y polvorines móviles al servicio de cualquier mando militar sin escrúpulos? Visitad un arsenal y contemplad a un infante de marina; eso es lo que puede hacer de un hombre el gobierno americano, o lo que podría hacer un hechicero: una mera sombra y remedo de humanidad; en apariencia es un hombre vivo y erguido, pero, sin embargo, mejor diríamos que está enterrado bajo las armas con honores funerarios, aunque bien pudiera ser:

No se oían tambores ni himnos funerarios
cuando llevamos su cadáver rápidamente al baluarte;
ningún soldado disparó salvas de despedida
sobre la tumba en que enterramos a nuestro héroe.

De este modo la masa sirve al Estado no como hombres sino básicamente como máquinas, con sus cuerpos. Ellos forman el ejército constituido y la milicia, los carceleros, la policía, los ayudantes del sheriff, etc. En la mayoría de los casos no ejercitan con libertad ni la crítica ni el sentido moral, sino que se igualan a la madera y a la tierra y a las piedras, e incluso se podrían fabricar hombres de madera que hicieran el mismo servicio. Tales individuos no infunden más respeto que los hombres de paja o los terrones de arcilla. No tienen más valor que caballos o perros, y sin embargo se les considera, en general, buenos ciudadanos. Otros, como muchos legisladores, políticos,

abogados, ministros y funcionarios, sirven al Estado fundamentalmente con sus cabezas, y como casi nunca hacen distinciones morales, son capaces de servir tanto al diablo, sin *pretenderlo,* como a Dios. Unos pocos, como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en un sentido amplio y *los hombres* sirven al Estado además con sus conciencias y, por tanto, las más de las veces se enfrentan a él y, a menudo, se les trata como enemigos. Un hombre prudente sólo será útil como hombre y no se someterá a ser "arcilla" y "tapar un agujero para detener el viento", sino que dejará esa tarea a los otros:

Soy de estirpe demasiado elevada
para convertirme en un esclavo,
en un subalterno sometido a tutela,
en un servidor dócil, en instrumento
de cualquier Estado soberano del mundo.

Al que se entrega por entero a los demás se le toma por un inútil y un egoísta, pero al que se entrega solamente en parte, se le considera un benefactor y un filántropo.

¿Cómo le corresponde actuar a un hombre ante este gobierno americano hoy? Yo respondo que no nos podemos asociar con él y mantener nuestra propia dignidad. No puedo reconocer ni por un instante que esa organización política sea *mi* gobierno y al mismo tiempo el gobierno *de los esclavos.*

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a negar su lealtad y a oponerse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insoportables. Pero la mayoría afirma que no es ese el caso actual, aunque sí fue el caso, dicen, en la revolución de 1775. Si alguien me dijera que ese fue un mal gobierno porque gravó ciertos artículos extranjeros llegados a sus puertos, lo más probable es que no me inmutara porque puedo pasar sin ellos. Toda máquina experimenta sus propios roces, pero es posible que se trate de un mal menor y contrarreste otros males. En ese caso sería un gran error mover un dedo por evitarlo. Pero cuando resulta que la fricción se convierte en su propio fin, y la opresión y el robo están organizados, yo digo: "hagamos desaparecer esa máquina". En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad, está esclavizada, y toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Y este deber es tanto más urgente, por cuanto que el país así ultrajado no es el nuestro, sino que el nuestro es el invasor.

Paley, autoridad reconocida en temas morales, en un capítulo sobre "Deber de sumisión al gobierno civil", reduce toda obligación civil al grado de conveniencia, y continúa: "mientras el interés de la sociedad entera lo requiera, es decir, mientras la institución del gobierno no se pueda cambiar o rechazar sin inconvenientes públicos, es voluntad de Dios que se obedezca a ese gobierno, pero no más allá... Admitido este principio, la justicia de cada caso particular de rebelión se reduce a un calcular por un lado la proporción del peligro y del daño; y por el otro la posibilidad y coste de corregirlo". A continuación nos dice que cada hombre debe juzgar por sí mismo. Pero nos parece que Paley no ha contemplado los casos en los que la regla de la conveniencia no se aplica; es decir, cuando un pueblo o un solo individuo deben hacer justicia a cualquier precio. Si le he quitado injustamente la tabla al hombre que se ahoga, debo devolvérsela aunque me ahogue yo. Esto, según Paley sería inconveniente. Aquel que salve su vida, en este caso, la perderá. Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque le cueste su existencia como tal pueblo.

Por experiencia propia, muchas naciones están de acuerdo con Paley, pero ¿acaso alguien cree que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

Un estado prostituido; una mujerzuela a cuyo traje plateado
se le lleva la cola, pero cuya alma se arrastra por el polvo.

Descendiendo a lo concreto: los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano y no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México, costase lo que costase. Yo no me enfrento con enemi-

gos lejanos sino con los que cerca de casa cooperan con ellos y les apoyan, y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas, pero el progreso es lento porque la minoría no es mejor o más prudente que la mayoría. Lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como tú, sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio para que fermente a toda la masa. Miles de personas están, *en teoría,* en contra de la esclavitud y la guerra, pero de hecho no hacen nada por acabar con ellas; miles que se consideran hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; miles que incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del mercado libre y leen en silencio las listas de precios y las noticias del frente de México tras la cena, e incluso caen dormidos sobre ambos. ¿Cuál es el valor de un hombre honrado y de un patriota hoy? Dudan y se lamentan y a veces redactan escritos, pero no hacen nada serio y eficaz. Esperarán con la mejor disposición a que otros remedien el mal, para poder dejar de lamentarse. Como mucho, depositan un simple voto y hacen un leve signo de aprobación y una aclamación a la justicia al pasar por su lado. Por cada hombre virtuoso, hay novecientos noventa y nueve que alardean de serlo, y es más fácil tratar con el auténtico poseedor de una cosa que con los que pretenden tenerla.

Las votaciones son una especie de juego, como las damas o el backgammon que incluyesen un suave tinte moral; un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales; y desde luego incluye apuestas. No se apuesta sobre el carácter de los votantes. Quizás deposito el voto que creo más acertado, pero no estoy realmente convencido de que eso deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación por tanto, nunca excede el nivel de lo conveniente. Incluso votar *por lo justo* es no *hacer* nada por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer. Un hombre prudente no dejará lo justo a merced del azar ni deseará que prevalezca frente al poder de la mayoría. Hay muy poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque les es indiferente

la esclavitud o porque sea tan escasa que no merezca la pena mantenerla. Para entonces *ellos* serán los únicos esclavos. Sólo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto *de aquel* que afianza su propia libertad con ese voto.

He oído decir que se va a celebrar una convención en Baltimore o en algún otro sitio, para la elección del candidato a la presidencia y que está formada fundamentalmente por directores de periódicos y políticos profesionales, y yo me pregunto: ¿Qué puede importarle al hombre independiente, inteligente y respetable la decisión que tomen? ¿Es que no podemos contar con la ventaja de la prudencia y la honradez de este último? ¿No podemos esperar que también haya votos independientes? ¿Acaso no son numerosísimos los hombres que no asisten a convenciones en este país? Pero no: yo creo que el hombre respetable como tal ya se ha escabullido de su puesto y desespera de su país, cuando es su país el que tiene más razones para desesperar de él. Inmediatamente acepta a uno de los candidatos elegidos de ese modo, como el único *disponible* demostrando que es él quien está *disponible* para cualquier propósito del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o el de cualquier empleadillo nativo que pueden estar comprados. ¡Loado sea el *hombre* auténtico que, como dice mi vecino, tiene un hueso en la espalda que no le permite doblegarse! Nuestras estadísticas son falsas, la población está inflada. ¿Cuántos *hombres* hay en este país por cada 250.000 hectáreas? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún atractivo para que los hombres se asienten aquí? El americano ha degenerado en un "Odd Fellow", un ser que se reconoce por el desarrollo de su sentido gregario y una ausencia manifiesta de inteligencia y una alegre confianza en sí mismo, cuyo primer y básico interés en el mundo es ver que los asilos se conservan en buen estado y antes se ha puesto su vestimenta en toda regla y ha ido a recabar fondos para mantener a las viudas y huérfanos que pueda haber; en fin, en alguien que se permite vivir sólo con la ayuda de la Compañía de Seguros Mutuos que se ha comprometido a enterrarle decentemente.

Por supuesto, no es un deber del hombre dedicarse a la erradicación del mal, por monstruoso que sea. Puede tener, como le es lícito, otros asuntos entre manos; pero sí es su deber al

menos, lavarse las manos de él. Y si no se va a preocupar más de él, que, por lo menos, en la práctica, no le dé su apoyo. Si me entrego a otros fines y consideraciones, antes de dedicarme a ellos, debo, como mínimo, asegurarme de que no estoy pisando a otros hombres. Ante todo, debo permitir que también los demás puedan realizar sus propósitos. ¡Fijaos qué gran inconsistencia se tolera! He oído decir a conciudadanos míos: "me gustaría que me ordenaran colaborar en la represión de una rebelión de esclavos o marchar hacia México; veríamos si lo hago"; y en cambio ellos mismos han facilitado un sustituto directamente con su propia lealtad e indirectamente al menos con su dinero. Al soldado que se niega a luchar en una guerra injusta le aplauden aquellos que aceptan mantener al gobierno injusto que la libra; le aplauden aquellos cuyos actos y autoridad él desprecia y desdeña, como si el Estado fuera un penitente que contratase a uno para que se fustigase por sus pecados, pero que no considerase la posibilidad de dejar de pecar ni por un momento. Así, con el pretexto del orden y del gobierno civil, se nos hace honrar y alabar nuestra propia vileza. Tras la primera vergüenza por pecar surge la indiferencia y lo inmoral se convierte, como si dijéramos, en *a*moral y no del todo innecesario en la vida que nos hemos forjado.

El mayor error y el más extendido exige la virtud más desinteresada. El ligero reproche al que es susceptible muy a menudo la virtud del patriota, es aquel en el que incurren fácilmente los hombres honrados. Los que, sin estar de acuerdo con la naturaleza y las medidas de un gobierno, le entregan su lealtad y su apoyo son, sin duda, sus seguidores más conscientes y por tanto suelen ser el mayor obstáculo para su reforma. Algunos están interpelando al Estado de Massachusetts para que disuelva la Unión y olvide los requerimientos del Presidente. ¿Por qué no la disuelven por su cuenta (la unión entre ellos mismos y el Estado) y se niegan a pagar sus impuestos al tesoro? ¿No están en la misma situación con respecto al Estado que el Estado con respecto a la Unión? ¿Acaso las razones que han evitado que el Estado se enfrentara con la Unión no han sido las mismas que han evitado que ellos se enfrentaran al Estado?

¿Cómo puede estar satisfecho un hombre por el mero hecho de tener una opinión y quedarse tranquilo con *ella*? ¿Puede haber alguna tranquilidad en ello, si lo que opina es que está ofendido? Si tu vecino te estafa un solo dólar no quedas satisfecho con saber que te ha estafado o diciendo que te ha estafado, ni siquiera exigiéndole que te pague lo tuyo, sino que inmediatamente tomas medidas concretas para recuperarlo y te aseguras de que no vuelvan a estafarte. La acción que surge de los principios, de la percepción y la realización de lo justo, cambia las cosas y las relaciones, es esencialmente revolucionaria y no está del todo de acuerdo con el pasado. No sólo divide Estados e Iglesias, divide familias e incluso divide al *individuo*, separando en él lo diabólico de lo divino.

Hay leyes injustas: ¿Nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos corregirlas y las obedeceremos hasta conseguirlo? ¿O las transgrediremos desde ahora mismo? Bajo un gobierno como este nuestro, muchos creen que deben esperar hasta convencer a la mayoría de la necesidad de alterarlo. Creen que si opusieran resistencia el remedio sería peor que la enfermedad. Pero eso es culpa del propio gobierno. ¿Por qué no está atento para prever y procurar reformas? ¿Por qué no aprecia el valor de esa minoría prudente? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alerta y a señalar los errores para *mejorar* en su acción? ¿Por qué tenemos siempre que crucificar a Cristo y excomulgar a Copérnico y Lutero y declarar rebeldes a Washington y Franklin?

Se pensaría que una negación deliberada y práctica de su autoridad es la única ofensa que el gobierno no contempla; si no, ¿por qué no ha señalado el castigo definitivo, adecuado y proporcionado? Si un hombre sin recursos se niega una sola vez a pagar nueve monedas al Estado, se le encarcela (sin que ninguna ley de que yo tenga noticia lo limite) por un período indeterminado que se fija según el arbitrio de quienes lo metieron allí; pero si hubiera robado noventa veces nueve monedas al Estado, en seguida se le dejaría en libertad.

Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de la maquina del gobierno, dejadla así, dejadla. Quizás desaparezca con el tiempo; lo que sí es cierto es que la máquina acabará por romperse. Si la injusticia tiene un muelle o una polea o una cuerda o una manivela exclusivamente para ella, entonces tal vez debáis considerar si el remedio no será peor que la

enfermedad; pero si es de tal naturaleza que os obliga a ser agentes de la injusticia, entonces os digo, quebrantad la ley. Que vuestra vida sea un freno que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que no me presto a hacer el daño que yo mismo condeno.

En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios. Requieren demasiado tiempo y se invertiría toda la vida. Tengo otros asuntos que atender. No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo. Un hombre no tiene que hacerlo todo, sino algo, y debido a que no puede hacerlo *todo*, no es necesario que haga *algo* mal. No es asunto mío interpelar al gobierno o a la Asamblea Legislativa, como tampoco el de ellos interpelarme a mí; y si no quieren escuchar mis súplicas, ¿qué debo hacer yo? Para esta situación el Estado no ha previsto ninguna salida, su Constitución es la culpable. Esto puede parecer duro y obstinado e intransigente, pero a quien se ha de tratar con mayor consideración y amabilidad es únicamente al espíritu que lo aprecie o lo merezca. Sucede pues que todo cambio es para mejor, como el nacer y el morir que producen cambios en nuestro cuerpo.

No vacilo en decir que aquellos que se autodenominan abolicionistas deberían inmediatamente retirar su apoyo personal y pecuniario al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría, antes de tolerar que la injusticia impere sobre ellos. Yo creo que es suficiente con que tengan a Dios de su parte, sin esperar a más. Un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno. Tan sólo una vez al año me enfrento directamente cara a cara con este gobierno americano o su representante, el gobierno del Estado en la persona del recaudador de impuestos. Es la única situación en que un hombre de mi posición inevitablemente se encuentra con él, y él entonces dice claramente: "Reconóceme". Y el modo más simple y efectivo y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos es el único hombre con el que tengo que tratar, puesto que, después de todo, yo peleo con personas y no con papeles, y ha elegido voluntariamente ser un agente

del gobierno, ¿cómo va a conocer su identidad y su cometido como funcionario del gobierno o como hombre, si no le obligan a decidir si ha de tratarme a mí que soy su vecino a quien respeta, como a tal vecino y hombre honrado o como a un maníaco que turba la paz? Después veríamos si puede saltarse ese sentimiento de buena vecindad sin recurrir a pensamientos o palabras más duros e impetuosos de acuerdo con esa actuación. Estoy seguro de que si mil, si cien, si diez hombres que pudiese nombrar, si solamente diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este Estado de Massachusetts, dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud de América. Lo que importa no es que el comienzo sea pequeño; lo que se hace bien una vez, queda bien hecho para siempre. Pero nos gusta más hablar de ello: decimos que esa es nuestra misión. La reforma cuenta con docenas de periódicos a su favor, pero ni con un solo hombre. Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar su tiempo a solucionar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina, tuviera que ocuparse del prisionero de Massachusetts, el prisionero de ese Estado que se siente tan ansioso de cargar el pecado de la esclavitud sobre su hermano (aunque, por ahora, sólo ha descubierto un acto de falta de hospitalidad para fundamentar su querella contra él), la Legislatura no desestimaría el tema por completo el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión. Hoy, el lugar adecuado, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones; se les encarcela y se les aparta del Estado por acción de éste, del mismo modo que ellos habían hecho ya por sus principios. Ahí es donde el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a interceder por los daños infligidos a su raza deberían encontrarlos; en ese lugar separado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están *con* él sino *contra* él: ésta es la única casa, en un Estado con esclavos, donde el hombre libre puede permanecer con

honor. Si alguien piensa que su influencia se perdería allí, que sus voces dejarían de afligir el oído del Estado, y que ya no serían un enemigo dentro de sus murallas, no saben cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuanto más elocuente y eficiente puede ser combatir la injusticia cuando se ha sufrido en propia carne. Deposita todo tu voto, no sólo una papeleta, sino toda tu influencia. Una minoría no tiene ningún poder mientras se aviene a la voluntad de la mayoría: en ese caso ni siquiera es una minoría. Pero cuando se opone con todas sus fuerzas es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará cuál elegir. Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes. Esta es la definición de una revolución pacífica, si tal es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me preguntara –como así ha sucedido– "pero, ¿qué debo hacer?", mi respuesta sería: "Si de verdad deseas colaborar, renuncia al cargo". Una vez que el súbdito ha retirado su lealtad y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución está conseguida. Incluso aunque haya derramamiento de sangre. ¿Acaso no hay un tipo de derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida se vierten la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre y su hemorragia le ocasiona una muerte interminable. Ya veo correr esos ríos de sangre.

Me he referido al encarcelamiento del objetor y no a la incautación de sus bienes, aunque ambos cumplen los mismos fines, porque aquellos que afirman la justicia más limpia y, por tanto, los más peligrosos para un Estado corrupto, no suelen haber dedicado mucho tiempo a acumular riquezas. A estos tales el Estado les presta un servicio relativamente pequeño, y el mínimo impuesto suele parecerles exagerado en especial si se ven obligados a ganarlo con el sudor de su frente. Si hubiera alguien que viviera sin hacer uso del dinero en absoluto, el Estado mismo dudaría en reclamárselo. Pero los ricos (y no se trata de comparaciones odiosas) están siempre vendidos a la institución que les hace ricos. Hablando en términos absolutos, a mayor riqueza, menos virtud; porque el dinero vincula al hombre con sus bienes y le permite conseguirlos y, desde luego, la obtención de ese dinero en sí mismo no constituye ninguna gran virtud. El dinero acalla muchas preguntas que de otra manera tendría que contestar, mientras que la única nueva que se le plantea es la difícil pero superflua de cómo gastarlo. De este modo, sus principios morales se derrumban a sus pies. Las oportunidades de una vida plena disminuyen en la misma proporción en que se incrementan lo que se ha dado en llamar los "medios de fortuna". Lo mejor que el rico puede hacer en favor de su cultura es procurar llevar a cabo aquellos planes en que pensaba cuando era pobre. Cristo respondió a los fariseos en una situación semejante: "Mostradme la moneda del tributo", dijo y uno sacó un céntimo del bolsillo. Si usáis moneda que lleva la efigie del César y él la ha valorado y hecho circular, y si *sois ciudadanos del Estado* y disfrutáis con agrado de las ventajas del gobierno del César, entonces devolvedle algo de lo suyo cuando os lo reclame: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Y se quedaron como estaban sin saber qué era de quién, porque no querían saberlo.

Cuando hablo con el más independiente de mis conciudadanos, me doy cuenta de que diga lo que diga acerca de la magnitud y seriedad del problema, y su interés por la tranquilidad pública, en última instancia no puede prescindir del gobierno actual y teme las consecuencias que la desobediencia pudiera acarrear a sus bienes y a su familia. Por mi parte no me gustaría pensar que algún día voy a depender de la protección del Estado. Si rechazo la autoridad del Estado cuando me presenta la factura de los impuestos, pronto se apoderará de lo mío y gastará mis bienes y nos hostigará interminablemente a mí y a mis hijos. Esto es duro. Esto hace que al hombre le sea imposible vivir con honradez y al mismo tiempo con comodidad en la vida material. No merece la pena acumular bienes; con toda seguridad se los volverían a llevar; es mejor emplearse o establecerse en alguna granja y cultivar una pequeña cosecha y consumirla cuanto antes. Se debe vivir independientemente sin depender más que de uno mismo, siempre dispuesto y preparado para volver a empezar y sin implicarse en muchos negocios. Un hombre puede enriquecerse hasta en Turquía si se comporta en todos los aspectos como un buen súbdito del gobierno

turco. Decía Confucio: "Si un Estado se gobierna siguiendo los dictados de la razón, la pobreza y la miseria provocan la vergüenza; si un Estado no se gobierna siguiendo la razón, las riquezas y los honores provocan la vergüenza". No: mientras no necesite que Massachusetts me socorra en algún lejano puerto del Sur, donde mi libertad se halle en peligro, o mientras me dedique únicamente a adquirir una granja por medios pacíficos en mi propio país, podré permitirme el lujo de negarle lealtad a Massachusetts y su derecho sobre mi vida y mis bienes. Además, me cuesta menos trabajo desobedecer al Estado, que obedecerle. Si hiciera esto último, me sentiría menos digno.

Hace algunos años, el Estado me instó en nombre de la Iglesia a que pagara cierta suma para mantener al clérigo a cuyos oficios solía asistir mi padre, aunque no yo. "Paga" –se me dijo– "o serás encarcelado". Me negué a pagar pero lamentablemente otro decidió hacer el pago por mí. No veía por qué el maestro tenía que contribuir con sus impuestos al sustento del clérigo y no el clérigo al del maestro; dado que además yo no era maestro del Estado y me mantenía gracias a una suscripción popular. No veía por qué la escuela carecía del derecho a recibir impuestos del Estado, mientras que la Iglesia sí lo tenía. De todos modos, ante el requerimiento de los concejales, me avine a redactar una declaración en los siguientes términos: "Sepan todos por la presente, que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad legalmente constituida en la que no me haya inscripto personalmente". La entregué al alguacil y él la tiene. El Estado sabiendo de este modo que no deseaba ser considerado miembro de esa Iglesia, no ha vuelto a reclamarme aquel impuesto, aunque mantuvo su exigencia inicial por aquella sola vez. Si hubiera sabido entonces cómo denominarlas me habría borrado una por una de todas las sociedades de las que jamás me hice miembro, pero no sabía dónde conseguir una lista completa.

No he pagado "los impuestos sobre los votantes" desde hace seis años. Por ello me encarcelaron una vez, durante una noche, y mientras contemplaba los muros de piedra sólida de 60 u 80 cms. de espesor, la puerta de hierro y madera de 30 cms. de grosor y la reja de hierro que filtraba la luz, no pude por menos que sentirme impresionado por la estupidez de aquella institución que me trataba como si fuera mera carne, sangre y huesos que encerrar. Me admiraba que alguien pudiera concluir que ése era el mejor uso que se podría hacer de mí, y no hubieran pensado en beneficiarse de mis servicios de algún otro modo. Me parecía que si un muro de piedra me separaba de mis conciudadanos, aún habría otro más dificil de rebasar o perforar para que ellos consiguieran ser tan libres como yo. No me sentí confinado ni un solo instante, y los muros se me antojaban enormes derroches de piedra y cemento. Me sentía como si yo hubiera sido el único ciudadano que había pagado mis impuestos. Sencillamente no sabían cómo tratarme y se comportaban como personas ineducadas. Lo mismo cuando alababan que cuando amenazaban cometían una estupidez, ya que pensaban que mi deseo era saltar al otro lado del muro. No podía hacer otra cosa que sonreír al ver con qué esfuerzo me cerraban la puerta, mientras mis pensamientos les seguían fuera de allí sin obstáculo ni impedimento, cuando eran *ellos* los únicos peligrosos. Como no podían llegar a mi alma, habían decidido castigar mi cuerpo como hacen los niños que, cuando no pueden alcanzar a la persona que les fastidia, maltratan a su perro. Yo veía al Estado como a un necio, como a una mujer solitaria que temiese por sus cubiertos de plata y que no supiese distinguir a sus amigos de sus enemigos. Perdí todo el respeto que aún le tenía y me compadecí de él.

El Estado nunca se enfrenta voluntariamente con la conciencia intelectual o moral de un hombre sino con su cuerpo, con sus sentidos. No se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la simple fuerza física. Yo no he nacido para ser violentado. Seguiré mi propio camino. Veremos quién es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene la multitud? Sólo pueden obligarme aquellos que obedecen a una ley superior a la mía. Me obligan a ser como ellos. Yo no oigo que a los *hombres* les *obliguen* a vivir de tal o cual manera las masas. ¿Qué vida sería esa? Cuando veo que un gobierno me dice: "La bolsa o la vida", ¿por qué voy a apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en grandes aprietos y no sepa qué hacer: yo no puedo hacer nada por él. Debe salvarse a sí mismo, como hago yo. No merece la pena lloriquear. Yo no soy el responsable del buen funcionamiento de la máquina de la sociedad. Yo no soy

el hijo del maquinista. Observo que cuando una bellota y una castaña caen al lado, una no permanece inerte para dejar espacio a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes y brotan y crecen y florecen lo mejor que pueden, hasta que una acaso ensombrece y destruye a la otra. Si una planta no puede vivir de acuerdo con su naturaleza muere, y lo mismo le ocurre al hombre.

La noche en prisión fue una novedad interesante. Cuando entré, los presos en mangas de camisa disfrutaban charlando y tomando el fresco de la tarde en la puerta. Pero el carcelero dijo: "¡Vamos, muchachos, es hora de cerrar!", y todos se dispersaron y oí el sonido de sus pasos volviendo a los oscuros aposentos. El carcelero me presentó a mi compañero de celda como un "individuo inteligente y de buen natural". Cuando cerraron la puerta me enseñó dónde podía colgar el sombrero y cómo se las arreglaba uno allí dentro. Blanqueaban las celdas una vez al mes y ésta, si no las demás, era la habitación más blanca, más sencillamente amueblada y probablemente más limpia de toda la ciudad. Mi compañero se interesó inmediatamente por mí: quería saber de dónde era y qué me había traído aquí, y cuando se lo dije le pregunté a su vez cómo había venido él, dando por supuesto que se trataba de un hombre honrado, y tal como está el mundo, creo que lo era. "Pues" –dijo– "me acusan de incendiar un granero, pero no lo hice". Según pude averiguar, probablemente había ido a dormir la borrachera a un granero y al fumar allí su pipa, el granero se incendió. Tenía fama de hombre listo, llevaba tres meses esperando el juicio y tendría que esperar otro tanto aún; pero se había adaptado y aceptaba su situación puesto que le mantenían gratis y le trataban bien.

Él ocupaba una ventana y yo la otra, y me di cuenta de que si uno permanecía allí mucho tiempo su quehacer principal consistiría en mirar por la ventana. Muy pronto había leído todos los panfletos que se habían ido dejando allí y examinando por dónde se habían escapado otros presos y dónde habían aserrado una reja y también conocí anécdotas de varios ocupantes de aquella celda. Descubrí que incluso había una historia y unos chismes que jamás salían de los muros de la prisión. Probablemente sea ésta la única casa en la ciudad donde se componen versos que luego se copian aunque no lleguen a publicarse. Me enseñaron una larga lista de versos compuestos por varios jóvenes a los que habían descubierto en plena huida, y los cantaban para vengarse.

Le saqué a mi compañero de celda toda la información que pude temiendo no volver a verlo nunca más; pero finalmente me indicó cuál era mi cama y se alejó para apagar la lámpara. Pernoctar allí esa noche fue como viajar a un país que jamás hubiera imaginado conocer. Me parecía que nunca antes había oído las campanadas del reloj del Ayuntamiento, ni los ruidos de la noche en la ciudad y es que dormíamos con las ventanas abiertas por dentro de la reja. Era como contemplar mi ciudad natal a la luz de la Edad Media y nuestro Concord convertido en el Rin, con visiones de caballeros y castillos desfilando ante mí. Eran las voces de mis vecinos en las calles lo que yo oía. Me convertí en un espectador y oyente involuntario de lo que sucede en la cocina de la posada contigua, una experiencia totalmente nueva y extraña para mí. Me proporcionó un conocimiento de primera mano de mi ciudad natal. Estaba absolutamente dentro de ella. Nunca hasta entonces había visto sus instituciones. Esta es una de sus instituciones más peculiares, pues se trata de una cabeza de partido. Empezaba a comprender de verdad a sus habitantes.

Por la mañana nos pasaron el desayuno por una abertura en la puerta en pequeñas latas ovaladas hechas a la medida que contenían medio litro de chocolate con pan moreno y una cuchara de hierro. Cuando volvieron para recoger los cacharros caí en la novatada de devolver el pan que me había sobrado, pero mi compañero lo agarró y me dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. Enseguida le dejaron salir para acudir a su trabajo de recogida de heno en un campo cercano al que iba cada día y del que no volvía hasta el mediodía; por tanto se despidió diciendo que no sabía si nos volveríamos a ver.

Cuando salí de la prisión (pues alguien intervino en mis asuntos y pagó el impuesto) no observé que se hubieran producido grandes cambios en la gente, como le hubiese sucedido al que se marchase de joven y volviese hecho un viejo tembloroso y lleno de canas. Sin embargo sí aprecié un cierto cambio en la

escena: en la ciudad, en el Estado y en el país; un cambio mayor que el debido al mero paso del tiempo. El Estado en el que vivía se me presentaba con mayor nitidez. Vi hasta qué punto podía confiar como vecinos o amigos en la gente con la que vivía, que su amistad era de poco fiar, que no se proponían hacer el bien. Eran de una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones, como los chinos y los malayos que, en sus sacrificios a la humanidad, no corren riesgo alguno ni tampoco sus bienes. Después de todo, no eran tan nobles y trataban al ladrón como les había tratado a ellos; y esperaban salvar sus almas mediante la observancia de ciertas costumbres y unas cuantas oraciones y caminando de vez en cuando por senderos rectos pero inútiles. Puede que esta crítica a mis vecinos parezca severa, puesto que muchos de ellos no saben que existe una institución como la cárcel en su ciudad.

Antes era costumbre en nuestra ciudad que, cuando un deudor pobre salía de la carcel, sus conocidos le saludaran mirando a través de los dedos cruzados, para representar las rejas de la cárcel: "¿Qué tal?". Mis vecinos no hicieron eso sino que primero me miraron a mí y luego se miraron unos a otros, como si hubiera vuelto de un largo viaje. Me prendieron cuando iba al zapatero a recoger un zapato que me habían arreglado. Cuando me soltaron, a la mañana siguiente, procedí a finalizar mi recado y tras ponerme el zapato arreglado, me uní a un grupo que iba a recoger bayas y que me esperaban para que les hiciese de guía, y en media hora (pues aparejé el caballo con rapidez) estaba en medio de un campo de bayas, en una de nuestras colinas más altas, a 3 kms. de distancia, y allí no se veía al Estado por ningún lado. Esta es la historia completa de "Mis Prisiones".

Nunca me he negado a pagar el impuesto de carreteras porque tan deseoso estoy de ser un buen vecino, como de ser un mal súbdito; y respecto del mantenimiento de las escuelas, estoy contribuyendo ahora a la educación de mis compatriotas. No me niego a pagar los impuestos por ninguna razón en concreto; simplemente deseo negarle mi lealtad al Estado, retirarme y mantenerme al margen. Aunque pudiera saberlo, no me importaría conocer el destino de mi dinero, hasta que se

comprara con él a un hombre o a un mosquetón para matar –el dinero es inocente– pero me interesaría conocer las consecuencias que tendría mi lealtad. A mi modo, en silencio, le declaro la guerra al Estado, aunque todavía haré todo el uso de él y le sacaré todo el provecho que pueda, como suele hacerse en estos casos.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan los impuestos que yo me niego a pagar, están haciendo lo que antes hicieron por sí mismos, o por mejor decir, están llevando la injusticia más allá todavía de lo que exige el Estado. Si los pagan por un equivocado interés en la persona afectada, para preservar sus bienes o evitar que vaya a la cárcel, es porque no han considerado con sensatez hasta qué punto sus sentimientos personales interfieren con el bien público.

Esta, pues, es mi postura en estos momentos. Pero en tales casos hay que estar muy en guardia para evitar actuar llevado por la obstinación o por un indebido respeto a la opinión del prójimo. Lo que hay que comprender es que actuando así se está haciendo lo que uno debe y lo que corresponde a ese momento.

A veces pienso que estas gentes tienen buenas intenciones pero son ignorantes; serían mejores si entendieran todo esto. ¿Por qué obligar a tu vecino al esfuerzo de tratarte en contra de sus propias inclinaciones? Sin embargo, yo creo que ésta no es razón suficiente para que yo les imite o para que permita que otros sufran otras calamidades mucho mayores. A veces me digo a mí mismo: cuando muchos millones de hombres sin odio, sin mala voluntad, sin sentimientos personales de ningún tipo, os piden unas pocas monedas, y no existe la posibilidad –según su propia constitución– de retirar o alterar tal demanda, ni la posibilidad, por tu parte, de ayudar a otros millones, ¿por qué te tendrías que exponer a esta aplastante fuerza bruta? Tú no te resistes con esa obstinación al frío y al hambre, al viento y a las olas; sino que te sometes resignadamente a esas y a otras muchas penalidades similares. No metes la cabeza en el fuego innecesariamente. Pero exactamente en la misma proporción en que considero que esta no es completamente una fuerza bruta, sino que es en parte una fuerza humana, y creo que tengo relaciones con esos millones, que son relaciones con

millones de hombres, y no con simples animales o cosas inanimadas, veo que la apelación es posible, en primer lugar, y de modo inmediato, de ellos hacia su Creador; y en segundo lugar de ellos hacia sí mismos. Pero si deliberadamente meto la cabeza en el fuego, no hay apelación posible ni al fuego ni al Creador del fuego, y yo sólo sería responsable de las consecuencias. Si me pudiese convencer a mí mismo de que tengo el más mínimo derecho a sentirme satisfecho de los hombres tal como son, y tratarlos en consecuencia, y no, en cierto sentido, según mi convicción y mi esperanza de cómo ellos y yo deberíamos ser, entonces, como un buen Musulmán y fatalista me las arreglaría para quedarme tranquilo con las cosas tal como son, y diría que se trataba de la voluntad de Dios. Y, sobre todo, hay una diferencia entre resistir a esto y a una mera fuerza animal o natural: al resistir a esto consigo algún efecto; pero no puedo esperar cambiar, como Orfeo, la naturaleza de las rocas, los árboles y las bestias.

No tengo interés en discutir con ningún hombre o nación. No deseo ser puntilloso y establecer distinciones sutiles; ni tampoco quiero presentarme como el mejor de mis conciudanos. Lo que yo busco, en cambio, es una excusa para dar mi conformidad a las leyes de este país. Estoy totalmente dispuesto a someterme a ellas. De hecho, siempre tengo razones para dudar de mi postura y cada año, cuando pasa el recaudador de impuestos, me dispongo a revisar las leyes y la situación de ambos gobiernos, el federal y el del Estado, así como la opinión del pueblo en busca de un pretexto para dar esa conformidad.

> Debemos interesarnos por nuestro país como si fuera nuestro padre y si en algún momento nos negamos a honrarle con nuestro amor o nuestro esfuerzo, debemos, sin embargo, respetarle y educar al alma en cuestiones de conciencia y religión, y no en deseos de poder ni de beneficio propio.

Creo que el Estado podrá evitarme pronto toda esta preocupación, y entonces no seré más patriota que mis vecinos. Desde cierto punto de vista, la Constitución, con todos sus fallos, es muy buena; las leyes y los tribunales son muy respetables, incluso el gobierno federal y el de este Estado son, en muchos sentidos, admirables y originales; algo por lo que debemos estar agradecidos, tal como mucha gente los ha descripto. Pero si elevamos un poco nuestro punto de vista, en realidad no serían más que como los he descripto yo, y si nos elevamos aún más, ¿quién sabe lo que son o si merece la pena observarlos o pensar en ellos?

De todos modos, el gobierno no es algo que me preocupe demasiado, y voy a pensar muy poco en él. No son muchas las ocasiones en que me afecta directamente, ni siquiera en este mundo en que vivimos. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, nunca le va a parecer que *es* aquello que *no es*, y ni los gobernantes ni los reformadores ineptos podrán en realidad coaccionarle.

Sé que la mayoría de los hombres piensan de distinto modo, pero son aquellos que se dedican profesionalmente al estudio de estos temas u otros semejantes, los que más me preocupan; los estadistas y legisladores, que se hallan tan plenamente integrados en las instituciones que jamás las pueden contemplar con actitud clara y crítica. Hablan de cambiar a la sociedad, pero no se sienten cómodos fuera de ella. Puede que se trate de hombres de cierta experiencia y criterio, y, sin lugar a dudas, han inventado soluciones ingeniosas e incluso útiles, por lo que sinceramente les damos las gracias; pero todo su talento y su utilidad se encuentran dentro de límites muy reducidos. Suelen olvidar que al mundo no lo gobiernan ni la política ni la conveniencia. Webster jamás ve más allá del gobierno y por tanto no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras las consideran válidas aquellos legisladores que no contemplan la necesidad de una reforma social en el gobierno actual, pero a los inteligentes y a los que legislan con idea de futuro les parece que ni siquiera vislumbra el problema.

Conozco a unos cuantos que con sus serenos y sabios argumentos sobre este tema pondrían de manifiesto cuán limitada es la capacidad de Webster para la reflexión y la apertura a nuevas ideas. Y, sin embargo, si lo comparamos con el pobre quehacer de los reformistas y el aún más pobre ingenio y elocuencia de los políticos en general, sus palabras resultarían ser las más sensatas y válidas, y damos las gracias al Cielo porque existen. En comparación con los otros, él es siempre fuerte,

original y sobre todo práctico. Con todo, su mayor cualidad no es su sabiduría sino su prudencia. Lo que el abogado llama verdad no es la auténtica Verdad sino la coherencia o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y no se preocupa, al menos básicamente, de poner de relieve la justicia que pueda ser consistente con el mal. Bien merece que le llamen, como ha ocurrido, el Defensor de la Constitución. Los únicos golpes que ha dado, han sido siempre defensivos. No es un líder sino un seguidor. Sus líderes son los hombres del 87. "Nunca me he esforzado" –dice– "y nunca pienso esforzarme; jamás he aprobado un esfuerzo, y no pienso hacerlo ahora, para alterar el acuerdo original por el cual los diferentes Estados llegaron a constituirse en la Unión". Respecto del hecho de que la Constitución sancione la existencia de la esclavitud, dice: "Dado que forma parte del contrato original, dejémoslo como está". Pese a su especial agudeza y habilidad es incapaz de extraer un hecho y sacarlo de sus meras implicaciones políticas, para contemplarlo de una manera exclusivamente intelectual (por ejemplo, lo que le tocaría hacer a un hombre hoy en América, en relación con el problema de la esclavitud) sino que más bien se aventura o se ve llevado a dar una respuesta tan descabellada como la siguiente, mientras anuncia que habla en términos absolutos y a título personal (y, ¿qué nuevo sistema de valores sociales podríamos deducir de ahí?): "El modo" –dice– "en que el gobierno de esos Estados donde existe la esclavitud hayan de regularla, es asunto suyo, responsabilidad suya ante sus electores, ante las leyes generales de lo que es apropiado, de la humanidad y de la justicia y ante Dios. Las asociaciones que puedan formarse en otros lugares surgidas de un sentimiento de humanidad o de otras causas, no tienen nada que ver con esta cuestión. Nunca han recibido mi apoyo y nunca lo tendrán".

Quienes no conocen otras fuentes de verdad más puras, quienes no han seguido su curso hasta sus orígenes, están, y con razón, del lado de la Biblia y la Constitución y beben de ellas con reverencia y humildad. Pero aquellos que van más allá y buscan el origen del agua que gotea sobre el lago o la charca, se ciñen los lomos una vez más y siguen su peregrinación en busca del manantial.

No ha habido en América ni un solo hombre con genio para legislar. Son escasos en la historia del mundo. Hay centenares de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero el orador capaz de resolver los acuciantes problemas de hoy, aún no ha abierto la boca. Nos gusta la elocuencia por sí misma y no porque sea portadora de ninguna verdad o porque inspire cierto heroísmo. Nuestros legisladores aún no han aprendido el valor relativo que encierran el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud, para una nación. Carecen de genio o talento para cuestiones relativamente sencillas, como son los impuestos y las finanzas, el comercio, la industria y la agricultura. Si nos dejáramos guiar por la ingeniosa verborrea de los legisladores del Congreso, sin que la oportuna experiencia del pueblo y sus protestas concretas les corrigieran, América pronto dejaría de conservar su rango entre las naciones. El Nuevo Testamento se escribió hace mil ochocientos años –aunque tal vez no debería referirme a ello– y, sin embargo, ¿dónde está el legislador con sabiduría y talento suficiente como para aprovechar la luz que de él dimana y aplicarla sobre la ciencia legislativa?

La autoridad del gobierno, aun aquella a la que estoy dispuesto a someterme –pues obedeceré a los que saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y en ciertos casos, hasta a los que ni saben ni pueden– es todavía muy impura. Para ser estrictamente justa habrá de contar con la aprobación y consenso de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo le conceda. El progreso desde una monarquía absoluta a otra limitada en su poder, y desde esta última hasta una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficientemente sabio como para considerar que el individuo es la base del imperio. ¿Una democracia, tal como la entendemos, es el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible dar un paso adelante tendente a reconocer y organizar los derechos del hombre? Jamás habrá un Estado realmente libre y culto hasta que no reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del que se deriven su propio poder y autoridad y le trate en consecuencia. Me complazco imaginándome un Estado que por fin sea justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el respeto de un

amigo. Que no juzgue contrario a su propia estabilidad el que haya personas que vivan fuera de él, sin interferir con él ni acogerse a él, tan sólo cumpliendo con sus deberes de vecino y amigo. Un Estado que diera este fruto y permitiera a sus ciudadanos desligarse de él al lograr la madurez, prepararía el camino para otro Estado más perfecto y glorioso aún, el cual también imagino a veces, pero todavía no he vislumbrado por ninguna parte.

La esclavitud en Massachusetts*

Recientemente asistí a una reunión de los ciudadanos de Concord, con la intención, como otros muchos, de poder hablar sobre el tema de la esclavitud en Massachusetts; pero me sorprendió y a la vez me decepcionó descubrir que, lo que había congregado allí a mis vecinos era el destino de Nebraska y no el de Massachusetts, con lo cual mi discurso habría estado totalmente fuera de lugar. Yo creía que era nuestra casa la que estaba ardiendo y no el campo; pero a pesar de que varios ciudadanos de Massachusetts están ahora en prisión por intentar rescatar a un esclavo de las garras del Estado, ninguno de los oradores de esa asamblea expresó pesar alguno, ni tan siquiera hubo referencias al tema. Lo único que parecía preocuparles era la distribución de una tierra salvaje a miles de kilómetros de distancia. Los habitantes de Concord no están preparados para vivir junto a uno de sus puentes, pero hablan en cambio de asentarse en las tierras altas, al otro lado del Río Yellowstone. Nuestros Buttricks y Davises y Hosmers están batiéndose en retirada hacia allí, y temo que no van a dejar un Lexington Common entre ellos y el enemigo. No hay ni un solo esclavo en Nebraska, pero puede que haya un millón de ellos en Massachusetts.

Los que se han educado en la escuela de la política son incapaces una y otra vez de enfrentarse a los hechos. Sus medidas lo son a medias, meros subterfugios. Posponen la fecha del asentamiento indefinidamente y mientras tanto, la deuda se incrementa. Aunque la Ley de Esclavos Fugitivos no fue tema de discusión en esa ocasión, mis conciudadanos decidieron por fin tímidamente, en una reunión posterior, según supe, que habiendo sido rechazado por uno de los partidos el acuerdo de compromiso de 1820, “por tanto..., la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850 debe derogarse”. Pero ésa no es la única razón por

* “Slavery in Massachussets”, *The Liberator*, vol. XXIV, núm. 29, 1854. Conferencia pronunciada para el día de la Independencia de Estados Unidos, el 4 de julio de ese año, en una reunión antiesclavista.

la que se debiera revocar una ley inicua. El hecho al que se enfrenta el político es tan sólo que hay menos honor entre ladrones del que se supone, y no al hecho de que sean ladrones.

Como no tuve la posibilidad de expresar mis opiniones en esa asamblea, ¿me permitiréis que lo haga aquí?

De nuevo está sucediendo que el Palacio de Justicia de Boston está lleno de hombres armados escoltando a un prisionero y juzgando a un HOMBRE, para saber si realmente es un ESCLAVO. ¿Cree alguien que a la justicia o a Dios le interesa la decisión que tome el Sr. Loring? Que él esté sentado ahí decidiendo aún cuando esa pregunta ya está decidida desde la eternidad, y el esclavo analfabeto y la multitud que le rodea hace tiempo que han oído y aceptado la decisión, es sencillamente ponerse en ridículo. Podemos sentirnos tentados a preguntar de quién recibió su cargo, y quién es él para recibirlo, qué nuevos estatutos obedece y qué precedentes tiene de autoridad. La existencia de tal árbitro es una impertinencia. No le pedimos que tome una decisión, le exigimos que se vaya.

Presto atención a la voz de un Gobernador, Comandante en Jefe de las tropas de Massachusetts. Oigo tan sólo el cri-cri de los grillos y el zumbido de los insectos que llenan el aire del verano. La proeza del Gobernador consiste en pasar revista a las tropas los días señalados. Le he visto a caballo, descubierto, y escuchando las oraciones del capellán. Nunca más he visto a un Gobernador. Creo que me las arreglaría bien sin ninguno. Si no sirve tan siquiera para evitar que me secuestren, ¿qué otra utilidad importante puede prestarme? Cuando más amenazada está la libertad, él permanece en la más profunda oscuridad. Un distinguido sacerdote me dijo una vez que había elegido la profesión del sacerdocio porque le permitía tener más tiempo libre para sus aficiones literarias. Yo le recomendaría la profesión de Gobernador.

Hace tres años cuando ocurrió la tragedia de Sims, yo me dije: existe un funcionario, no un hombre, que es el Gobernador de Massachusetts, ¿qué ha estado haciendo los últimos quince días? ¿Ha hecho todo lo posible por mantenerse a cubierto durante este terremoto moral? Se me antojaba que no se hubiera podido lograr mayor crítica ni lanzarle insulto más mordaz que lo que ha sucedido, que nadie se dignara

consultarle en aquella crisis. Lo peor, y todo lo que he llegado a saber de él, es que no aprovechó esa oportunidad para darse a conocer y ser apreciado. Al menos pudo haberse *sometido* al peso de la fama. Todos parecían haber olvidado que existiera tal hombre o tal cargo. Sin embargo no hay duda de que estaba luchando por ocupar el sillón gubernamental. No era mi Gobernador. No me gobernaba a mí.

Pero por fin, en ese caso, sí hemos oído al Gobernador. ¡Después de que él y el gobierno de los Estados Unidos hubieran logrado con éxito robarle su libertad de por vida a un pobre negro inocente, y tras arrancarle la más íntima semejanza con su Creador, pronunció un discurso ante sus cómplices en una cena de celebración!

He leído una ley reciente de este Estado que penaliza al oficial de la "Commonwealth" que "detenga o ayude a... la detención", siempre dentro de sus límites, "de cualquier persona que sea acusada de ser un esclavo fugitivo". También es sabido que la orden de libertad para arrancar al fugitivo de la custodia del oficial federal, no puede cumplirse, por falta de fuerza suficiente para ayudar al funcionario.

Yo pensaba que el Gobernador era, de algún modo, el funcionario ejecutivo del Estado, que esa era su función como Gobernador, procurar que las leyes del Estado se cumplan; mientras que como hombre tendría cuidado, al hacerlo, de no transgredir las leyes de la humanidad; pero cuando se requiere de él algún servicio especial e importante, resulta ser un inútil, o peor que un inútil, y permite que las leyes del Estado sean incumplidas. Tal vez yo no conozca cuáles son los deberes del Gobernador, pero si ser Gobernador requiere someterse a tanta ignominia irremediable, si consiste en poner un freno a mi propia naturaleza, me cuidaré de no ser nunca gobernador de Massachusetts. No he seguido leyendo las leyes de esta "Commonwealth". No constituyen una lectura beneficiosa. No siempre dicen la verdad, y no siempre quieren decir lo que dicen. Lo único que me preocupa saber es que la influencia y la autoridad de ese hombre estaban de parte del amo y no del esclavo; de parte del culpable y no del inocente; de la injusticia y no de la justicia. Ciertamente nunca he visto al hombre del que hablo, no sabía que era el Gobernador hasta que tuvo

lugar este suceso. Oí hablar de él y de Anthony Burns al mismo tiempo, y así, sin duda, oirá hablar de él la mayoría. Estoy muy lejos de sentirme gobernado por él. No quiero decir que vaya en detrimento suyo el que yo no hubiera sabido de él, tan sólo lo afirmo. Lo peor que diré de él es que no demostró ser mejor que la mayoría de sus electores. En mi opinión no estuvo a la altura de las circunstancias.

La totalidad de las fuerzas armadas del Estado están ahora al servicio de un tal Sr. Suttle, un dueño de esclavos de Virginia, para posibilitarle la captura de un hombre que considera de su propiedad, ¡pero ningún soldado se ha ofrecido para evitar el secuestro de un ciudadano de Massachusetts! ¿Para esto han servido todos estos soldados, toda esta *instrucción* en los últimos setenta y nueve años? ¿Se han instruido sólo para saquear México y devolver a los fugitivos a sus amos?

Estas últimas noches he oído el redoble de un tambor en nuestras calles. Todavía hay hombres que *ensayan*, y ¿para qué? Con un pequeño esfuerzo podría perdonar el cacareo de los gallos de pelea de Concord, porque tal vez no les hayan derrotado esa mañana; pero nunca podría excusar este bang-bang de los que "ensayan". Al esclavo lo entregó un hombre, exactamente igual a ésos, es decir, un soldado de quien lo mejor que se puede decir es que es un idiota pero lleva un uniforme que le hace parecer más importante.

Hace tres años también, justo una semana después de que las autoridades de Boston se reunieran para entregar a un hombre totalmente inocente a la esclavitud y sabiendo ellos que era inocente, los habitantes de Concord tocaron las campanas y dispararon los cañones para celebrar su libertad y la valentía y el amor a la libertad de sus ascendientes que lucharon en el puente. Como si *esos* tres millones hubieran luchado por el derecho a ser libres ellos, pero poder esclavizar a otros tres millones. Ahora los hombres llevan una gorra de loco y la llaman gorra de la libertad. Incluso juraría que hay algunos que si les ataran a un poste de flagelación y no tuvieran libre más que una mano, la usarían para tocar las campanas y disparar cañones celebrando *su* libertad. Así sucedió que algunos de mis vecinos se tomaron la libertad de tocar y disparar; ése era todo el alcance de su libertad, y cuando el sonido de las campanas dejó de oírse, su libertad también se extinguió; cuando toda la pólvora se hubo gastado, su libertad se desvaneció con el humo.

El chiste sería inmejorable si los reclusos de las prisiones hicieran una suscripción para la pólvora de esas salvas y contrataran a los carceleros para que tocaran y dispararan, mientras que ellos disfrutaban observando a través de las rejas.

Esto es lo que yo pensaba de mis vecinos.

Todos los honrados e inteligentes habitantes de Concord, al oír esas campanas y esos cañones, no pensarán con orgullo en los sucesos del 19 de abril de 1775, sino en la vergüenza de los sucesos del 12 de abril de 1851. Pero ahora tenemos medio enterrada esa vieja vergüenza bajo otra nueva.

Massachusetts se sentó a esperar la decisión del Sr. Loring, como si eso pudiera afectar de algún modo a su propio delito. Su crimen, el más funesto y llamativo de todos, fue el de permitirle ser el árbitro en este caso. Era el proceso de Massachusetts. Cada vez que el Estado de Massachusetts dudaba en dar la libertad a este hombre, cada vez que dudaba en enmendar su propio crimen, se estaba confesando culpable. El Comisario en este caso es Dios, no Edward G. God, sino únicamente Dios.

Me gustaría que mis compatriotas consideraran que cualquiera que sea la ley humana, ni un individuo ni una nación pueden cometer el menor acto de injusticia contra el hombre más insignificante, sin recibir por ello un castigo. Un gobierno que comete injusticias deliberadamente, y persiste en ellas, a la larga se convertirá incluso en el hazmerreír del mundo.

Se han dicho muchas cosas acerca de la esclavitud americana, pero yo creo que todavía no somos conscientes de lo que realmente significa la esclavitud. Si yo propusiera seriamente al Congreso que hiciera salchichas de la humanidad, no dudo que la mayoría de los miembros se sonreirían ante mi propuesta, y si alguno creyera que lo decía en serio, pensaría que estaba proponiendo algo mucho peor de lo que el Congreso haya hecho nunca. Pero si alguien me dijera que hacer salchichas de un hombre es mucho peor, o es absolutamente peor que convertirlo en un esclavo –que aprobar la Ley de Esclavos Fugitivos– le acusaría de necedad, de incapacidad intelectual, de hacer distinciones sin haber diferencias. Una y otra son propuestas igualmente sensatas.

Oigo que se habla mucho de pisotear esta ley. No se precisa ningún esfuerzo para hacerlo. Esta ley no se eleva a la altura de la cabeza o de la razón, su habitat natural es la inmundicia. Nació y se crió y tiene su vida en el polvo y el lodo, a la altura de los pies, y el que camina con libertad y no evita con misericordia hindú pisar cada reptil venenoso, la pisará sin remedio y la aplastará bajo su pie a ella y a Webster, su autor, como si fuera un escarabajo y su bola.

Los acontecimientos recientes serán muy válidos como crítica a nuestra administración de justicia o mejor, como muestra de cuáles son los auténticos recursos de la justicia dentro de una comunidad. Hemos llegado a una situación en la que los amigos de la libertad, los amigos del esclavo, han temblado al comprender que el destino de éste dependía de la decisión de los tribunales legales de la nación. Los hombres libres no confían en que se imparta justicia en este caso; el juez puede decidir de un modo u otro: en el mejor de los casos se trata de un mero accidente. Es evidente que ésa no es una autoridad competente en un caso de tanta importancia. No es el momento de juzgar de acuerdo con los precedentes, sino de establecer un precedente para el futuro. Yo confiaría mucho más en la opinión del pueblo. Con su voto se conseguiría algo de cierto valor, aunque no demasiado, pero de otro modo sólo tendréis, decida lo que decida, el juicio equivocado de un individuo sin valor alguno.

En cierto modo es fatal para los tribunales que la gente se vea obligada a obedecerlos. No quiero pensar que los tribunales estén ahí para los procesos sencillos y para los casos civiles tan sólo. ¡Pensad qué pasaría si se dejara a la decisión de un tribunal del país si más de tres millones de personas, en este caso la sexta parte de la nación, tienen derecho a ser libres o no! Pero se ha confiado a los llamados tribunales de *justicia* –al Tribunal Supremo del país– y como, según todos sabéis, éstos no reconocen otra autoridad más que la Constitución, decidieron que esos tres millones son esclavos y continuarán siéndolo. Jueces como éstos son simplemente inspectores de ganzúas y herramientas de criminal, cuya función consiste en decirle a éste si están en buenas condiciones o no, y creen que ahí termina su responsabilidad. Había un caso previo en el sumario que, como jueces designados por Dios, no tenían ningún derecho a desestimar, caso que de haberse resuelto legítimamente, les hubiera salvado de esta humillación. Se trataba del caso del propio asesino.

La ley nunca hará libres a los hombres, son los hombres los que deben hacer libre a la ley. Los amantes de la ley y el orden cumplen la ley cuando el gobierno la infringe.

Entre los seres humanos, el juez cuyas palabras determinan el destino de un hombre en la lejana eternidad, no es el que simplemente pronuncia el veredicto de la ley, sino ése, quienquiera que sea, que por amor a la verdad y sin prejuicios basados en costumbres o leyes humanas, pronuncia un juicio justo o una *sentencia* respecto a ese hombre. Ese es el que le *sentencia*. El que sea capaz de discernir la verdad, ha recibido sus poderes de manos de una fuente más alta que la del más alto juez del mundo al que sólo le preocupa la ley. Se constituye así en juez del juez. ¡Resulta extraño que tengamos necesidad de establecer verdades tan elementales!

Cada vez estoy más convencido de que, para tratar de un problema público, es más importante saber lo que opina el campo que lo que opina la ciudad. La ciudad no *piensa* demasiado. En una cuestión moral, preferiría contar con la opinión de Boxboro que con la de Boston y Nueva York juntas. Cuando habla el primero siento como si alguien *hubiera* hablado, como si la *humanidad* existiera todavía, y un ser razonable hubiera hecho valer sus derechos; como si varios hombres sin prejuicios allá en las colinas del país hubieran prestado atención al tema, y con unas palabras sensatas hubieran redimido la reputación de la raza. Cuando en un pueblo perdido, los granjeros organizan una asamblea especial para expresar su opinión sobre algún asunto que está preocupando a esa zona, ése, creo yo, es el verdadero y el más respetable congreso que se reúne en los Estados Unidos.

Es evidente que hay, al menos que esta Commonwealth, dos partidos que son cada vez más distintos: el partido de la ciudad y el partido del campo. Ya sé que el campo es muy mezquino, pero me alegra saber que hay una leve diferencia a su favor. Por ahora existen pocos medios si es que hay alguno por el cual se pueda expresar esta gente. Los editoriales que leen, como las noticias, vienen de la costa. Cultivemos el respeto mutuo entre

nosotros, los habitantes del campo. No traigamos de la ciudad nada más que nuestras ropas y nuestros víveres y, si leemos las opiniones de la ciudad, consideremos también las nuestras.

Entre las medidas a adoptar, yo sugeriría un serio y vigoroso ataque a la prensa, como se acaba de hacer con mucho éxito con la Iglesia. La Iglesia ha mejorado en pocos años pero la prensa, casi sin excepción, está corrompida. Yo creo que en este país la prensa ejerce una influencia mayor y más perniciosa que la Iglesia en su peor época. No somos un pueblo religioso, pero sí somos una nación de políticos. No nos preocupa la Biblia pero sí nos preocupan los periódicos. ¡En cualquier reunión de políticos –como aquella de Concord la otra noche, por ejemplo– cuán impertinente resultaría citar de la Biblia!, ¡qué apropiado citar de un periódico o de la Constitución! El periódico es la Biblia que leemos cada mañana y cada tarde, de pie y sentados, en coche o caminando. Es una Biblia que todo hombre lleva en el bolsillo, que está sobre todas las mesas y los mostradores, y que el correo y miles de agentes de publicidad están continuamente distribuyendo. Ese es, en definitiva, el único libro que ha publicado América y que América lee. Así de amplia es su influencia. El editor es un predicador al que mantenéis voluntariamente. Vuestra contribución es normalmente de un céntimo al día y alquilar un banco en su iglesia no cuesta nada. ¿Pero cuántos de estos predicadores predican la verdad? Me hago eco del testimonio de muchos extranjeros inteligentes y también de mis propias convicciones, cuando digo que probablemente ningún país se gobernó jamás por una clase tan mezquina de tiranos, con unas pocas excepciones, como los directores de la prensa periódica de *este* país. Y como viven y mandan sólo por servilismo, y apelando a la peor y no a la mejor naturaleza del hombre, la gente que los lee se iguala al perro que vuelve a su vómito.

El *Liberator* y el *Commonwealth* fueron, según mis noticias, los únicos periódicos de Boston que hicieron oír su condena de la cobardía y la vileza puestas de manifiesto por las autoridades de esa ciudad en 1851. Los otros periódicos, casi sin excepción, al referirse y hablar de la Ley de Esclavos Fugitivos y de la entrega del esclavo Sims, menospreciaron el sentido común del país. Y, por lo general, hicieron tal cosa porque de ese modo confiaban procurarse la aprobación de sus patronos, olvidando que un sentimiento mucho más sólido prevalecía en alguna medida en el corazón de la Commonwealth. Me han dicho que algunos han mejorado recientemente, pero todavía son eminentemente contemporizadores. Esa es la reputación que han adquirido.

Pero, por suerte, este predicador es más vulnerable al ataque del reformista que el sacerdote cobarde. Los hombres libres de Nueva Inglaterra sólo tienen que abstenerse de comprar y leer estas hojas, sólo tienen que guardar sus céntimos para acabar rápidamente con una veintena de ellas. Una persona a la que aprecio me dijo que había comprado el *Citizen* de Mitchell en el tranvía y luego lo había tirado por la ventana. ¿Pero, no habría expresado su desprecio con más firmeza si no lo hubiera comprado?

¿Son americanos?, ¿son de Nueva Inglaterra?, ¿son habitantes de Lexington y Concord y Framingham los que leen y mantienen al *Post*, *Mail, Journal*, *Advertiser*, *Courier* y *Times* de Boston? ¿Son ésas las banderas de nuestra Unión? No soy lector habitual de periódicos y puede que haya omitido el nombre del peor.

¿Conlleva la esclavitud mayor servilismo del que exhiben algunos de estos periódicos? ¿Queda alguna basura que no hayan lamido ellos con su conducta ensuciándola aún más con su propia baba? No sé si existe todavía el *Herald* de Boston, pero recuerdo haberlo visto por las calles cuando Sims fue atrapado. ¿No representó bien su papel, no sirvió a su dueño con total fidelidad? ¿Cómo pudo doblegarse hasta ese extremo? ¿Cómo puede un hombre inclinarse hasta más abajo del suelo, poner sus extremidades a la altura de la cabeza, o convertir su cabeza en la extremidad inferior? Cuando tomé este papel con mis puños arremangados, oí el gluglú de la cloaca discurrir por cada columna. Sentí que tenía en las manos un papel sacado de la alcantarilla pública, una hoja del evangelio de la casa de juego, de la taberna y del burdel, armonizando con el evangelio de la Bolsa de los Comerciantes.

La mayoría de los habitantes del norte y del sur, este y oeste, no son hombres de principios. Si votan, no envían hombres al Congreso con el fin de que sean humanitarios, sino que

mientras que sus hermanos y hermanas son azotados y colgados por amar la libertad –y aquí debería aludir a lo que es, e implica la libertad– lo que a ellos les preocupa es la mala administración de la madera, el hierro, la piedra y el oro. Haz lo que quieras, oh Gobierno, con mi esposa e hijos, mi madre y hermano, mi padre y hermana, yo obedeceré tus órdenes al pie de la letra. Sin duda me dolerá que los lastimes, que los entregues a capataces que los persigan con sabuesos o los azoten hasta la muerte, pero, de todos modos, yo seguiré pacíficamente mi destino en esta hermosa tierra, hasta que tal vez un día, cuando me haya puesto de luto por sus muertes, logre persuadirte de que te moderes. Esta es la actitud, éstas son las palabras de Massachusetts.

Antes de tomar semejante actitud, no es necesario que os diga que yo tocaría algún resorte, accionaría algún sistema para hacerlo explotar; pero como en el fondo amo la vida, me alinearía con la luz y dejaría que la oscura tierra retumbara bajo mis pies, y llamaría a mi madre y a mi hermano para que me siguieran.

Quisiera recordarles a mis compatriotas que ante todo deben ser hombres, y americanos después, cuando así convenga. No importa lo valiosa que sea la ley para proteger las propiedades incluso para mantener unidos el cuerpo y el alma, si no nos mantiene unidos a toda la humanidad.

Siento decir que dudo mucho que haya un juez en Massachusetts dispuesto a renunciar a su cargo y a ganarse la vida con honradez, cada vez que se le pide que dicte sentencia siguiendo una ley contraria a la ley de Dios. Es obvio que en este caso se ponen a la altura del soldado que descarga el mosquetón en cualquier dirección que se le ordena. Son herramientas en la misma medida, y están a la misma mezquina altura. En realidad no son más dignos de respeto porque sus amos esclavicen sus mentes y sus conciencias en vez de sus cuerpos.

Los jueces y los abogados –dentro de sus funciones, quiero decir– y todos los hombres con responsabilidad, tratan este caso de un modo muy burdo e incompetente. No consideran si la Ley de Esclavos Fugitivos es justa, sino únicamente si es lo que ellos llaman *constitucional.* ¿Es la virtud constitucional o lo es el vicio?, ¿es constitucional la justicia o la injusticia? En cuestiones morales y vitales tan importantes como ésta, es igual de impertinente preguntar si una ley es constitucional o no, que preguntar si es o no beneficiosa. Siguen siendo los servidores de los peores hombres y no los servidores de la humanidad. La cuestión es, no si tú o tu abuelo, hace setenta años, llegasteis o no al acuerdo de servir al diablo, y si ese servicio en cuestión ha finalizado ahora; lo que importa es si vas a servir a Dios de una vez por todas –a pesar de tu propio pasado desleal o el de tus antecesores– obedeciendo a esa eterna y sólo ella justa CONSTITUCIÓN, que Él, y no Jefferson o Adams, ha escrito en tu corazón.

La consecuencia de todo esto es que si la mayoría vota al diablo para ser Dios, la minoría vivirá y se comportará de acuerdo con ello y obedecerá al candidato vencedor, confiando que un día u otro, tal vez por medio del voto de un Parlamentario, puedan reinstaurar a Dios. Este es el más alto principio que puedo desear o imaginar para mis vecinos. Estos hombres actúan como si creyeran que se pueden deslizar colina abajo y volver luego a deslizarse colina arriba. Esto es lo conveniente, elegir el camino que ofrece menos resistencia a las piernas, es decir, la cuesta abajo. Pero no sucede así cuando se trató de conseguir una reforma justa: lo “cómodo” no está a nuestro alcance. No hay posibilidad de deslizarse colina arriba. En moral los únicos deslizamientos son hacia abajo.

De este modo estamos continuamente adorando a falsos ídolos, tanto a la escuela y al Estado como a la Iglesia, y el séptimo día maldecimos a Dios de un extremo a otro de la Unión.

¿Nunca aprenderán los hombres que la política no es la honradez, y que jamás dictamina como justo lo moral sino que simplemente se guía por lo que es útil? La política elige al candidato presentado que invariablemente es el diablo y, ¿qué derecho tienen sus electores de sorprenderse porque el diablo no se comporte como un ángel de la luz? Lo que se necesita son hombres, no políticos, hombres íntegros que reconozcan que existe una ley superior a la Constitución o a la decisión de la mayoría. El destino de un país no depende de cómo se vote en las elecciones, el peor hombre vale tanto como el mejor en este juego; no depende de la papeleta que introduzcas en las urnas una vez al año, sino del hombre que echas de tu cuarto a la calle cada mañana.

Lo que debería preocupar a Massachusetts no es la Ley de Nebraska o la Ley de Esclavos Fugitivos sino su propia esclavitud y servilismo. Que este Estado disuelva su unión con el dueño de esclavos. Puede que Massachusetts se inquiete y dude y pida permiso para leer la Constitución una vez más, pero no puede encontrar una ley respetable o un precedente que apoye la continuidad de esa unión en estas circunstancias.

Que cada habitante del Estado disuelva su unión con él mientras retrase el cumplimiento de su deber.

Los sucesos del mes pasado me enseñaron a desconfiar de la fama. No discrimina con delicadeza sino que lanza hurras con grosería. No tiene en cuenta el simple heroísmo de una acción más que en la medida en que va conectado con su beneficio evidente.

¡Alaba hasta la ronquera la fácil proeza de la "Boston tea party", pero en cambio calla el ataque heroico, valiente y desinteresado al Palacio de Justicia de Boston, sólo porque resultó fallido!

Rodeado de desgracias, el Estado se ha sentado fríamente a enjuiciar las vidas y las libertades de los hombres que intentaron cumplir con la obligación que le correspondería a él. ¡Y a esto lo llaman *justicia*! Aquéllos que han demostrado que pueden comportarse excepcionalmente, tal vez sean puestos entre rejas por su *buena conducta*. Aquéllos que en honor a la verdad son ahora culpables, serán inocentes de entre todos los demás habitantes del Estado. Mientras que el Gobernador y el Alcalde e incontables oficiales de la Commonwealth están en libertad, los campeones de la libertad están encarcelados.

Sólo están libres de culpa los que cometen el delito de desacato a semejante tribunal. A todo hombre le corresponde asegurarse de que su influencia está puesta a favor de la justicia y dejar que los tribunales realicen sus propios juicios. Mis simpatías en este caso están absolutamente de parte del acusado, y absolutamente en contra de sus acusadores y jueces. La justicia es dulce y musical, mientras que la injusticia es áspera y discordante. El juez sigue sentado a su organillo dando a la manivela pero no se oye música, sólo oímos el ruido de la manivela. El cree que toda la música reside en la manivela, y la muchedumbre le tira monedas igual que siempre.

¿Creéis que ese Massachusetts que está cometiendo semejantes atrocidades, que duda en ensalzar a estos hombres, cuyos abogados e incluso jueces tal vez se verán obligados a refugiarse en algún pobre subterfugio para que no sufra un instintivo sentido de la justicia, es otra cosa que un infame y un servil?, ¿o acaso creéis que es el campeón de la libertad?

Mostradme un Estado libre y un auténtico tribunal de justicia y lucharé por ellos si es necesario; pero si me mostráis a Massachusetts, le negaré mi lealtad y le manifestaré mi desprecio por sus tribunales.

La meta de un buen Gobierno es darle más valor a la vida; el de un mal gobierno, restarle valor. Podemos permitirnos que el ferrocarril y todos los bienes materiales pierdan algo de su valor, porque eso sólo nos obligaría a vivir con mayor sobriedad y economía, pero ¡suponed que el valor de la propia vida se devaluara! ¿Cómo vamos a exigir menos del hombre y de la naturaleza, cómo vivir con mayor economía de virtud y de todas las cualidades honrosas? He vivido este mes último –y creo que todo hombre de Massachusetts capaz de sentir patriotismo debe haber tenido una experiencia similar– con la impresión de haber sufrido una gran pérdida. Al principio no sabía qué era lo que me afligía. Por fin me di cuenta de que había perdido mi patria. Nunca había respetado a mi gobierno, pero había pensado estúpidamente que podría vivir aquí dedicado a mis asuntos privados y olvidarme de él. Por mi parte, mis viejos y preciados propósitos han perdido no sé cuánto atractivo, y siento que mi inversión de vida aquí vale un buen tanto por ciento menos desde que Massachusetts entregó deliberadamente a un hombre inocente, Anthony Burns, a la esclavitud. Antes vivía con la ilusión de que mi vida transcurría en algún sitio *entre* el cielo y el infierno, pero ahora no puedo convencerme de que no vivo *completamente dentro* del infierno. El espacio ocupado por esta organización política llamada Massachusetts está por lo que se refiere a la moral cubierta de escoria volcánica y ceniza, tal y como describe Milton las regiones del infierno. Si existe algún infierno más falto de principios que nuestros gobernantes y nosotros, los gobernados, siento curiosidad por verlo. Al perder valor la vida, todo con ella, todo lo que contribuye a vivir, pierde valor. Suponed que tenéis una pequeña

biblioteca con cuadros adornando las paredes y un jardín alrededor y os entregáis a empresas científicas y literarias, y descubrís de repente que vuestra casa con todos sus enseres está enclavada en el infierno, y que el juez de paz tiene pezuñas y una cola bífida, ¿no es cierto que todas esas cosas perderán de repente valor a vuestros ojos?

Tengo la sensación de que de algún modo el Estado ha interferido negativamente en mis legítimos asuntos. No sólo ha interrumpido mi paso por Court Street al ir de compras, sino que me ha interrumpido a mí y a todos los hombres en nuestro camino recto y ascendente cuando confiábamos dejar atrás Court Street muy pronto. ¿Qué derecho tiene a recordarme Court Street? He encontrado hueco lo que incluso yo creía que era tierra firme.

Me sorprende ver que hay hombres que continúan con sus asuntos como si nada hubiera pasado. Yo me digo: "¡Desgraciados!, no han recibido la noticia". Me sorprende que el hombre que acabo de encontrar a caballo tuviera tanta prisa por recuperar a sus vacas recién compradas que se le habían escapado, ya que toda propiedad carece de seguridad, y si no vuelven a escaparse, tal vez se las roben. ¡Necio! ¿No sabe que la semilla del maíz ha perdido valor este año, que toda cosecha con beneficios fracasa al aproximarse el imperio del infierno? Ningún hombre prudente construiría una casa de piedra en estas condiciones, ni se embarcaría en una empresa científica que requiriera mucho tiempo. El arte dura eternamente, pero la vida es más breve y menos adaptable a los intereses propios del hombre. No es ésta una época de tranquilidad. Hemos agotado toda la libertad que heredamos. Si queremos salvar nuestras vidas, debemos luchar por ellas.

Voy caminando hacia uno de nuestros estanques; pero, ¿qué significado tiene la belleza de la naturaleza cuando los hombres son malvados? Nos aproximamos a los lagos para ver nuestra serenidad reflejada en ellos; cuando no tenemos serenidad, no vamos allí. ¿Quién puede estar sereno en un país cuando ambos, gobernantes y gobernados carecen de principios? Al pensar en mi país se me estropea el paseo. En mis pensamientos asesino al Estado e involuntariamente tramo complots contra él.

Pero el otro día acerté a oler un nenúfar y me di cuenta de que la estación que ansiaba, acababa de llegar. Él es el emblema de la pureza. Brota tan blanco y hermoso a la vista y tiene tan buen aroma, que parece simbolizar la pureza y la dulzura y, sin embargo, nace del légamo y del estiércol de la tierra. Arranqué el primero que había brotado en una milla. ¡En la fragancia de esta flor se confirman nuestros deseos! No voy a rendirme tan rápidamente ante el mundo, opondré resistencia a la esclavitud, a la cobardía y a la falta de principios de los hombres del Norte. Ella nos sugiere cuáles son las leyes que han prevalecido más tiempo y en más países y aún prevalecen, de tal modo que llegará el tiempo en que los actos del hombre despedirán la misma fragancia. Así es el olor de esta planta. Si la naturaleza aún puede crear esa fragancia cada año, yo creo que todavía es joven y está llena de vigor, que su integridad y su fuerza creadora no tienen par y que hay virtud incluso en el hombre, porque es capaz de percibirla y amarla. Esto me recuerda que la Naturaleza no se ha asociado al Acuerdo de Missouri. No hay olor a acuerdo en la fragancia del nenúfar. No es un *Nymphoea Douglassii*. En él, lo dulce, puro e inocente están absolutamente separados de lo obsceno y lo vil. No hay en él olor a la contemporizadora irresolución del Gobernador de Massachusetts o la del Alcalde de Boston. Así sucede que el olor de vuestros actos puede realzar la frescura general del ambiente, que cuando contemplamos u olemos una flor, podemos no darnos cuenta de lo inconsistente de nuestros actos en relación con ella, porque todos los olores no son sino una forma de anunciar una cualidad moral, y si no se hubieran realizado buenas acciones, el nenúfar no olería tan bien. El fétido légamo representa la pereza y el vicio del hombre, la decadencia de la humanidad; la fragante flor que crece de él representa la pureza y la valentía, que son inmortales.

La esclavitud y el servilismo no han dado lugar cada año a flores de suave fragancia para hechizar los sentidos de los hombres, porque no tienen una vida real; son tan sólo decadencia y muerte, ofensivos para todos los olfatos sanos. No nos quejamos de que *existan* sino de que no los entierren; incluso ellos son buenos como abono.

Apología del capitán John Brown*

Confío en que me perdonen por estar aquí. Preferiría no tener que forzarles a oír mis ideas, pero creo que no tengo más remedio. A pesar de lo poco que sé del Capitán Brown quisiera intervenir con el fin de corregir el tono y las afirmaciones de los periódicos y de mis compatriotas en general, con respecto a su carácter y a sus acciones. No nos cuesta nada ser justos. Al menos podemos expresar nuestra simpatía y admiración por él y sus compañeros y eso es lo que me propongo hacer.

Me referiré primero a su historia. Procuraré omitir, dentro de lo posible, lo que ustedes ya han leído. No es preciso que les describa su físico, ya que la mayoría de ustedes probablemente lo han visto y no lo olvidarán en mucho tiempo. He sabido que su abuelo, John Brown, era un oficial de la Revolución, que él nació en Connecticut a principios de siglo y que de muy joven se trasladó con su padre a Ohio. Le oí decir que su padre era un contratista que suministraba carne al ejército en la guerra de 1812, que le acompañaba al campamento y le ayudaba en su trabajo, lo cual le enseñó mucho de la vida militar –tal vez mucho más que si hubiera sido soldado, porque siempre estaba presente en las reuniones de los oficiales–. Su experiencia le enseñó sobre todo cómo se abastece y mantiene a los ejércitos en el campo de batalla, un trabajo que, según su opinión, requiere tanta experiencia y destreza como la propia estrategia de la lucha. Decía que son muy pocas las personas que tienen conciencia del coste, incluso del coste pecuniario que supone lanzar un solo cañonazo en la guerra. De este modo, vio lo suficiente como para hacerle rechazar la vida militar e incluso le incitó a aborrecerla hasta tal punto que aunque le tentó una oferta de un pequeño empleo en el ejército, cuando tenía dieciocho años, no sólo lo rechazó sino que se negó a hacer el

* "A Plea for Capitan John Brown", en J. Redpath (ed.), *Echoes of Harper's Ferry*, 1860. Conferencia pronunciada en Concord en 1959, en el mismo mes del ataque al arsenal de Harper's Ferry.

servicio militar cuando le llamaron a filas, y le multaron por ello. Entonces decidió que nunca tendría nada que ver con una guerra, a no ser que fuera una guerra en favor de la libertad.

Cuando empezaron las revueltas de Kansas, envió allí a varios de sus hijos para apoyar al partido de los "Free State men" equipados con las armas que pudo conseguir y les dijo que si los enfrentamientos se incrementaban y le necesitaban, se uniría a ellos para socorrerlos con sus manos y sus consejos. Así lo hizo, como ya sabéis, y fue su contribución más que la de ningún otro, la que llevó la libertad a Kansas.

Durante una época de su vida fue agrimensor y luego estuvo algún tiempo dedicado al comercio de lana y viajó a Europa como agente de este negocio. Allí, como en todas partes, se mantuvo alerta e hizo observaciones muy originales sobre todo lo que vio. Decía, por ejemplo, que había visto por qué la tierra era tan fértil en Inglaterra y en Alemania (creo recordar) tan pobre, y pensó en escribir a algunos miembros de la realeza al respecto. La razón era que en Inglaterra los campesinos vivían en las tierras que trabajaban, mientras que en Alemania se les recogía de noche por distintos pueblos. Es una pena que no haya escrito un libro con sus observaciones.

Debo decir que fue un hombre anticuado debido a su absoluto respeto a la Constitución y a su fe en la estabilidad de esta Unión. Consideró la esclavitud como algo totalmente opuesto a ambas, y fue siempre su enemigo.

Fue un campesino de Nueva Inglaterra por nacimiento y ascendencia, hombre de gran sentido común, decidido y práctico como los de su clase pero con esas cualidades multiplicadas por diez. Fue como el mejor de los que se reunieron en Concord Bridge, en Lexington Common y en Bunker Hill, pero más firme y de principios más elevados que los de cualquier otro que hubiera estado allí. No le convirtió ningún predicador de la abolición. Ethan Allen y Stark, con quienes se le compara en ciertos aspectos, fueron luchadores en un campo mucho menos importante. Ellos podían enfrentarse con valor a los enemigos de la patria, pero él tuvo el valor de enfrentarse a su propia patria cuando actuaba erróneamente. Un escritor del Oeste dice, al contar su huida de tantos peligros, que se ocultaba bajo un "traje de campesino", como si en esas tierras de llanuras lo apropiado fuera que un héroe se vistiera con un traje de ciudad.

No se educó en una Universidad llamada Harvard, buena y antigua Alma Mater como es. No se alimentó de la papilla que allí se elabora. Como él solía decir: "No sé más gramática que uno de vuestros terneros". Se educó en la gran Universidad del Oeste, donde asiduamente acometió el estudio de la Libertad, por la cual había mostrado una temprana afición. Y, tras obtener diversos diplomas, finalmente comenzó su actividad pública de Humanidades en Kansas, como todos sabéis. Esas eran *sus humanidades* y no el estudio de la gramática. Habría colocado un acento del griego al revés pero ayudado a levantarse al hombre caído.

Pertenecía a ese grupo del que se dicen muchas cosas pero del que la mayoría de las veces, no sabemos nada en absoluto: los puritanos. Matarle sería inútil. Murió al final de la época de Cromwell, pero reapareció aquí. ¿Por qué no? Se dice que algunos puritanos han venido aquí y se han establecido en Nueva Inglaterra. Era un grupo que hacía algo más que celebrar el día de la llegada a Plymouth de sus antepasados, y comer maíz tostado en recuerdo de esa fecha. No eran ni Demócratas ni Republicanos sino tan sólo hombres de costumbres sencillas, rectos y devotos; no confiaban en los gobernantes que no temían a Dios, no hacían demasiadas concesiones y no se dedicaban a la política.

"En su campamento", como alguien ha escrito recientemente, y como yo mismo le he oído afirmar "no permitía la blasfemia, no toleraba la presencia de hombres de moral dudosa, a no ser, por supuesto, como prisioneros de guerra. 'Preferiría' –dijo– 'tener la viruela, la fiebre amarilla y el cólera todos a la vez en mi campamento, antes que un hombre sin principios... Es un error el que cometen los nuestros cuando creen que los matones son los mejores combatientes o que son los adecuados para enfrentarse a los del Sur. Dadme hombres de principios, hombres temerosos de Dios, orgullosos de sí mismos y con una docena me enfrentaré a otros cien de esos rufianes de Buford'". Dijo también que si se le presentaba un soldado bajo su mando que alardeara de lo que haría o podría hacer en cuanto pusiera sus ojos sobre el enemigo, depositaría muy poca confianza en él.

Jamás pudo conseguir más de veinte reclutas que tuvieran su aprobación y sólo una docena, entre ellos sus hijos, contaban con su plena confianza. Cuando estuvo aquí hace varios años, mostró a unos cuantos un pequeño libro manuscrito –su "libro de ordenanzas" creo que le llamaba– donde figuraban los nombres de los miembros de su compañía en Kansas y las normas a las que se sometían todos, y añadió que varios de ellos incluso las habían sellado con su sangre. Cuando alguien le señaló que con la incorporación de un capellán se convertiría en una tropa perfectamente Cromwelliana, contestó que le hubiera gustado contar con un capellán en la lista si hubiera encontrado uno que fuera capaz de cumplir su misión satisfactoriamente. Es muy fácil hallar uno que sirva en el ejército de los Estados Unidos. De todos modos, en su campamento tenían oraciones de mañana y tarde, según creo.

Fue un hombre de costumbres espartanas, y a los sesenta años era muy escrupuloso con su dieta incluso fuera de casa, y se excusaba diciendo que debía comer frugalmente y hacer mucho ejercicio, como corresponde al soldado o a cualquiera que se prepare para empresas difíciles y lleve una vida arriesgada.

Hombre de gran sentido común y de claridad de expresión y acción, un trascendentalista ante todo, un hombre de ideas y de principios, eso era lo que más le caracterizaba. Sin rendirse al capricho del impulso fugaz sino persiguiendo toda su vida un mismo propósito. Me di cuenta de que nunca exageraba sino que hablaba dentro de los límites de la razón. Recuerdo en especial, cómo en el discurso que pronunció aquí, se refirió a lo mucho que su familia había sufrido en Kansas, pero sin dar rienda suelta a su furia contenida. Era como un volcán con la chimenea de una casa normal. Refiriéndose a los ataques de ciertos rufianes de la frontera dijo, cortando rápidamente su discurso, como un soldado con experiencia que hace acopio de valor y de fuerza: "Tenían perfecto derecho a ser colgados". Nunca fue un orador retórico, no hablaba con Buncombe o con sus electores en ninguna ocasión, no necesitaba inventar nada, simplemente decía la verdad y transmitía su propia firmeza; así es como conseguía parecer incomparablemente fuerte y la elocuencia en el Congreso o en cualquier otra parte tan sólo le hubiera restado valía.

Eran como los discursos de Cromwell al lado de los de cualquier rey.

Por lo que se refiere a su tacto y prudencia, tan sólo diré que en una época en que nadie de los Estados Libres podía llegar a Kansas por un camino directo, por lo menos sin que se le despojara de sus armas, él, equipado con rifles y otras armas poco adecuadas que pudo conseguir, condujo un carro lentamente y sin ninguna protección a través de Missouri, aparentando ser un agrimensor con su teodolito bien a la vista, y así pasó sin sospechas y tuvo la oportunidad de conocer la situación del enemigo. Continuó ejerciendo esta profesión algún tiempo después de su llegada. Por ejemplo, cuando veía un grupo de enemigos en el campo discutiendo por supuesto sobre el único tema que les obsesionaba entonces, él cogía su brújula y con uno de sus hijos procedía a trazar una línea imaginaria por el preciso lugar en que se estaba celebrando la reunión y cuando se acercaba a ellos hacía una pausa con naturalidad y charlaba con ellos para enterarse perfectamente de las últimas noticias y de todos sus planes. Tras completar su estudio real recogía sus instrumentos y seguía con el imaginario hasta que se perdía de vista.

Cuando expresé mi sorpresa de que pudiera vivir en Kansas, donde habían puesto precio a su cabeza y tenía tantos enemigos, incluyendo a las autoridades, él lo explicaba diciendo: "Es perfectamente lógico que no me atrapen". Durante varios años pasó la mayor parte del tiempo oculto en las ciénagas, sufriendo una absoluta pobreza y enfermo a causa de su vida a la intemperie, ayudado sólo por los indios y unos pocos blancos. Pero aunque se supiera que estaba escondido en una determinada ciénaga, sus enemigos no se atrevían a ir a buscarlo. Incluso podía ir a cualquier ciudad donde hubiera más "Border Ruffians" que "Free State men" y hacer algún recado sin entretenerse demasiado, y nadie le molestaba porque, como él decía: "un simple puñado de hombres no se atrevía a acometer tal empresa y un grupo grande no se podía reunir a tiempo".

No conocemos las razones de su reciente fracaso. Evidentemente no se trató de una tentativa insensata y desesperada. Su enemigo, el Sr. Vallandigham se ve obligado a confesar que "fue

una de las conspiraciones mejor planeadas y llevadas a cabo que jamás haya fracasado".

Pero habría que mencionar sus otros muchos éxitos. ¿Acaso fue una derrota o una muestra de mala organización librar de la esclavitud a una docena de seres humanos y guiarlos a plena luz del día durante semanas, e incluso meses, a paso lento, de un Estado a otro por todo el Norte? Todos sabían por dónde andaba, tenía precio puesto a su cabeza, pero así y todo entró en un juzgado y contó lo que estaba haciendo y logró convencer a Missouri de que no les beneficiaba tratar de mantener esclavos cerca de donde él viviera. Y esto no sucedía porque los servidores del gobierno fueran indulgentes, sino porque le tenían miedo.

Sin embargo, él nunca atribuía sus victorias tontamente, ni a su buena suerte, ni a ninguna clase de magia. Decía, y con razón, que si tanta gente se amedrentaba ante él, era porque *carecían de una causa*, una especie de escudo que nunca les faltó ni a él ni a su grupo. Llegado el momento de la verdad, muy pocos hombres se mostraban dispuestos a entregar sus vidas en defensa de algo que sabían injusto. No les gustaba que ése pudiera ser su último acto en este mundo.

Pero apresurémonos para llegar a su último golpe y sus consecuencias.

Los periódicos parecen ignorar, o tal vez realmente ignoren, el hecho de que hay al menos dos o tres personas en cada ciudad por todo el Norte que piensan lo mismo que éste que os habla respecto a él y a su empresa. No vacilo en decir que son un grupo importante que va en aumento. Aspiramos a ser algo más que estúpidos o tímidos esclavos fingiendo que leemos historia y la Biblia, pero profanando cada casa y cada día en que vivimos. Tal vez los políticos ansiosos puedan probar que sólo diecisiete hombres blancos y cinco negros estaban involucrados en esta empresa última, pero su misma ansiedad por probarlo debe sugerirles que no está dicho todo. ¿Por qué siguen esquivando la verdad? Se sienten ansiosos porque son ligeramente conscientes del hecho, aunque no lo reconozcan con claridad, de que al menos un millón de los habitantes libres de los Estados Unidos se hubieran alegrado si la empresa hubiera tenido éxito. Como mucho criticarían el método.

Aunque no llevemos un crespón, pensar en la situación en que se halla este hombre y su probable destino está amargando a muchos hombres del Norte por varias razones. Pensar de otra manera, después de haberlo visto aquí, implicaría estar hecho de una pasta que no me atrevería a calificar. Si hay alguien que pueda dormir toda la noche yo le garantizaré que es capaz de seguir engordando en cualquier circunstancia, con tal que no le afecte ni a su piel ni a su cartera. Yo en cambio, puse papel y lápiz bajo mi almohada, y cuando no podía dormir escribía en la oscuridad.

En general, mi respeto por mis compañeros, excepto en un caso de entre un millón, no va en aumento estos días. Me he dado cuenta de la frialdad con que hablan de este tema la prensa y la gente en general. Parece como si se hubiera atrapado a un vulgar malhechor, aunque de "valor" fuera de lo común (como parece que dijo el Gobernador de Virginia usando la jerga de las peleas de gallos, "el hombre más bravo que he conocido") y estuvieran a punto de colgarlo. No era en sus enemigos en quienes pensaba cuando el Gobernador lo encontraba tan valeroso. Cuando tengo que oír estas observaciones de mis vecinos, o las oigo comentar, todo en mí se vuelve hiel. Al principio, cuando oímos que había muerto, uno de mis conciudadanos hizo la siguiente afirmación: "Murió como muere un idiota", lo cual –y perdonadme– me sugirió por un instante la semejanza entre el muerto y mi vecino vivo. Otros, de espíritu cobarde, dijeron menospreciándole que "había desperdiciado su vida" por enfrentarse al gobierno. ¿De qué modo han desperdiciado ellos *sus* vidas? Parece como si elogiaran a un individuo que hubiese atacado él solo a una vulgar banda de ladrones y asesinos. Oigo que otro pregunta, con un estilo yanqui: "¿Qué gana con eso?", como si hubiera pretendido llenarse los bolsillos con esta empresa. Tal sujeto no entiende posible que exista otro tipo de beneficio distinto del material. Si no nos conduce a una fiesta "sorpresa", si no nos proporciona un par de botas nuevas o un voto de gracias, debe considerarse un fracaso. "Pero no va a ganar nada con ello." Pues no, supongo que no le van a dar un sueldo durante todo el año por ser ahorcado; pero de este modo tiene la oportunidad de salvar una parte considerable de su alma –¡y qué alma!– mientras que

ellos no. No hay duda de que en vuestro mercado dan más por un litro de leche que por un litro de sangre, pero no es ése el mercado al que llevan su sangre los héroes.

Estos hombres no saben que el fruto sale según la semilla, y que en el mundo de la moral, cuando se siembra buena semilla, es inevitable un buen fruto, y no depende de nuestro riego y nuestro cultivo; del mismo modo, cuando siembras o entierras a un héroe en su patria, una cosecha de héroes surgirá sin duda. Es una semilla de tal fuerza y vitalidad que no necesita nuestro permiso para germinar.

La carga de la Brigada Ligera en Balaclava, obedeciendo una orden estúpida, prueba que el soldado es una perfecta máquina, y ha sido celebrada, como era de esperar, por un poeta laureado; pero la firme y además afortunada carga de este hombre durante varios años contra las legiones de la Esclavitud, obedeciendo a un mandato infinitamente superior, es mucho más memorable que esta carga de la caballería inglesa, del mismo modo que el hombre inteligente y consciente es superior a la máquina. ¿Creéis que todo esto pasará sin ser proclamado?

"Bien merecido lo tiene." "Es un hombre peligroso." "Sin duda es un demente." Por tanto proceden a vivir sus sanas, sabias, así como admirables vidas, leyendo algo de Plutarco pero principalmente parándose ante las proezas de Putnam, que fue abandonado dentro de la madriguera de un lobo; y de esa sabiduría se alimentan para poder acometer hazañas valientes y patrióticas algún día. La "Tract Society" se pudo permitir la publicación de la historia de Putnam. Deberíais abrir las escuelas del distrito con su lectura, ya que no hay nada en ella sobre la Esclavitud o la Iglesia, a no ser que le parezca al lector que algunos sacerdotes son lobos con piel de corderos. "La Junta Americana de Delegados para las Misiones Extranjeras" podría incluso atreverse a protestar contra *ese* lobo. He oído hablar de Juntas y de Juntas americanas, pero da la casualidad de que nunca he oído hablar de este barullo en concreto, hasta hace muy poco. Y además he sabido que hombres y mujeres y niños del Norte, familias enteras, se hacen socios de por vida de tales sociedades. ¡Socio de por vida de una tumba! ¡Imposible conseguir un funeral más barato!

Nuestros enemigos están entre nosotros, a nuestro alrededor. Difícilmente se podrá encontrar un hogar que no esté dividido porque nuestro enemigo no es otro que la ausencia universal de sensibilidad en la cabeza y en el corazón, la falta de vitalidad en el hombre, que es la consecuencia de nuestro vicio; y de aquí surgen todos los tipos de miedo, superstición, fanatismo, persecución y esclavitud. Somos meros mascarones sobre una proa, tenemos hígados en lugar de corazones. La maldición es adorar a los ídolos, lo cual, a la postre cambia al adorador mismo en una imagen de piedra; y no olvidemos que el hombre de Nueva Inglaterra es tan idólatra como el hindú. En cambio este hombre fue una excepción, porque no levantó ni siquiera un ídolo político entre él y su Dios.

¡Una iglesia que mientras exista no dejará de excomulgar a Cristo! ¡Abajo con vuestras iglesias anchas y bajas y vuestras iglesias estrechas y altas! Dad un paso adelante e inventad un nuevo estilo de retretes. Inventad una sal que os salve y proteja nuestro olfato.

El cristiano moderno es un hombre que ha conseguido recitar todas las plegarias de la liturgia, con tal que se le deje después ir derecho a la cama y dormir en paz. Todas sus oraciones empiezan con: "Ahora me acuesto a dormir", y siempre está esperando el momento de ir a su "descanso *eterno*". Ha consentido también, hasta cierto punto, en llevar a cabo ciertas caridades de viejo uso, pero no quiere oír hablar de ninguna de nueva instauración; no quiere tener ningún artículo suplementario añadido a su contrato, para adaptarlo a los nuevos tiempos. Muestra el blanco de sus ojos el domingo y el negro el resto de la semana. El mal no es sólo una parálisis de la sangre sino también del espíritu. Sin duda alguna, muchos de ellos tienen buena intención pero son perezosos por naturaleza y por hábito, y no pueden concebir que un hombre se mueva por motivos más elevados que los suyos. En consecuencia, declaran a este hombre demente porque saben que en toda su vida *ellos* mismos nunca podrían comportarse como él.

Soñamos con países extraños, con otras épocas y otras razas, situándolos en el tiempo y en el espacio; pero deja que nos ocurra algún suceso importante como el presente y descubriremos la distancia y el desconocimiento que media entre nosotros y nuestros vecinos más próximos. *Ellos* son nuestras

Austrias, nuestras Chinas y nuestras Islas del Mar del Sur. Nuestra sociedad amontonada, abre espacios de repente, es limpia y hermosa a la vista; una ciudad de grandes distancias. Esa es la razón por la que hasta ahora nunca habíamos pasado de los cumplidos y de un trato superficial con los demás. De pronto nos hacemos conscientes de que hay tantos kilómetros entre ellos y nosotros como entre un tártaro vagabundo y una ciudad china. El hombre reflexivo se convierte en un ermitaño en medio del bullicio del mercado. Mares impracticables se interponen de repente entre nosotros o mudas estepas se extienden ante nosotros. Es la diferencia de manera de ser, de inteligencia y de fe, y no los arroyos y las montañas los que originan auténticos e intransitables límites entre los individuos y entre los Estados. Únicamente los que piensan igual que nosotros pueden acudir con pleno derecho a nuestra corte.

He leído todos los periódicos que pude conseguir la semana siguiente a este suceso, y no recuerdo que hubiera entre ellos una sola expresión de simpatía hacia este hombre. Desde entonces he leído una sola afirmación sensata y era en un periódico de Boston y no en el editorial. Algunos periódicos de gran extensión decidieron que no se imprimiría el informe completo de las palabras de Brown, para no excluir otros temas. Fue como si el editor hubiera rechazado el manuscrito del Nuevo Testamento para publicar el último discurso de Wilson. El mismo periódico que incluía esta noticia tan valiosa se dedicaba esencialmente, en columnas paralelas, a los informes de las convenciones políticas que se estaban celebrando. La comparación producía vértigo. Debieron haber evitado el contraste y haberlo publicado como un extra, al menos. ¡Pasar de las palabras y los hechos de hombres serios al *cacareo* de las convenciones políticas! ¡Candidatos a puestos públicos y habituales del discurso que carecen de toda honestidad y además de ser un fraude se permiten presumir! Su gran juego es el juego de las pajas, o mejor ese juego aborigen universal de los dados con el cual los indios exclamaban *¡hub, hub!* Excluid los informes de las convenciones políticas o religiosas y publicad las palabras de un hombre vivo.

Pero no me opongo tanto a lo que han omitido como a lo que han publicado. Incluso el *Liberator* lo calificó de "un esfuerzo equivocado, salvaje y aparentemente loco". Por lo que respecta a la caterva de periódicos y revistas, da la casualidad que no conozco a ningún director en todo el país que publique deliberadamente algo que sabe que a la larga, le disminuirá permanentemente el número de suscriptores. No lo consideran ventajoso. ¿Cómo van a publicar la verdad? Si no les decimos las cosas que les agradan –argumentan– nadie nos hará caso. Por tanto hacen lo que algunos vendedores ambulantes que cantan canciones obscenas para hacerse con la muchedumbre en torno suyo. Los redactores republicanos, obligados a tener terminadas sus columnas para la edición de la mañana y acostumbrados a verlo todo bajo el prisma de la política, no muestran admiración, ni siquiera un sincero pesar, sino que llaman a estos hombres "fanáticos capciosos", "hombres equivocados", "dementes" o "locos". Esto nos sugiere qué clase de cuerdos redactores nos protege, *no* son "hombres equivocados", saben muy bien al menos de qué lado se les unta el pan.

Un hombre realiza un acto valiente y humano y de repente, por todas partes oímos gente y partidos que declaran: "Yo no lo hice, y de ningún modo lo animé a *él* a hacerlo. No es justo que se deduzca tal cosa de mi trayectoria"; por lo que a mí respecta, no tengo interés en oírles definir su posición. No creo haberlo tenido antes, ni creo que lo tendré nunca. En mi opinión esto no es más que puro egoísmo o impertinencia en estos momentos. No necesitáis tomaros tantas molestias en lavaros las manos respecto a él. Ningún ser inteligente creerá nunca que él tuviera algo que ver con vosotros. Él mismo dijo que siempre hizo y deshizo "bajo los auspicios de John Brown y de nadie más". El partido Republicano no se da cuenta del número de personas que debido a este *fallo* tratarán de acertar mejor en su voto en el futuro. Han captado los votos de Pennsylvania & Co., pero no han conseguido el voto del Capitán Brown. Les ha arrebatado el viento de las velas –el poco viento que tenían– y ahora se han quedado estancados y reparan sus averías.

¡Y qué si no se suma a nuestra banda! ¡Aunque no aprobéis su método o sus principios, reconoced su magnanimidad! ¿No aceptaréis vuestra afinidad con él en este tema aunque no se asemeje a vosotros en ninguna otra cosa? ¿Acaso teméis perder

vuestra reputación? Lo que perdisteis por el espiche lo ganaréis por la piquera.

Si no están de acuerdo con todo esto, entonces no dicen la verdad y no dicen lo que piensan. Simplemente continúan con sus viejos trucos.

"Siempre se admitió que era" *–dice uno que le llama loco–* "un hombre consciente, muy modesto en su conducta, aparentemente inofensivo hasta que surgió el tema de la Esclavitud, momento en que exhibió una incomparable capacidad de indignación".

La esclavitud está de camino cargada de víctimas moribundas; se suman nuevos barcos desde el océano; una pequeña tripulación de traficantes de esclavos, tolerados por una gran masa de pasajeros, están sofocando a cuatro millones de esclavos bajo la escotilla, y todavía aseguran los políticos que el único medio de obtener la liberación es a través de la "pacífica difusión de sentimientos humanitarios" sin ningún "tumulto". Como si los sentimientos de humanidad se hallaran alguna vez sin la compañía de los hechos, y vosotros pudierais dispersarlos, acabar con el orden tan fácilmente como esparcir agua con una regadera, para asentar el polvo. ¿Qué es lo que oigo arrojar por la borda? Los cuerpos de los muertos que han logrado su liberación. Este es el modo de "difundir" humanidad, y con ella sus sentimientos.

Directores de prensa eminentes e influyentes, acostumbrados a tratar con políticos, hombres de un nivel infinitamente más bajo, dicen, en su ignorancia, que actuó "dejándose llevar por el sentimiento de venganza". Desde luego no conocen a este hombre. Deben crecer ellos mismos antes de empezar a imaginar como es él. No dudo que llegará el día en que conseguirían verle tal como era. Tienen que concebirle como hombre de principios religiosos y de fe, y no como a un político o a un indio, como un hombre que no esperó a que le perjudicaran personalmente o le frustaran en algún pequeño interés propio, para entregar su vida en favor de los oprimidos.

Si consideramos a Walker el representante del Sur, me encantaría poder decir que Brown fue el representante del Norte. Fue un hombre superior. No valoraba su existencia física tanto como sus ideales. No reconocía las leyes humanas injustas, sino que se enfrentaba a ellas siguiendo su conciencia. Por una vez nos encontramos por encima de lo trivial y rastrero de la política, en la región de la verdad y la hombría. Ningún otro hombre en América se ha levantado con tanta persistencia y eficacia en favor de la dignidad del género humano, reconociéndose a sí mismo hombre y por tanto tan válido como cualquiera de los gobiernos. En este sentido fue más americano que todos nosotros. No necesitó a ningún abogado charlatán pronunciando falsos discursos para defenderlo. Él pudo con todos los jueces elegidos por los electores americanos, y con los funcionarios y con cualquier otro sector. No le hubiera podido juzgar un tribunal de su misma clase, porque no había más personas de su clase. Cuando un hombre se enfrenta con serenidad a la condena y la venganza de la humanidad, elevándose literalmente *un cuerpo entero* por encima de ellos, aunque fuera el criminal más vil que se hubiese reconciliado consigo mismo, el espectáculo es sublime. ¿No os habíais percatado vosotros *Liberators*, vosotros *Tribunes*, vosotros *Republicans*?; y al compararnos con él los criminales somos nosotros. Haceos a vosotros mismos el honor de reconocerle. Él no necesita de vuestro respeto.

Por lo que se refiere a los periódicos demócratas, no son lo suficientemente humanos como para afectarme. No me indigna nada de lo que puedan decir.

Soy consciente de que me anticipo un poco, ya que por las últimas noticias, él está vivo todavía en manos de sus enemigos; pero, a pesar de ello, me he dejado llevar, al pensar y al hablar, por la idea de que estaba físicamente muerto.

No me gusta que se erijan estatuas de aquéllos que aún viven en nuestros corazones y cuyos huesos aún no se han desmenuzado en la tierra cerca de nosotros, pero preferiría ver la estatua del capitán Brown en el patio del State-House de Massachusetts antes que la de cualquier otro hombre conocido. Me congratulo de vivir en estos tiempos, de ser contemporáneo suyo.

Qué contraste cuando nos volvemos hacia ese partido político que está tan ansioso de quitárselo de en medio, a él y a su conspiración, y busca por todas partes un dueño de esclavos disponible que figure como candidato, uno que al menos

haga cumplir la "Ley de Esclavos Fugitivos" y todas las demás leyes injustas contra las cuales él levantó sus armas con el fin de anularlas.

¡Demente! ¡Un padre y seis hijos y un nieto y varios otros hombres –al menos en número de doce– todos afectados de demencia al mismo tiempo; mientras que un tirano cuerdo, sujeto con más tenacidad que nunca a sus cuatro millones de esclavos, y mil directores de prensa cuerdos, sus instigadores, están salvando al país y su pan! Igual de dementes fueron sus esfuerzos en Kansas. Preguntad al tirano quién es su enemigo más peligroso; ¿el hombre cuerdo o el demente? ¿Acaso los miles que le conocen bien, que se han regocijado con sus hazañas en Kansas y le han proporcionado ayuda material allí, le consideran un demente? Semejante uso de esta palabra es un simple tropo en boca de muchos que persisten en emplearlo, y no me cabe duda de que el resto ya se ha retractado de sus palabras en silencio.

¡Leed sus admirables respuestas a Mason y a otros! ¡De qué modo quedan ellos ridiculizados y derrotados! Por un lado preguntas medio torpes, medio tímidas; por el otro, la verdad, clara como la luz estrellándose contra sus sienes obtusas. Están hechos para figurar junto a Pilatos y Gessler y la Inquisición. ¡Qué ineficaces sus palabras y sus acciones!, ¡y qué vacíos sus silencios! No son más que herramientas inservibles a esta gran empresa. No fue ningún poder humano el que les congregó en torno a este predicador.

¿Para qué han enviado a Massachusetts y al Norte a unos cuantos *cuerdos* representantes del Congreso, estos últimos años?, ¿para declarar con todas sus fuerzas cuáles son sus sentimientos? Todos sus discursos juntos y reducidos a la más simple expresión –probablemente ellos mismos lo confiesen así– no alcanzan la rectitud y la fuerza propias de hombres, y en vez de la verdad simple, hacen alusiones casuales al loco de John Brown en la sala de máquinas en Harper's Ferry, a ese hombre que estáis a punto de ahorcar, de enviar al otro mundo, aunque allí no será *vuestro* representante. No, no ha sido representante nuestro en ningún sentido. Fue una clase de hombre demasiado justo para representar a seres como nosotros. ¿Quiénes, pues, *fueron* sus electores? Si leéis sus palabras con atención lo descubriréis. En su caso no hay elocuencia hueca ni discursos elaborados o artificiosos, no halaga al opresor. Le inspira la verdad, y la seriedad pule sus afirmaciones. No le importaba perder sus rifles Sharps mientras le quedara la facultad de hablar, que es un rifle Sharps de una infinita mayor seguridad y alcance.

¡Y el *New York Herald* publica la conversación *verbatim*! Esa publicación ignora que se ha convertido en vehículo de unas palabras inmortales.

No siento ningún respeto por la perspicacia de cualquiera que, después de leer esa conversación, aún insista en que es la palabra de un loco. Suena con una mayor cordura de la que pueden proporcionar una disciplina normal y los hábitos de vida organizados y seguros. Extraed cualquier frase: "Toda aquella pregunta que pueda contestar con sinceridad, la contestaré así y no de otro modo. En lo que a mi respecta, he hablado con total veracidad. Señores, yo valoro mi palabra". Esos que le reprochan su espíritu de venganza, mientras que lo cierto es que valoran su heroísmo, carecen de capacidad para reconocer a un ser noble, y no poseen mineral alguno que cambiar por su oro puro. Lo mezclan con su propia escoria.

Es un alivio pasar de estos difamadores al testimonio de sus carceleros y verdugos que, aunque amedrantados, son más veraces. El Gobernador Wise habla de él con mucha más justicia y aprecio que cualquier periódico del Norte, político o personaje público del que yo haya tenido noticia. Creo que no os importará oír sus palabras acerca de este tema. Dice: "Se engañan a sí mismos los que le consideran loco... Es frío, sosegado e indómito y es justo decir de él que fue humanitario con sus prisioneros... Y me inspiró una gran confianza como hombre de bien. Es un fanático, vanidoso y locuaz" (no hago mías estas palabras del Sr. Wise), "pero firme, sincero e inteligente. Sus hombres, los que sobreviven, también son así... el Coronel Washington dice que fue el hombre más frío y tenaz que conoció, cuando se trataba de desafiar el peligro y el hambre. Con uno de sus hijos muerto a su lado y otro herido de bala, le tomaba el pulso a su hijo agonizante con una mano y con la otra sujetaba su rifle y mandaba a sus hombres con gran serenidad, animándoles a mantenerse firmes y a vender sus vidas tan caras como les fuera posible. De los tres

prisioneros blancos, Brown, Stevens y Coppoc, sería difícil decir quién mostraba más entrega".

¡Casi el primer ciudadano del Norte que ganó el respeto del dueño de esclavos!

El testimonio del Sr. Vallandigham, aunque menos valioso, sigue en la misma línea; dice que "es estúpido menospreciar a este hombre o a su conspiración... Él es lo opuesto a un rufián, un fanático o un loco".

"Sin novedad en Harper's Ferry" –dicen los periódicos–. ¿De qué clase es esa calma que persiste cuando la ley y los dueños de esclavos triunfan? Yo considero este suceso como una piedra de toque diseñada con el fin de descubrirnos, con absoluta claridad, la naturaleza de este gobierno. Precisábamos de una ayuda como ésta para verlo a la luz de la historia. Debería verse a sí mismo. Cuando un gobierno utiliza todo su poder en proteger la injusticia, como hace el nuestro, sosteniendo la esclavitud y matando a los libertadores del esclavo, se está comportando como una fuerza bruta, o peor, como una fuerza demoníaca. Es la cabeza de los "Plug Uglies". Ahora es más manifiesto que nunca que la tiranía gobierna. Veo que este gobierno se ha aliado de hecho con Francia y Austria para reprimir a la humanidad. En él se sienta un tirano sujetando las cadenas de cuatro millones de esclavos; aquí viene su heroico libertador. Este gobierno hipócrita y diabólico, levanta la vista sobre los cuatro millones jadeantes y pregunta desde su escaño, adoptando un aire de inocencia: "¿Por qué me atacáis? ¿No soy acaso un hombre honrado? Dejad de agitaros por este tema u os convertiré en esclavos u os colgaré".

Estamos hablando de un gobierno *representativo*; pero, ¿qué monstruo de gobierno es ése en el que las facultades mentales más nobles y *todo* el corazón no están *representados*? Se trata de un tigre semihumano o de un buey que avanza con paso majestuoso sobre la tierra, con el corazón arrancado y la tapa del cráneo levantada de un tiro. Los héroes han luchado valientemente desde sus trincheras incluso después de que las balas alcanzaran sus piernas, pero nunca se ha oído que un gobierno de tales características hiciera algo bueno.

El único gobierno que reconozco –y no importa que tenga pocas personas a la cabeza o que tenga un ejército pequeño– es el poder que establece la justicia en su territorio, nunca el que establece la injusticia. ¿Qué pensaremos de un gobierno para el que todos los hombres realmente valientes y honrados de su territorio son enemigos que se interponen entre él y aquéllos a los que oprime? ¡Un gobierno que alardea de ser cristiano y crucifica a un millón de Cristos cada día!

¡Traición! ¿Dónde se origina semejante traición? No puedo evitar pensar en vosotros como os merecéis, en vosotros, gobiernos. ¿Podéis secar las fuentes del pensamiento? La alta traición, cuando no es sino resistencia a la tiranía de aquí abajo, tiene su origen y está inspirada por el poder que crea y recrea al hombre. Cuando hayáis capturado y colgado a todos esos rebeldes humanos, no habréis conseguido nada excepto vuestra propia culpabilidad, ya que no habréis extirpado las raíces. Dais por sentado que os enfrentáis con un enemigo al que no apuntan los cadetes de West Point ni los cañones. ¿Puede todo el arte del *fundidor* del cañón hacer que la materia se vuelva contra su creador? ¿Es la forma en que el fundidor quiere forjarlo más importante que la materia que constituye al cañón y a él mismo?

Los Estados Unidos tienen una cantidad de esclavos que suma cuatro millones. Este país está decidido a mantenerlos en esas condiciones y Massachusetts es uno de los superintendentes confederados que debe evitar su huida. No piensan así todos los habitantes de Massachusetts, pero sí al menos los que mandan y los que obedecen. Fue Massachusetts junto con Virginia quien sofocó esta insurrección de Harper's Ferry. Tras enviar allí a los soldados deberá pagar el castigo por su pecado.

Suponed que exista en este Estado una sociedad que, de su propio bolsillo y por su magnanimidad, salve a todos los esclavos fugitivos que acuden a nosotros, proteja a nuestros conciudadanos de color y deje el resto del trabajo al así llamado, gobierno. ¿No le supondría eso perder rápidamente sus funciones de gobierno y hacerse despreciable para la humanidad? Si algunas sociedades privadas se ven obligadas a llevar a cabo las tareas del gobierno para proteger a los débiles y hacer justicia, entonces el gobierno se convierte tan sólo en un asalariado, un empleado para desempeñar servicios mínimos o sin trascendencia. Por supuesto, un gobierno que precisara un

Comité de Vigilancia, no sería sino la sombra de un gobierno. ¿Qué pensaríamos incluso del Cadi oriental, tras el cual funcionase en secreto un Comité de Vigilancia? Y, hasta cierto punto, estos gobiernos desquiciados reconocen y aceptan esa relación. En la práctica, vienen a decir: "Nos alegrará trabajar por vosotros con esas condiciones, con tal de que no se publique demasiado". Y así el gobierno, con el sueldo asegurado, se retira a la trastienda llevándose la Constitución y dedica la mayor parte de su esfuerzo a repararla. A veces, cuando oigo decir tales cosas en el trabajo, me acuerdo, en el mejor de los casos, de esos labradores que maquinan el modo de sacar algún dinero extra en invierno dedicándose al negocio de los barriles. ¿Y qué bebida alcohólica almacena ese barril? Especulan en la bolsa y hacen agujeros en las montañas, pero no tienen la capacidad de construir siquiera una carretera decente. La única carretera *libre* la "Underground Railroad", es propiedad del Comité de Vigilancia y él la administra. Ellos han cavado galerías a lo largo de toda esta tierra. Semejante gobierno está perdiendo su poder y su respetabilidad con la misma rapidez que el agua se filtra por una vasija agrietada, pero no se escapa de una en buen estado.

Oigo a muchos que condenan a estos hombres por su número tan reducido. ¿Cuándo estuvieron en mayoría los honrados y los valientes? ¿Hubierais preferido que su acción se interrumpiera esperando ese momento, hasta que vosotros y yo nos uniéramos a él? Este mismo hecho de que no tuviera una chusma o una tropa de mercenarios en torno suyo lo distingue de los héroes corrientes. Su compañía era reducida porque los dignos de pasar revista eran bien pocos. Allí, cada hombre que ofrecía su vida por los pobres y los oprimidos era un hombre elegido, sacado de entre varios miles, millones; un hombre de principios, de valor poco usual y acendrada humanidad; dispuesto a sacrificar su vida en cualquier momento por el beneficio de sus hermanos. Yo dudo que hubiera más hombres de estas características en todo el país (y esto por lo que se refiere sólo a sus seguidores); respecto al líder, no cabe duda de que barrió todo lo ancho y largo de estas tierras para incrementar su tropa. Estos fueron los únicos hombres dispuestos a colocarse entre el opresor y los oprimidos. Fueron sin duda alguna los mejores que podíais seleccionar para colgarlos. Ese es el mayor cumplido con que podía pagarles este país. Ellos estaban preparados para la horca. Ya se ha colgado a bastantes, pero a pesar de haberlo intentado nunca antes se había dado con los más adecuados.

Cuando pienso en él, en sus seis hijos y en su yerno, sin mencionar a los otros alistados en su lucha, comportándose fríamente, con reverencia, con solidaridad en su trabajo, durmiendo y despertándose por la lucha, pasando veranos e inviernos sin esperar recompensa alguna excepto una conciencia limpia, mientras que casi toda América se alineaba en el lado opuesto, digo de nuevo que esto me afecta a mí como un espectáculo sublime. Si él hubiera tenido algún periódico apoyando "*su causa*"; un órgano, como se suele decir, repitiendo monótona y tristemente la misma vieja canción y después pasara la gorra, eso hubiera sido fatal para su eficacia. Si hubiera manifestado de algún modo su enfrentamiento al gobierno, hubiera resultado sospechoso. Lo que le distinguía de todos los reformadores que conozco hasta hoy era el hecho de que no estaba dispuesto a pactar con el tirano.

Su peculiar doctrina era que un hombre tiene perfecto derecho a interferir por la fuerza contra el amo, como medio para rescatar al esclavo. Yo estoy de acuerdo con él. Aquéllos que se sienten continuamente escandalizados por la esclavitud tienen cierto derecho a escandalizarse por la muerte violenta del amo, pero no los demás. Estos se escandalizarán más por su vida que por su muerte. No seré yo el primero que considere un error su método para liberar esclavos lo más rápidamente posible. Hablo por boca del esclavo cuando digo que prefiero la filantropía del Capitán Brown a esa otra filantropía que ni me dispara ni me libera. De todos modos, no creo que sea bueno pasarse la vida hablando o escribiendo sobre este tema, a no ser que uno esté continuamente inspirado, y yo no lo estoy. Un hombre puede tener otros asuntos legítimos que atender. Yo no deseo matar ni ser matado, pero puedo vislumbrar circunstancias en las cuales ambas cosas me resulten inevitables. Mantenemos la llamada paz de nuestra comunidad con pequeños actos de violencia cotidiana, ¡ahí está la porra del policía y las esposas!, ¡ahí tenemos la cárcel!, ¡ahí tenemos la horca!, ¡ahí

tenemos al capellán del regimiento! Confiamos en vivir a salvo únicamente fuera del alcance de este ejército provisional. Por tanto, nos protegemos a nosotros y a nuestros gallineros y mantenemos la esclavitud. Sé que la masa de mis compatriotas piensa que el único uso justo que se puede hacer de los rifles Sharps y de los revólveres es librar duelos cuando otras naciones nos insultan, o cazar indios, o disparar a los esclavos fugitivos o cosas parecidas. Yo creo que por una vez los rifles Sharps y los revólveres se emplearon en una causa justa. Los instrumentos estaban en las manos del que sabía utilizarlos.

La misma indignación que se dice vació el templo una vez, volverá a vaciarlo. La cuestión no está en el arma, sino en el espíritu con que se use. No ha nacido todavía ningún hombre en América que amara tanto a sus semejantes y les tratara con tanta ternura. Vivía para ellos. Tomó su vida y se la ofreció a ellos. ¿Qué clase de violencia es ésa que promueven, no lo soldados, sino los pacíficos ciudadanos; no tanto las sectas no pacifistas, sino los cuáqueros; y no tanto los hombres cuáqueros como las mujeres cuáqueras?

Este suceso me recuerda que existe algo llamado muerte, la posibilidad de la muerte de un hombre. Parece como si todavía no hubiera muerto ningún hombre en América, ya que para morir, uno tiene que haber vivido antes. Yo no creo en los coches fúnebres, los paños mortuorios y los funerales que han tenido. No hubo muerte en esos casos porque no hubo vida; simplemente se pudrieron y se degradaron bajo la tierra del mismo modo que se habían podrido y degradado en vida. No se desgarró ningún velo del templo, sólo se cavó una fosa en cualquier parte. Que los muertos entierren a sus muertos. Los mejores simplemente dejaron de funcionar, como un reloj, Franklin, Washington, ellos salieron bien librados sin morir; tan sólo desaparecieron un día. Oigo a muchos que fingen que se van a morir, o que se han muerto, incluso. ¡Tonterías! Les reto a que lo hagan. No hay suficiente vida en ellos. Se licuarán, como los hongos y mantendrán a cien aduladores enjugando el lugar en que se desvanecieron. Sólo han muerto media docena aproximadamente desde que empezó el mundo. ¿Cree usted, señor, que se va a morir? ¡No! No hay ninguna esperanza. No ha aprendido la lección aún. Debe quedarse después de clase.

Estamos protestando demasiado a causa de la pena de muerte: arrancar vidas, cuando no hay vidas que quitar. *¡Memento mori!* No entendemos esa frase sublime que algún personaje hizo esculpir sobre su tumba en alguna ocasión. La hemos interpretado en un sentido rastrero y lastimoso; hemos olvidado completamente cómo se muere.

Pero así y todo, aseguraos de que morís. Haced vuestro trabajo y terminadlo. Si sabéis cómo empezarlo, sabréis cuándo terminarlo.

Estos hombres al enseñarnos a morir, nos han enseñado al mismo tiempo a vivir. Si los actos y las palabras de este hombre no originan un renacimiento, ésta será la sátira más dura posible que se escriba sobre actos y palabras que sí lo originan. Esta es la mejor noticia que América haya escuchado. Ha acelerado el débil pulso del Norte e infundido más y más sangre generosa a sus venas y a su corazón, que varios años de los que se suele llamar prosperidad comercial y política. ¡Cuántos hombres que consideraban recientemente la idea del suicidio tienen ahora algo por lo que vivir!

Un escritor dice que la peculiar monomanía de Brown le hizo ser "temido por los habitantes de Missouri como si fuera un ser sobrenatural". Sin duda alguna, un héroe entre nosotros, tan cobardes, es siempre temido así. Él es así. Aparece como superior a la naturaleza. Hay una chispa de divinidad en él.

¡Si sobre él mismo no logra elevarse,
qué pequeña cosa es el hombre!

¡Los directores de periódicos argumentan también que una prueba de su *demencia* es que se creía destinado para el trabajo que hizo, que no dudó ni un momento! Hablan como si fuese imposible que un hombre pudiera hacer un trabajo hoy en día "destinado a él por Dios"; como si las promesas y la religión estuvieran pasados de moda en relación con cualquier otro trabajo cotidiano; como si el agente para abolir la esclavitud pudiera ser solamente alguien designado por el Presidente, o por un partido político. Hablan como si la muerte de un hombre fuera un fracaso y la continuación de su vida, sea del tipo que sea, fuera un éxito.

Cuando reflexiono sobre la causa a la que se entregó este hombre, y cuán religiosamente, y después reflexiono sobre la causa a la que se entregan sus jueces y todos los que le condenan con tanta energía y ligereza, me doy cuenta de que hay la misma distancia entre ambos que hay entre el cielo y la tierra.

Esto pone de manifiesto que nuestros "*líderes*" son una gente inofensiva, y saben *demasiado bien* que *ellos* no fueron designados por Dios sino elegidos por los votos de su partido.

¿Quién es el que precisa para su seguridad que se cuelgue al Capitán Brown? ¿Es acaso indispensable para algún ciudadano del Norte? ¿No hay otra salida que arrojar a este hombre al Minotauro? Si no lo deseáis, decidlo claramente. Mientras se estén haciendo cosas como ésta, la belleza permanece velada y la música es una mentira que chirría. ¡Pensad en él, en sus raras cualidades!, es el tipo de hombre que tardará mucho en repetirse y tardará mucho en ser comprendido; no se trata de un héroe cómico, ni del representante de ningún partido. El sol no volverá a salir en esta bendita tierra sobre otro hombre como él. ¡Para el que nació con más cualidades; para el inquebrantable, enviado para redimir a los cautivos; y lo único que se os ocurre es colgarlo del extremo de una cuerda! Vosotros que aparentáis sufrir por Cristo crucificado, considerad lo que vais a hacer al que ofreció su vida por la salvación de cuatro millones de hombres.

Todo hombre sabe cuándo está justificado, y todos los inteligentes del mundo serían incapaces de darle luz sobre el tema. El asesino siempre sabrá que se le castiga justamente; pero cuando un gobierno quita la vida a un hombre sin el consentimiento de su conciencia, nos encontramos ante un gobierno audaz que está dando un paso hacia su propia disolución. ¿Acaso es imposible que un solo individuo tenga la razón y un gobierno esté equivocado? ¿Deben imponerse las leyes tan sólo porque se hayan aprobado?, ¿o declararlas válidas por un número cualquiera de hombres, si *no* son válidas? ¿Tiene que ser el hombre necesariamente el instrumento que lleve a cabo un acto que su propia naturaleza rechaza? ¿Acaso pretenden los legisladores que los hombres *buenos* sean colgados siempre? ¿Pretenden los jueces interpretar la ley de acuerdo con la Letra y no con el espíritu? ¿Qué derecho tenéis *vosotros* a llegar al acuerdo de que *haréis* esto o lo otro, en contra de vuestra propia razón? ¿Es labor *vuestra*, al tomar cualquier resolución, *decidir* sin aceptar las razones que se ofrecen, que muchas veces ni siquiera comprendéis? Yo no creo en los abogados, en ese modo de acusar o defender a un hombre, porque descendéis para tratar con el juez en su propio campo y, en los casos más importantes, no tiene mayor trascendencia si un hombre transgrede una ley humana o no. Dejad que los abogados decidan en casos triviales. Los hombres de negocios pueden solucionar esas cosas entre ellos. Si ellos fueran los intérpretes de las leyes eternas que obligan al hombre con auténtica justicia, eso ya sería distinto. ¡Esto es como una fábrica falsificadora de leyes que se sitúa parte en un país de esclavitud y parte en un país de libertad! ¿Qué clase de leyes podéis esperar de ella para el hombre libre?

Estoy aquí para interceder por su causa ante vosotros. No intercedo por su vida sino por su naturaleza, por su vida inmortal, y eso sí es enteramente asunto vuestro y no de ellos. Hace mil ochocientos años Cristo fue crucificado; esta mañana posiblemente, el Capitán Brown haya sido colgado. Esos son los dos extremos de una cadena que no carece de eslabones. Ha dejado de ser el viejo Brown; es un ángel de la luz.

Ahora comprendo que fue necesario que el hombre más valiente y humano de todo el país fuera colgado. Tal vez él mismo lo haya comprendido. *Casi temo* enterarme de que le hayan liberado, porque dudo que la prolongación de su vida, o de *cualquier* otra pueda hacer más bien que su muerte.

"¡Descarriado!" "¡Granuja!" "¡Demente!" "¡Vengativo!" Eso escribís desde vuestras poltronas, y el herido responde así desde el suelo del Armory, claro como un cielo sin nubes, con la verdad en los labios, como si fuera la suya la voz de la naturaleza: "No me envió aquí hombre alguno, fue mi propia voluntad y la de mi Creador. No reconozco a ningún jefe de condición humana".

Y con qué noble y dulce talante continúa dirigiéndose a los que le apresaron y que se sitúan por encima de él: "Creo, amigos, que sois culpables de un gran error contra Dios y la humanidad, y sería perfectamente justo que alguien interfiriera en vuestras cosas con el fin de liberar a ésos que vosotros mantenéis voluntaria y cruelmente en cautiverio".

Y, refiriéndose a su actividad: “Este es, en mi opinión, el mayor servicio que un hombre puede ofrecerle a Dios”.

“Me apenan los pobres cautivos que no tienen a nadie que les ayude; por eso estoy aquí, no para satisfacer ninguna animosidad personal, venganza o espíritu revanchista, sino por mi simpatía hacia los oprimidos y los agraviados que son tan buenos como vosotros y tan preciosos a los ojos de Dios.”

Vosotros no reconocéis vuestro testamento cuando lo tenéis delante.

“Quiero que entendáis que yo respeto los derechos de los hombres de color más pobres y más débiles, oprimidos por el poder esclavizador, del mismo modo que respeto los de los más ricos y poderosos.”

“Me gustaría decir, además, que haríais mejor, vosotros, todos los hombres del Sur, en prepararos para solucionar esta cuestión, que deberá terminarse de una vez antes de que estéis dispuestos a ello. Cuanto antes os preparéis, mejor. Os podéis deshacer de mí muy fácilmente. Ya casi estoy eliminado, pero esta cuestión aún tendrá que solucionarse –este problema de los negros, me refiero–; el fin de ese problema no ha llegado aún.”

Imagino el momento en que el pintor dibujará esa escena sin ir a Roma en busca del modelo; el poeta la cantará; el historiador la registrará; y, con el desembarco de los “Peregrinos” y la Declaración de Independencia, será el ornamento de un futuro museo nacional, cuando al fin la forma actual de esclavitud ya no persista. Entonces tendremos libertad para llorar por el Capitán Brown. Entonces, y no antes, llegará nuestra venganza.

Carta a H. G. O. Blake*

Concord, 27 de marzo de 1848

Me alegra escuchar que alguna de mis palabras, aunque dichas hace tanto tiempo que apenas puedo pedirles que se identifiquen con su autor, te hayan alcanzado. Me complace porque entonces tengo motivos para suponer que he escrito algo concerniente al hombre, y que no es vano que el hombre se dirija al hombre. Este es el valor de la literatura. Con todo, esos días son tan distantes, en todo sentido, que he tenido que mirar esa página otra vez para saber cuál era el tenor de mis pensamientos entonces. Apreciaré ese artículo, de cualquier modo, tan sólo porque fue la ocasión para que me enviaras tu carta.

Creo que existe una íntima relación entre la vida exterior y la vida interior; creo que si alguien lograse superar su vida, el mundo seguiría ignorándolo; creo que diferencia y distancia se identifican. Ansiar una verdadera vida es como emprender un viaje a un lejano país, y verse poco a poco rodeado de ignorados paisajes y de gentes nuevas. Envuelto en mi pasado, comprendo que estoy muy lejos de vivir una vida mejor y más bella, en su pleno sentido. El mundo externo no es sino lo inverso de lo que está en nosotros. Las costumbres no ocultan a los hombres; por el contrario, los muestran sin apariencias, como realmente son. En realidad las costumbres forman su vestimenta. Poco me importa el curioso razonamiento que invocan quienes siguen fieles a las costumbres. Las circunstancias no son rígidas ni irreductibles como nuestros actos. ¡Cuántas veces nos expresamos con vaguedad, como si una vida divina pudiera injertarse o construirse en nuestra vida presente, a modo de apropiado cimiento! Para transformar nuestra vida

* La carta a Harrison Gray Otis Blake es una de las veintisiete que le envió, escritas entre marzo de 1848 y noviembre de 1860. Se encuentran en *The Writings of Henry David Thoreau*, *Familiar Letters*, vol. VI, F.B. Sanborn (ed.), The Riverside Press, Cambridge, 1906.

debiéramos rehacer la antigua, excluir todo el calor de nuestros afectos; quizás sea imposible. El mirlo construye su vivienda sobre el huevo del cuclillo, y allí incuba sus huevos. Pero la separación es leve, e incuba también el ajeno. El cuclillo le aventaja en un día, y, al nacer su cría, expulsa a los pichones del mirlo. No hay otra solución entonces: destruir el huevo del cuclillo o construir un nido nuevo.

El cambio es siempre cambio. Ninguna vida nueva ocupa viejos cuerpos. Los cuerpos viejos se pudren. La vida es lo que nace, crece y florece. Los hombres intentan reanimar patéticamente lo antiguo, y por eso lo toleran y soportan. ¿Por qué limitarnos a embalsamar? ¡Abandonemos ya los ungüentos y los sudarios, y vayamos en busca de un cuerpo naciente! En las antiguas catacumbas de Egipto podemos comprobar el resultado de su experiencia. No ignoramos su fin.

Creo en la simplicidad. Es asombroso y triste ver como hasta el hombre más sabio ocupa sus días en asuntos triviales, creyéndose obligado a relegar a último término cuestiones más importantes. Si un matemático desea resolver un problema, difícil, comienza por despojar a la ecuación de toda dificultad, reduciéndola a su más simple expresión. Simplifiquemos el problema de la existencia y distingamos lo necesario de lo real. Sondeemos la tierra para ver donde corren nuestras raíces-madres. Yo quisiera basarme siempre en los hechos. ¿Por qué no ver, por qué no servirnos siempre de nuestros propios ojos? ¿O es que los hombres no saben ni conocen nada? Sé de muchas personas, difíciles de ser engañadas en asuntos comunes, muy recelosas de una mala jugada, que disponen mesuradamente de su dinero y saben como gastarlo, que gozan fama de cautos y listos, y que sin embargo consienten en pasarse gran parte de su existencia como cajeros entre las cuatro paredes de un banco, hombres que hoy brillan un poco, para enmohecerse mañana y finalmente desaparecer. Si son realmente capaces, ¿por qué hacen lo que están haciendo? ¿Saben bien lo que es *el pan*, y para qué sirve? ¿Tienen noción del valor y significado de *la vida*? Porque si *supieran* algo, ¡qué pronto olvidarían lo que ahora les interesa!

Esta vida, nuestra respetable vida de todos los días, tras de la que firmemente se apuntala el hombre de buen sentido, el

inglés del mundo civilizado, y sobre la que reposan todas nuestras insignes instituciones, no deja de ser una ilusión que se desvanece como la trama inconsútil de una visión fugaz. En cambio, el más leve resplandor de realidad que suele iluminar días oscuros para todos los hombres, nos revela algo más consistente y durable que el bronce fundido, algo que es en verdad la piedra angular del mundo.

El ser humano es incapaz de concebir un estado de cosas que no sea realizable. ¿Podemos consultar honestamente a nuestra conciencia y afirmar que es así? ¿Qué hechos invocamos al afirmar que nuestros sueños son prematuros? ¿Han alguna vez oído hablar de un hombre que haya luchado consecuentemente durante toda su vida por una finalidad, y que no la lograra en cierta medida? Un hombre en estado de continua ansiedad, ¿no se siente ya elevado en virtud de ella? ¿Quién que haya ensayado la menor acción de heroísmo, de magnanimidad, o tendido hacia la verdad y sinceridad, no halló cierta ventaja, algo más que no fuera perder el tiempo? Es natural que no esperemos a que nuestro paraíso sea un jardín. Ignoramos lo que pedimos. Observemos la literatura. ¡Cuán bellos pensamientos concibió cada uno de nosotros, y qué pocos bellos pensamientos fueron expresados! Y sin embargo, no hay ningún sueño, por más sutil o etéreo que fuere, que el simple talento, secundado por cierta resolución y constancia, después de mil fracasos, no logre fijar y grabar en palabras distintas y duraderas. Nuestros sueños son los hechos más positivos que conocemos. Pero ahora no hablamos de sueños.

Lo que se puede expresar con palabras, puede igualmente expresarlo nuestra vida.

Mi vida actual, es un hecho del que no debo congratularme, pero respeto mi fe y mis aspiraciones. De ellos hablo ahora. Nuestro estado es demasiado simple para describirlo. No he prestado juramento alguno. No he trazado ningún plan sobre la sociedad, la Naturaleza, o Dios. Soy simplemente lo que soy, o más bien, comienzo a serlo.

Vivo en el *presente*. El pasado no es en mí sino un recuerdo, y el porvenir una anticipación. Amo vivir. Prefiero una reforma antes que un programa. No puede hacerse historia de cómo el mal se ha vuelto lo mejor. *Creo*, y nada existe al margen de

mi creencia. Sé que yo soy. Sé que otro existe, que sabe más que yo, que por mí se interesa, del que soy su criatura, y en cierto modo también progenitor. Sé que la empresa vale la pena, que las cosas van bien. No he recibido ninguna noticia adversa.

En cuanto a las posiciones, a las combinaciones, a los detalles, ¿qué pueden significar? Si contemplamos el firmamento, cuando el tiempo es claro, ¿qué percibimos sino el cielo y el sol?

¿Quieres convencer a un hombre de que hace mal? Haz el bien. Pero es inútil convencerle con palabras. Los hombres creen en lo que ven. Procura que vean.

Prosigan su vida, obstínense en vivirla, y como un perro en torno del coche de su amo, giren en torno a su vida.

Realicen aquello que más aman. Para conocer bien su hueso, róanlo, entiérrenlo y desentiérrenlo para roerlo más aún. No es preciso demasiada moral. Sería trampearse a sí mismo con un exceso de vida. Vayan más allá de la moralidad. No se contenten con ser buenos; hay que serlo a toda costa. Todas las fábulas encierran su moral, pero los inocentes que escuchan hallan placer sobre todo por la historia que narran. Nada se interpone entre ustedes y la luz. Respeten a los hombres, respeten a sus hermanos, y nada más. Cuando emprendan viaje a la Ciudad Celeste, no lleven carta de recomendación. Cuando llamen, pidan ver a Dios, y nunca a los lacayos. En algo que más los concierne, no se les ocurra pensar que existen camaradas suyos. Hagan de cuenta que están solos en el mundo...

Hasta este punto escribo desaciertos. Necesito verte, y confío en que lo haré, para corregir mis errores. Tal vez tengas algunos oráculos para mí.

Henry Thoreau

Un paseo de invierno*

El viento se filtra con un quedo murmullo a través de los postigos, o sopla con aterciopelada suavidad sobre las ventanas. De vez en cuando, suspira como un céfiro de verano agitando las hojas durante toda la santa noche. El ratón de campo se ha dormido en su abrigado pasadizo subterráneo, el búho se ha instalado en un árbol hueco en la profundidad de los pantanos; el conejo, la ardilla y el zorro, todos se han puesto a cubierto. El perro guardián se ha tumbado tranquilo junto al hogar, y el ganado se ha quedado en silencio en el establo. La tierra misma se ha dormido, como si fuera su primer, y no su último sueño. Salvo algún ruido de la calle o la puerta de la casa de madera que chirría débilmente interrumpiendo el desconsuelo de la naturaleza en su funcionamiento nocturno, el único sonido despierto entre Venus y Marte nos advierte de una distante calidez interior, un ánimo y fraternidad divinos, donde los dioses se reúnen, pero que resulta desolador para los hombres. Sin embargo, mientras duerme la tierra, el aire está despierto y se ha llenado de ligerísimos copos que caen, como si reinara una Ceres boreal y arrojara su grano plateado sobre todos los campos.

Dormimos, y al final despertamos a la inmóvil realidad de una mañana de invierno. La nieve yace tibia como el algodón y se acumula sobre el alféizar de la ventana; el marco hinchado y los cristales helados reciben una débil luz privada que realza la acogedora comodidad interior. La quietud de la mañana es impresionante. El suelo cruje bajo nuestros pies cuando nos acercamos a la ventana a mirar un claro sobre los campos. Vemos los techos bajo el peso de la nieve. De los aleros y las cercas cuelgan estalactitas de hielo, y en el jardín se alzan estalagmitas que cubren su corazón oculto. Los árboles y los arbustos elevan sus brazos blancos al cielo; y donde había paredes y setos vemos formas fantásticas que retozan haciendo

* “A Winter Walk”, *The Dial*, vol. IV, núm. 2, octubre de 1843.

cabriolas por el sombreado paisaje, como si la Naturaleza hubiera esparcido sus diseños hechos durante la noche como modelos para el artista.

Abrimos la puerta en silencio, dejando que caiga dentro la nieve amontonada, y salimos a enfrentarnos con el aire cortante. Las estrellas ya han perdido parte de su brillo, y una niebla opaca y plúmbea bordea el horizonte. Una tenue luz bronceada sobre el Este proclama la llegada del día, mientras el paisaje occidental aún permanece espectral y oscuro, envuelto en una tenebrosa luz tartárea, como si fuera un reino umbrío.

Se oyen sólo sonidos infernales: el canto de los gallos, el ladrido de los perros, hachazos contra la madera, el mugir de las vacas... todo parece venir del corral de Plutón, más allá de la laguna Estigia, no porque evoquen melancolía alguna, sino porque su bullicio crepuscular es demasiado solemne y misterioso para la tierra. El rastro fresco de algún zorro o alguna nutria en el huerto nos recuerda que la noche está repleta de acontecimientos, y la naturaleza primitiva aún sigue en marcha dejando huellas en la nieve. Abrimos la verja y echamos a andar a paso vivo por el solitario camino; la nieve seca y quebradiza cruje bajo nuestros pies y nos estimula el chirrido agudo del trineo de madera que parte hacia el distante mercado, desde la puerta matinal del granjero donde ha permanecido todo el verano soñando entre las briznas de hierba y los rastrojos, mientras vemos de lejos la luz de la primera vela a través de las ventanas nevadas de la granja, como una pálida estrella que emite su rayo solitario o una severa virtud rezando sus maitines. Las volutas de humo de las chimeneas empiezan a ascender una tras otra entre los árboles y la nieve.

El humo perezoso se eleva serpenteante de alguna cañada profunda,
e intima poco a poco con el día
demorándose en su viaje hacia el cielo,
mientras el aire recio explora al alba.
Las espirales remolonas juguetean entre sí,
sin propósito cierto, con lentitud,
como el amo adormilado, ahí debajo, junto al hogar,
cuya mente tardía e indolente
aún no se ha lanzado a la corriente arrolladora
del nuevo día, y ahora navegan muy lejos.
El leñador va a paso certero
con intenciones de agitar el hacha matinal.
Pero primero, en el oscuro amanecer,
envía por doquier a su emisario,
el humo explorador, último peregrino,
que alza vuelo del techo en plena madrugada,
para sentir el aire helado e informar al día.
Y cuando aún flota agachado a ras del suelo,
sin reunir coraje para desatrancar la puerta,
ya ha bajado por el valle con el viento ligero,
y sobre la llanura despliega su espiral aventurera,
envuelve la copa de los árboles, vaga colina arriba,
y entibia las alas del pájaro matinal.
Y ahora, acaso, divisa el día por los confines de la tierra
desde lo alto del aire vigoroso
como una nube refulgente en la bóveda celestial
y saluda a su amo inmóvil junto a su puerta.

Oímos el ruido de los granjeros cortando leña a lo lejos, sobre la tierra helada, el ladrido del perro y el clarín del gallo, a pesar de que el aire gélido y tenue sólo transporta las partículas más finas de sonido hasta nuestros oídos, con pequeñas y suaves vibraciones, como las olas del más puro y liviano de los líquidos que se calman enseguida cuando algún elemento grande se hunde hacia el fondo. Los sonidos llegan claros como campanadas, como si hubiera menos impedimentos que en verano que los desvanecieran y desgarraran. El paisaje es sonoro, como la madera seca; hasta los habituales ruidos rurales son melodiosos, y el tintineo del hielo sobre los árboles es suave y líquido. Hay la mínima humedad posible en la atmósfera, todo está seco o congelado, y es de una tenuidad y elasticidad tan extremas que se convierte en una fuente de placer. El cielo lejano y tenso parece converger como las naves de una catedral, y el aire lustroso centellea como si hubiera cristales de hielo flotando. Quienes han residido en Groenlandia nos dicen que cuando hiela "el mar ahúma como cuando se quema un campo de hierba, y se levanta una bruma o niebla llamada 'humo helado', un humo cortante que suele producir ampollas en la cara y las

manos, muy pernicioso para la salud". Pero este frío puro y estimulante, en cambio, es un elixir para los pulmones, no tanto una neblina helada como una calina cristalizada de pleno verano, refinada y purificada por el frío.

El sol, por fin, se levanta a través del bosque lejano, como si sonara débilmente el címbalo, y derrite el aire con sus rayos, y la mañana viaja con pasos tan veloces que las distantes montañas occidentales ya se han teñido de dorado. Mientras tanto, caminamos deprisa sobre la nieve en polvo, templados por un calor interior, disfrutando aún de un veranillo de San Martín en medio de un creciente bienestar de los sentidos y la mente. Si nuestra vida se amoldara más a la naturaleza, probablemente no tendríamos que protegernos del frío y el calor, y la consideraríamos nuestra protectora y amiga, como las plantas y los cuadrúpedos. Si alimentáramos nuestro cuerpo con elementos puros y sencillos, y no con una dieta estimulante y calórica, no necesitaríamos para el frío más forraje que una ramita sin hojas, pero medraríamos como los árboles, a los que hasta el invierno les parece templado para su crecimiento.

La maravillosa pureza de la naturaleza en esta estación es un hecho de lo más placentero. Todos los tocones podridos, las piedras y vallas musgosas y las hojas muertas del otoño están ocultos debajo de un blanco manto de nieve. En los campos desnudos y en los bosques tintineantes, se ve la virtud que perdura. En los lugares más fríos y desolados, incluso la benevolencia más cálida encuentra apoyo. Un viento frío y penetrante ahuyenta todo contagio y sólo puede resistirlo lo virtuoso; por consiguiente, respetamos como algo dotado de una especie de testaruda inocencia, de firmeza puritana, todo lo que encontramos en lugares fríos e inhóspitos, como las cumbres de las montañas. Todo lo demás parece retirarse en busca de refugio, y lo que queda fuera debe ser parte del marco original del universo, de un valor tan grande como el del mismo Dios. Respirar aire límpido es vigorizante. Resulta clara su mayor pureza y delicadeza, y de buena gana nos quedaríamos fuera hasta tarde; así los vientos también pueden soplar a través de nosotros como a través de los árboles sin hojas y aclimatarnos al invierno, como si esperáramos apropiarnos de cierta virtud pura e inmutable que nos beneficie en todas las estaciones.

En la naturaleza hay un fuego subterráneo y adormilado que nunca desaparece, y que ningún frío puede congelar. Termina por derretir las grandes nieves, y en enero está oculto bajo una capa más gruesa que en julio. En los días más fríos, se desplaza hacia alguna parte y la nieve se funde alrededor de todos los árboles. El fuego está cubierto por la capa más delgada en el campo invernal de centeno, que brota a finales de otoño, y que ahora funde rápidamente la nieve. Sentimos cómo nos calienta. En el invierno el calor simboliza toda la virtud, y pensamos en un delgado riachuelo con sus piedras desnudas brillando al sol y en los cálidos manantiales del bosque con el mismo anhelo que las liebres y los tordos. El vapor que se eleva de los pantanos y las lagunas nos resulta tan querido y familiar como el que sale de la tetera. ¿Qué fuego podría igualar al brillo del sol en un día de invierno, cuando el ratón de campo se asoma junto al muro y el paro carbonero cecea en los desfiladeros del bosque? El calor proviene directamente del sol, no lo irradia la tierra como en verano; y, cuando sentimos sus rayos sobre la espalda mientras atravesamos a pie algún valle nevado, agradecemos esta benevolencia especial y bendecimos al sol que nos ha seguido en este paseo.

Este fuego subterráneo tiene su altar en el pecho de cada hombre, pues en el día más frío y en la colina más inclemente el viajero abriga entre los pliegues de su capa un fuego más tibio que el que arde en ningún hogar. Un hombre sano, en realidad, es el complemento de las estaciones y, en invierno, lleva el verano en su corazón. Allí está el sur; hacia allí han migrado todos los pájaros e insectos, y alrededor del tibio manantial de su pecho se reúnen el tordo y la alondra.

Al final, al llegar al comienzo del bosque y después de dejar atrás el pueblo, entramos bajo su protección, como si cruzáramos el umbral y entráramos en una casa toda revestida y llena de nieve. Sigue hermoso y cálido, tan tibio y alegre como en verano. Nos detenemos en medio de los pinos, bajo una luz a cuadros, titilante, que se abre paso sólo un poco por este laberinto, y nos preguntamos si las ciudades habrán oído alguna vez su sencilla historia. Da la sensación de que ningún viajero lo ha explorado jamás, y por más que la ciencia revele maravillas todos los días en todas partes, ¿a quién no le gustaría

escuchar sus anales? Los humildes pueblos de la llanura son su contribución. Sacamos del bosque las tablas que nos cobijan y la leña que nos calienta. ¡Qué importantes son los árboles de hojas perennes en invierno, ese trozo de verano que no se desvanece en todo el año, la hierba que no se marchita! Así de simple, con poco gasto de altitud, es la diversidad de la superficie de la tierra. ¿Qué sería de la vida humana sin bosques, sin esas ciudades naturales? Desde la cumbre de las montañas parecen jardines de césped recién cortado, ¿pero adónde iríamos a caminar si no entre estas plantas más altas?

En este claro umbroso cubierto de arbustos de un año, vemos cómo el polvo plateado yace sobre todas las hojas y ramas secas, depositado en formas tan infinitas y lujosas que su misma variedad expía la falta de color. Observad las diminutas huellas de los ratones alrededor de cada tronco y las huellas triangulares de los conejos. Mientras un cielo puro y elástico está suspendido sobre toda la escena, como si las impurezas de la bóveda estival, refinadas y encogidas por el casto frío del invierno, hubieran sido aventadas de los cielos sobre la tierra.

En esta estación, la naturaleza desbarata sus distinciones de verano. El cielo parece estar más cerca de la tierra. Los elementos son menos reservados y definidos. El agua se convierte en hielo, la lluvia en nieve. El día es una noche escandinava. El invierno es un verano ártico.

Cuánto más vivos son los seres que viven en la naturaleza, los animales cubiertos de pelaje que sobreviven a las noches gélidas en medio de los campos y los bosques cubiertos de hielo y nieve... ¡y ven salir el sol!

Los páramos sin comida
que hacen salir a sus pardos habitantes.

La ardilla gris y el conejo son rápidos y juguetones en los valles lejanos, incluso en la mañana de un viernes frío. Aquí está nuestra Laponia y nuestro Labrador, ¿y acaso para nuestros esquimales y knistenaux, indios Costillas de Perro, habitantes de Nueva Zembla y de las islas Spitzberg, no tenemos al cortador de hielo y al leñador, el zorro, la rata almizclera y la nutria?

Aun así, en medio del día ártico, quizá podamos seguir al verano hasta su refugio y comprender un poco la vida contemporánea. Si nos asomamos a los arroyuelos, en medio de las praderas heladas, puede que observemos las guaridas submarinas de las larvas del frígano; sus cápsulas cilíndricas, que las envuelven, hechas de plumas, ramitas, hierbas, hojas secas, cáscaras y guijarros, se parecen en forma y color a los restos de un naufragio diseminados por el fondo. Ora flotan sobre las piedras del fondo, ora giran en diminutos remolinos, caen por algún salto de agua, viajan deprisa con la corriente o se balancean de un lado a otro de una hoja o una raíz. Más tarde abandonarán sus habitáculos sumergidos y subirán reptando por los tallos de las plantas y emergerán sobre la superficie como mosquitos, como insectos perfectos que de ahora en adelante volarán sobre el agua o sacrificarán su corta vida en la llama de nuestras velas nocturnas. En lo profundo de aquel pequeño valle, los arbustos se inclinan bajo su peso, y el rojo de los siálidos contrasta con la tierra blanca. Aquí tenemos las marcas de una miríada de patas que ya han estado en otras partes. El sol se levanta con tanto orgullo sobre esta cañada como sobre el valle del Sena o el Tíber, y parece la residencia de un valor tan puro y autosuficiente como nunca se ha visto, que jamás ha conocido la derrota ni el miedo. Aquí reina la sencillez y la pureza de una era primitiva, y una salud y una esperanza muy alejadas de los pueblos y ciudades. En la profundidad del bosque, completamente solos, mientras el viento sacude la nieve de los árboles y dejamos detrás las únicas huellas humanas, vemos que nuestras reflexiones son mucho más variadas que las de la vida de las ciudades. Los paros y repatroncos son una compañía más inspiradora que la de los estadistas y los filósofos, y regresaremos a esta última como quien vuelve a una compañía más vulgar. En este pequeño valle solitario, con su arroyuelo que fluye por la ladera, el hielo estriado y los cristales de todos los matices, donde los abetos y pinabetes se elevan a ambos lados, y los juncos y la avena silvestre crecen en medio del riachuelo, nuestra vida es más serena y digna de contemplar.

A medida que avanza el día, las laderas reflejan el calor del sol, y oímos una música débil pero dulce allí donde fluye el arroyuelo liberado de su cautiverio y se derriten los

carámbanos de hielo sobre los árboles; vemos y oímos al pájaro trepatroncos y a la perdiz. El viento del sur funde la nieve al mediodía; aparece el campo desnudo con su hierba y sus hojas marchitas, y el aroma que exhala nos da el mismo vigor que una comida fuerte.

Entremos en la cabaña abandonada del leñador y veamos cómo ha pasado las largas noches de invierno y los días cortos y tormentosos. Porque aquí el hombre ha vivido protegido por la ladera sur y parece un sitio civilizado y público. Hacemos las mismas asociaciones que el viajero cuando se detiene en las ruinas de Palmira o Hecatómpolis. Quizá han empezado a aparecer flores y pájaros que cantan, porque las flores y las hierbas siguen los pasos del hombre. Estos pinabetes susurraban por encima de su cabeza, estos nogales americanos eran su combustible y estos pinos resinosos encendían su fuego; el riachuelo humeante en la hondonada de allí, cuyo vapor insustancial y transparente sigue ascendiendo con el mismo ajetreo de siempre, fue su pozo, aunque ahora esté lejos. Estas ramas de pinabete y la paja sobre la plataforma elevada eran su cama; y bebía de este plato roto. Pero es evidente que esta temporada no ha estado aquí, porque los aguadores han anidado sobre este estante el verano pasado. Encuentro algunas ascuas, como si acabara de marcharse, donde cocía sus alubias. Mientras por las noches fumaba en pipa, cuya cazoleta sin boquilla está tirada sobre las cenizas, conversaba con su único compañero, si por casualidad tenía alguno, sobre la profundidad que al día siguiente tendría la nieve, que ya caía rápida y copiosamente, o discutían si el último ruido era el chillido de un búho, el crujido de una rama o pura imaginación. Y a través del ancho hueco de la chimenea, cuando caía la noche invernal, antes de tumbarse sobre la paja, miraba hacia arriba para ver la evolución de la tormenta, y al ver las estrellas de la Silla de Casiopea brillando por encima de él, se dormía feliz.

¡Cuántos rastros han quedado que nos ayudan a saber la historia del leñador! Por este tocón podemos adivinar el filo de su hacha; por el ángulo del corte, si taló el árbol sin cambiar de lado o de mano; y por la curvatura de las astillas podemos saber hacia dónde cayó. Este trozo de madera tiene inscripta toda la historia del leñador y del mundo. En este trozo de papel, que contenía la sal o el azúcar o que era quizá el taco de su arma, leemos con interés, sentados sobre un tronco del bosque, el cotilleo de las ciudades, de esas cabañas más grandes, vacías y abandonadas como ésta, de las calles principales y avenidas. El alero del lado sur de este techo sencillo gotea, mientras el herrerillo pía en el pino y el tibio calor del sol sobre la puerta tiene algo de benévolo y humano.

Tras dos estaciones, esta morada primitiva no deforma el paisaje. Los pájaros ya recurren a ella para construir sus nidos, y se pueden ver las huellas de muchos cuadrúpedos que llegan hasta la puerta. De modo que durante mucho tiempo la naturaleza pasa por alto esta intromisión y profanación del hombre. El bosque todavía se hace eco alegre y confiado de los golpes del hacha que lo tumban y, mientras sean escasos, acrecienta su salvajismo y todos los elementos se esfuerzan en convertirlo en un ruido natural.

Ahora nuestra senda empieza a ascender gradualmente hacia la cumbre de este cerro alto, desde cuya pared sur podemos observar el amplio territorio que alberga al bosque, el campo y el río, y llega hasta las lejanas montañas nevadas. En esa dirección se divisa una delgada espiral de humo que asciende por el bosque desde alguna granja invisible, estandarte izado sobre una vivienda rural. Seguramente será un lugar más cálido y templado, puesto que detectamos el vapor que surge de un manantial y que forma una nube sobre los árboles. ¡Qué fantástica relación se establece entre el viajero que descubre esta columna etérea desde algún promontorio del bosque y quien está sentado allí debajo! El humo se eleva tan silenciosa y naturalmente como el vapor que exhalan las hojas y dibuja espirales con el mismo ajetreo que el ama de casa de debajo. Es un jeroglífico de la vida humana y sugiere cosas más íntimas e importantes que la cacerola que hierve. Allí donde la fina columna de humo se alza por encima del bosque, como una insignia, se ha asentado la vida humana; así comienza Roma, se establecen las artes y se fundan imperios, tanto en las praderas de América como en las estepas de Asia.

Y ahora volvemos a bajar hasta el margen de este lago del bosque, que yace en una hondonada de las colinas, como si fuera el zumo extraído de éstas y de las hojas que cada año

caen allí. Aunque sin entrada ni desembocadura a la vista, tiene su historia en la cadencia del oleaje, en los cantos rodados de la orilla y en los pinos que crecen junto al borde. A pesar de su sedentarismo, no ha estado ocioso, sino que, como Abu Musa, enseña que "estar tranquilamente en casa es el camino celestial, y salir, el camino mundano". No obstante, mediante la evaporación viaja más lejos que nadie. En verano es el ojo líquido de la tierra, un espejo en el seno de la naturaleza. Los pecados del bosque se lavan en él. Mirad cómo el bosque forma un anfiteatro a su alrededor, y él es su arena para todo lo que tiene de afable la naturaleza. Todos los árboles dirigen al viajero a sus orillas, todos los senderos lo buscan, los pájaros vuelan hacia allí, los cuadrúpedos corren hacia él, hasta el terreno mismo se inclina hacia el lago. Es el salón de la naturaleza, donde ésta se sienta a acicalarse. Considerad su silenciosa economía y orden; la forma en que el sol, mediante la evaporación, quita el polvo de la superficie todas las mañanas, de modo que surja una superficie fresca constantemente; y, al cabo de un año, pese a todas las impurezas que se han acumulado dentro, reaparece su líquida transparencia en primavera. En verano, una música silenciosa parece recorrer la superficie. Pero ahora, una capa de nieve lo oculta, salvo allí donde el viento ha barrido el hielo desnudo, y las hojas secas se deslizan de un lado a otro virando y girando en sus pequeños viajes. Una se ha encallado aquí, contra un guijarro de la orilla, una hoja seca de haya que todavía se mece como si fuera a zarpar de nuevo. Un patrón de barco talentoso, creo, podría trazar su curso desde que se cayó del árbol. Aquí están todos los elementos para el cálculo. Su posición actual, la dirección del viento, el nivel del agua del lago, y todo lo que se necesite. En sus bordes y nervaduras lastimados está enrollado su cuaderno de bitácora.

Nos imaginamos en el interior de una casa más grande. La superficie de la laguna es nuestra mesa de pino o nuestro suelo cubierto de arena, y el bosque que se eleva abruptamente desde la orilla son las paredes de la cabaña. Los sedales que tiramos para pescar lucios a través del hielo son una preparación culinaria más grande, y las personas, sobre el suelo blanco, parecen parte del mobiliario del bosque. Su actividad, a unos setecientos metros de distancia sobre el hielo y la nieve, nos impresiona como cuando leemos las hazañas históricas de Alejandro. Parecen dignos del paisaje, y tan trascendentes como la conquista de un reino.

Hemos vuelto a vagar por los arcos del bosque, hasta que, desde su límite, oímos el distante estampido del hielo de la bahía del río, como si lo movieran mareas distintas y más sutiles que las oceánicas. Para mí, tenía el extraño sonido del hogar, sobrecogedor como la voz de un pariente noble y lejano. Un sol suave de verano brilla sobre el bosque y el lago, y aunque hay sólo una hoja verde para muchas ramas, la naturaleza disfruta de una salud serena. Cada sonido está cargado de la misma misteriosa tranquilidad de la salud, tanto ahora con el crujido de las ramas de enero, como con el suave susurro del viento de julio.

Cuando el invierno orla las ramas
Con su fantástica guirnalda,
Y pone el manto de silencio
Sobre las hojas de ahí debajo;

Cuando el arroyo en su terraza
Se abre camino gorgoteando,
Y el ratón en su morada
Mordisquea el heno de la pradera;

Creo que el verano aún está cerca,
Y acecha debajo,
Donde está el mismo ratón acurrucado
En el brezo del año pasado.

Y acaso el paro desde la rama
Vuelva a trinar con suavidad.
La nieve es el manto del verano
Con el que él mismo se cubre la piel.

Bellos capullos engalanan los árboles
De los que cuelgan deslumbrantes frutos;
El viento del norte suspira una brisa estival

para protegerlos de la helada penetrante.

Traedme buenas nuevas,
Que yo soy todo oídos,
Para una serena eternidad
Que no teme al frío.

El hielo cruje inquieto
Sobre la superficie de la laguna,
Y los duendes hacen alegres cabriolas
En medio del tumulto ensordecedor.

Me apresuro impaciente hacia el valle,
Como si oyera excelentes noticias
De un gran festival que celebra la naturaleza
Y que no puedo perderme.

Retozo con mi vecino el hielo,
Y el temblor amable de cada nueva grieta
se abre veloz
sobre el lago jubiloso.

Junto con el grillo
Y las ramas del hogar
Resuenan en el sendero del bosque
Esporádicos sonidos familiares.

Antes de que caiga la noche emprenderemos viaje sobre patines por el curso de este río serpenteante, tan lleno de novedades para quien se pasa los días de invierno sentado al amor de la lumbre de la cabaña, como si se marchara a los hielos polares con el capitán Parry o con Franklin. Seguir los meandros de su curso, que ora fluye entre colinas, ora se expande sobre bellas praderas, y forma una miríada de ensenadas y bahías dominadas por pinos y pinabetes. Los ríos fluyen por detrás de los pueblos, y vemos todo desde una perspectiva nueva y más salvaje. Los huertos y jardines llegan hasta él con una franqueza y falta de pretensiones que no tienen cerca de la carretera. Es el exterior y la frontera de la tierra. No hay contrastes violentos que ofendan nuestros ojos. La última cerca de la granja es una rama de sauce que se balancea y conserva aún su frescura, y aquí, al fin, desaparecen todas las cercas y ya no nos cruzamos con ningún camino. Ahora podemos internarnos en la región por el camino más llano y retirado, y, sin subir ninguna colina, ascendemos por amplias superficies planas hasta las praderas de las tierras altas. El fluir de un río es un ejemplo maravilloso de la ley de la obediencia; el sendero para un hombre anhelante, el camino por el que una bellota puede flotar segura con su carga. El rocío y la llovizna homenajean a las pequeñas cascadas ocasionales, cuyos precipicios no cambian el paisaje y atraen al viajero de cualquier parte. Desde su remoto interior, la corriente lo lleva por escalones anchos y fáciles, o por una suave pendiente, hacia el mar. Por lo tanto, como cede rápido y constantemente a las irregularidades del terreno, se asegura el camino más fácil.

Ahora nos acercamos al imperio de los peces; no existe ningún territorio de la naturaleza que esté completamente cerrado para el hombre en todos los momentos. Nuestros pies se deslizan deprisa sobre profundidades insondables, donde en verano nuestro sedal tienta a la mustela de río y al abadejo; y donde el majestuoso lucio acecha por los corredores que forman los juncos. Los pantanos profundos e impenetrables donde vadean las garzas y se agacha el avetoro se hacen permeables a nuestros veloces zapatos, como si se hubieran instalado mil vías férreas. De un impulso llegamos a la cabaña de la rata almizclera, el colono más antiguo, y la vemos huir bajo el hielo transparente, como un pez peludo, hacia su agujero en la orilla. Nos deslizamos rápidamente sobre praderas donde no hace mucho "el segador afiló su guadaña", a través de lechos de arándanos congelados que se mezclan con la hierba. Patinamos cerca de donde el mirlo, el papamoscas norteamericano y el tirano colgaron sus nidos sobre el agua y los avispones se instalaron en el arce del pantano. ¡Cuántos alegres pájaros cantores, siguiendo al sol, han partido de este nido de abedul plateado y buche de cardo! En el borde exterior del pantano está instalada la aldea sobremarina que nadie ha penetrado. En este árbol hueco, el pato silvestre cría a su pollada, y se escabulle cada día a buscar alimento entre los helechos.

En invierno, la naturaleza es un escaparate de curiosidades, lleno de especímenes secos en su posición y orden naturales. Las praderas y los bosques son un *hortus siccus*. Las hojas y las hierbas están perfectamente rígidas en el aire sin tornillos ni pegamento, y los nidos de los pájaros no están sobre ramas artificiales, sino donde ellos los han construido. Vamos a pie enjuto a inspeccionar el trabajo del verano en el espeso pantano, y vemos lo que han crecido los alisos, los sauces y los arces, testimonio de los soles calientes, los rocíos y lloviznas fertilizantes. Vemos los adelantos que han hecho las ramas en el lujuriante verano... más adelante estas yemas dormidas las ayudarán a elevarse un poco más hacia los cielos.

De vez en cuando vadeamos campos de nieve, bajo cuyas profundidades el río se pierde durante un trecho y reaparece a la derecha o a la izquierda, donde menos se lo espera; aún sigue su curso debajo, con un rumor ligero y estertóreo, como si también hubiera hibernado como el oso y la marmota, y nosotros hubiéramos seguido su débil huella de verano hasta donde se oculta, debajo de la nieve y el hielo. En un primer momento pensamos que los ríos se vacían y secan en pleno invierno, o que se congelan completamente hasta que la primavera los disuelve; pero su volumen ni siquiera ha disminuido, porque sólo un frío superficial se extiende sobre ellos. Miles de manantiales que alimentan los lagos y arroyos siguen fluyendo. Sólo dejan de manar unos pocos manantiales superficiales que se ocupan de llenar los embalses profundos. Los pozos de la naturaleza están debajo del hielo. Los arroyos de verano no se alimentan de nieve derretida, tampoco el segador sacia su sed sólo con esto. Los arroyos están crecidos cuando la nieve se funde en primavera porque el trabajo de la naturaleza se ha demorado; el agua se ha convertido en hielo y nieve, y las partículas son menos parejas y redondas, por lo que no encuentran su nivel tan pronto.

A lo lejos, sobre el hielo, entre el bosque de pinabetes y las colinas cubiertas de nieve, está el pescador de lucios con los sedales en alguna ensenada retirada, como un finlandés, con los brazos metidos en su capote; absorto en pensamientos nebulosos, níveos y escurridizos como peces; él mismo es un pez sin aletas, un poco separado de su cardumen; silencioso y erecto, parece hecho como para estar envuelto en nubes y nieves, como los pinos de la orilla. En estas escenas silvestres, los hombres están inmóviles o se mueven lenta y pesadamente por el paisaje, y han sacrificado la animación y vivacidad de los pueblos por la callada sobriedad de la naturaleza. Su presencia no hace menos salvaje el paisaje que el arrendajo o la rata almizclera, sino que es parte de él, tal como están representados los nativos en los viajes de los primeros navegantes, en Nootka Sound y en la costa noroeste, cubiertos de pieles antes de que un trozo de hierro los tentara a la locuacidad. Pertenece a la familia natural del hombre, y está plantado más hondo y con más raíces en la naturaleza que los habitantes de las ciudades. Acercaos a él y preguntadle por su suerte, y veréis que él también es un adorador de lo invisible. Escuchad con qué sincera deferencia y tono reverente habla del lucio del lago, al que nunca ha visto, su cardumen de lucios primitivo e ideal. Aún sigue conectado a la orilla, como enganchado a un sedal, y sin embargo recuerda la época en la que pescaba a través del hielo de la laguna, mientras los guisantes crecían en el huerto de su casa.

Mientras vagábamos, las nubes se han vuelto a reunir, y ahora unos copos de nieve dispersos empiezan a descender. Caen cada vez más rápido dejando fuera de la vista los objetos distantes. La nieve cae sobre todos los bosques y campos, sin dejarse ni una grieta: junto al río y la laguna, sobre la montaña y el valle. En este pacífico instante, los cuadrúpedos están recluidos en sus refugios y los pájaros, encaramados a sus ramas. No hay tanto ruido como cuando hace buen tiempo, pero todas las laderas, las paredes grises y las cercas, el hielo lustroso y las hojas que hasta entonces no estaban enterradas, se ocultan silenciosa y gradualmente, y se pierden las huellas de los hombres y los animales. La naturaleza reafirma su papel y borra los rastros del hombre con muy poco esfuerzo. He aquí cómo Homero describió lo mismo: "Los copos caen pesada y rápidamente en un día de invierno. Los vientos están adormecidos y la nieve cae sin cesar cubriendo la cumbre de las montañas, las colinas, las llanuras donde crecen los lotos y los campos cultivados. Cae también en las ensenadas y en la orilla del mar espumoso, pero las olas la derriten en silencio". La nieve empareja todas las cosas y las envuelve más profundamente en el

seno de la naturaleza, así como en el lento verano la vegetación trepa por la cornisa del templo y los torreones del castillo, y la ayuda a triunfar sobre el arte.

El áspero viento nocturno sopla por el bosque y nos advierte que volvamos sobre nuestros pasos, mientras el sol se oculta detrás de la tormenta cada vez más negra, y las aves buscan su varal y el ganado, su establo.

El extenuado buey trabajador
se detiene cubierto de nieve
y exige el fruto de su labor.

Aunque el invierno está representado en el almanaque como un anciano frente al viento y el aguanieve arrastrando su capa, preferimos considerarlo un alegre leñador, joven y de sangre caliente, tan entusiasta como el verano. La grandeza inexplorada de la tormenta mantiene al viajero animado. No bromea con nosotros, sino que mantiene una dulce seriedad. En invierno llevamos una vida más interior. Tenemos el corazón tibio y jovial, como una cabaña cubierta de nieve, con las puertas y ventanas semiocultas, pero de cuyas chimeneas surge alegremente el humo. Las tormentas que impiden salir aumentan la sensación de comodidad de nuestra casa, y en los días más fríos estamos contentos de sentarnos junto al hogar y ver el cielo por la chimenea, de disfrutar de la vida tranquila y serena que se puede tener en un rincón caldeado junto al fuego, mientras escuchamos el mugido del ganado allí fuera o el ruido del grano que se muele en algún granero distante durante toda la tarde. Sin duda, un médico talentoso podría determinar nuestro grado de salud observando cómo estos ruidos sencillos y naturales nos afectan. No gozamos de un lujo oriental, sino boreal, alrededor de tibias estufas y fuegos de leña, y miramos la sombra de las motas en los rayos del sol.

A veces nuestro destino se vuelve tan doméstico y familiarmente serio que puede hasta ser cruel, considerando que durante tres meses la suerte de la humanidad está envuelta en pieles. La Revelación Hebrea no tiene en cuenta toda esta jubilosa nieve. ¿No hay religión para las zonas templadas y frías? No conocemos escritura alguna que registre la benignidad pura de los dioses en una noche de invierno de Nueva Inglaterra. Jamás se han cantado sus alabanzas, sólo se ha menospreciado su turbulencia. La mejor escritura, después de todo, registra tan sólo una fe pobre. Sus santos viven en la reserva y la austeridad. Dejemos que un hombre valiente y devoto pase un año en los bosques de Maine o Labrador, y veamos si el Antiguo Testamento habla adecuadamente a su estado y experiencia desde el comienzo del invierno hasta que se disuelven los hielos.

Ahora comienza la larga noche de invierno alrededor del fogón del granjero, en la que los pensamientos de los moradores viajan muy lejos, y los hombres son, por naturaleza y necesidad, compasivos y generosos con todas las criaturas. Ahora, en la feliz resistencia al frío, el granjero recoge su recompensa, piensa en su preparación para el invierno y ve con ecuanimidad por los cristales brillantes “la mansión del oso del norte”, porque ahora la tormenta ha pasado,

La esfera completa y etérea,
descubriendo a la vista infinitos mundos,
brilla con vehemente intensidad; y toda la bóveda
titila su estrellado resplandor de polo a polo.

Caminar[*]

Quiero decir unas palabras en favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Desearía hacer una declaración radical, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes campeones de la civilización; el clérigo, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargaréis de defenderla.

En el curso de mi vida me he encontrado sólo con una o dos personas que comprendiesen el arte de Caminar, esto es, de andar a pie; que tuvieran el don, por expresarlo así, de *sauntering* [deambular]: término de hermosa etimología, que proviene de "persona ociosa que vagaba en la Edad Media por el campo y pedía limosna so pretexto de encaminarse *à la Sainte Terre*", a Tierra Santa; de tanto oírselo, los niños gritaban: "Va a *Sainte Terre*": de ahí, *saunterer*, peregrino. Quienes en su caminar nunca se dirigen a Tierra Santa, como aparentan, serán, en efecto, meros holgazanes, simples vagos; pero los que se encaminan allá son *saunterers* en el buen sentido del término, el que yo le doy. Hay, sin embargo, quienes suponen que la palabra procede de *sans terre,* sin tierra u hogar, lo que, en una interpretación positiva, querría decir que no tiene un hogar concreto, pero se siente en casa en todas partes por igual. Porque éste es el secreto de un deambular logrado. Quien nunca se mueve de casa puede ser el mayor de los perezosos; pero el *saunterer*, en el recto sentido, no lo es más que el río serpenteante que busca con diligencia y sin descanso el camino más

[*] "Walking", *The Atlantic Monthly*, vol. IX, núm. 56, junio de 1862. Este texto procede mayormente de las anotaciones de Thoreau en su diario y en apuntes de excursiones desde 1850. Es uno de los textos más bellos de Thoreau y uno de los más populares. Es a partir de "Walking" que sus textos discurrirán ya sobre la naturaleza misma, tratando de poner su literatura al servicio de ella.

directo al mar. Sin embargo, yo prefiero la primera etimología, que en realidad es la más probable. Porque cada caminata es una especie de cruzada, que algún Pedro el Ermitaño predica en nuestro interior para que nos pongamos en marcha y reconquistemos de las manos de los infieles esta Tierra Santa.

La verdad es que hoy en día no somos, incluidos los caminantes, sino cruzados de corazón débil que acometen sin perseverancia empresas inacabables. Nuestras expediciones consisten sólo en dar una vuelta, y al atardecer volvemos otra vez al lugar familiar del que salimos, donde tenemos el corazón. La mitad del camino no es otra cosa que desandar lo andado. Tal vez tuviéramos que prolongar el más breve de los paseos, con imperecedero espíritu de aventura, para no volver nunca, dispuestos a que sólo regresasen a nuestros afligidos reinos, como reliquias, nuestros corazones embalsamados. Si te sientes dispuesto a abandonar padre y madre, hermano y hermana, esposa, hijo y amigos, y a no volver a verlos nunca; si has pagado tus deudas, hecho testamento, puesto en orden todos tus asuntos y eres un hombre libre; si es así, estás listo para una caminata.

Para ceñirme a mi propia experiencia, mi compañero y yo –porque a veces llevo un compañero–, disfrutamos imaginándonos miembros de una orden nueva, o mejor, antigua: no somos Caballeros, ni jinetes de cualquier tipo, sino Caminantes, una categoría, espero, aún más antigua y honorable. El espíritu caballeresco y heroico que en su día correspondió al jinete parece residir ahora –o quizá haber descendido sobre él– en el Caminante; no el Caballero, sino el Caminante Andante. Un a modo de cuarto estado, independiente de la Iglesia, la Nobleza y el Pueblo.

Hemos notado que, por la zona, somos casi los únicos en practicar este noble arte; aunque, a decir verdad, a la mayoría de mis vecinos, al menos si se da crédito a sus afirmaciones, les gustaría mucho pasear de vez en cuando como yo, pero no pueden. Ninguna riqueza es capaz de comprar el necesario tiempo libre, la libertad y la independencia que constituyen el capital en esta profesión. Sólo se consiguen por la gracia de Dios. Llegar a ser caminante requiere un designio directo del Cielo. Tienes que haber nacido en la familia de los Caminantes. *Ambulator nascitur, non fit* [el caminante nace, no se hace].

Cierto es que algunos de mis conciudadanos pueden recordar, y me las han descripto, ciertas caminatas que dieron diez años atrás y en las que fueron bendecidos hasta el punto de perderse en los bosques durante media hora; pero sé muy bien que, por más pretensiones que alberguen de pertenecer a esta categoría selecta, desde entonces se han limitado a ir por la carretera. Sin duda durante un momento se sintieron exaltados por la reminiscencia de un estado de existencia previo, en el que incluso ellos fueron habitantes de los bosques y proscriptos.

Al llegar al verde bosque,
Una alegre mañana,
Oyó el canto de las aves,
Sus notitas felices.

Hace mucho, dijo Robin,
La última vez que aquí estuve,
Aceché para tirar
Contra el oscuro ciervo.

Creo que no podría mantener la salud ni el ánimo sin dedicar al menos cuatro horas diarias, y habitualmente más, a deambular por bosques, colinas y praderas, libre por completo de toda atadura mundana. Podéis decirme, sin riesgo: “Te doy un penique por lo que estás pensando”; o un millar de libras. Cuando recuerdo a veces que los artesanos y los comerciantes se quedan en sus establecimientos no sólo la mañana entera, sino también toda la tarde, sin moverse, tantos de ellos, con las piernas cruzadas, como si las piernas se hubieran hecho para sentarse y no para estar de pie o caminar, pienso que son dignos de admiración por no haberse suicidado hace mucho tiempo.

A mí, que no puedo quedarme en mi habitación ni un solo día sin empezar a entumecerme y que cuando alguna vez he robado tiempo para un paseo a última hora –a las cuatro, demasiado tarde ya para amortizar el día, cuando comienzan ya a confundirse las sombras de la noche con la luz diurna– me he sentido como si hubiese cometido un pecado que debiera expiar, confieso que me asombra la capacidad de resistencia, por no mencionar la insensibilidad moral, de mis vecinos, que

se confinan todo el día en sus talleres y sus oficinas, durante semanas y meses, e incluso años y años. No sé de qué pasta están hechos, sentados ahí ahora, a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte puede hablar del valor de las tres de la madrugada, pero eso no es nada comparado con el valor necesario para quedarse sentado alegremente a la misma hora de la tarde, cara a cara con uno mismo, con quien se ha estado tratando toda la mañana, intentando rendir por hambre una guarnición a la que uno está ligado con tan estrechos lazos de simpatía. Me maravilla que hacia esa hora o, digamos, entre las cuatro y las cinco, demasiado tarde para los periódicos de la mañana y demasiado pronto para los vespertinos, no se escuche por toda la calle una explosión general, que esparza a los cuatro vientos una legión de ideas y chifladuras anticuadas y domésticas para renovar el aire... ¡y al diablo con todo!

No sé cómo lo soportan las mujeres, que están aún más recluidas en casa que los hombres; aunque tengo motivos para sospechar que la mayor parte de ellas no lo *soporta* en absoluto. Cuando, en verano, a primera hora de la tarde, nos sacudimos el polvo de la ciudad de los faldones del traje, pasando raudos ante esas casas de fachada perfectamente dórica o gótica, mi acompañante me susurra que lo más probable es que a esas horas todos sus ocupantes estén acostados. Es entonces cuando aprecio la belleza y la gloria de la arquitectura, que nunca se recoge, sino que permanece siempre erguida, velando a los que dormitan.

Sin duda, el temperamento y, sobre todo, la edad tienen mucho que ver con todo esto. A medida que un hombre envejece, aumenta su capacidad para quedarse quieto y dedicarse a ocupaciones caseras. Se hace más vespertino en sus costumbres conforme se aproxima el atardecer de la vida, hasta que al final se pone en marcha justo antes de la puesta del sol y pasea cuanto necesita en media hora.

Pero el caminar al que me refiero nada tiene en común con, como suele decirse, hacer ejercicio, al modo en que el enfermo toma su medicina a horas fijas, como el subir y bajar de las pesas o los columpios, sino que es en sí mismo la empresa y la aventura del día. Si queréis hacer ejercicio, id en busca de las fuentes del alma. ¡Pensar que un hombre levante pesas para conservar la salud, cuando esas fuentes borbotean en lejanas praderas a las que no se le ocurre acercarse!

Aún más, tienes que andar como un camello, del que se dice es el único animal que rumia mientras marcha. Cuando un viajero pidió a la criada de Wordsworth que le mostrase el estudio de su patrón, ella le contestó: "Ésta es su biblioteca, pero su estudio está al aire libre."

Vivir mucho al aire libre, al sol y al viento, produce, sin duda, cierta dureza de carácter, desarrolla una gruesa callosidad sobre las cualidades más delicadas de nuestra naturaleza, igual que curte el rostro y las manos y, como el trabajo manual duro, priva a éstas de algo de su sensibilidad táctil. Pero, en cambio, quedarse en casa puede producir en la piel suavidad y finura, por no decir debilidad, acompañadas de una sensibilidad mayor ante ciertas impresiones. Quizá fuéramos más sensibles a algunas influencias importantes para nuestro crecimiento intelectual y moral si sobre nosotros brillase un poco menos el sol y soplase algo menos el viento; y no hay duda de que constituye un bonito asunto determinar la proporción correcta entre piel gruesa y piel fina. Pero me parece que se trata de una costra que caerá rápidamente, que la solución natural ha de hallarse en la proporción de día que puede aguantar la noche; de verano, el invierno; de experiencia, el pensamiento. Habrá mucho más aire y más sol en nuestras mentes. Las palmas duras del trabajador están versadas en más finos tejidos de dignidad y heroísmo, cuyo tacto conmueve el corazón, que los dedos lánguidos de ociosidad. Que sólo la sensiblería se pasa el día en la cama y se cree blanca, lejos del bronceado y los callos de la experiencia.

Cuando caminamos, nos dirigimos naturalmente hacia los campos y los bosques: ¿qué sería de nosotros si sólo paseásemos por un jardín o por una avenida? Algunas sectas filosóficas han sentido incluso la necesidad de acercar hasta sí los bosques, ya que no iban a ellos. "Plantaron arboledas y avenidas de arces", donde daban *subdiales ambulation es* [paseos al aire libre] por atrios descubiertos. De nada sirve, por descontado, dirigir nuestros pasos hacia los bosques, si no nos llevan allá. Me alarmo cuando ocurre que he caminado físicamente una milla hacia los bosques sin estar yendo hacia ellos en espíritu.

En el paseo de la tarde me gustaría olvidar todas mis tareas matutinas y mis obligaciones con la sociedad. Pero a veces no puedo sacudirme fácilmente el pueblo. Me viene a la cabeza el recuerdo de alguna ocupación, y ya no estoy donde mi cuerpo, sino fuera de mí. Querría retornar a mí mismo en mis paseos. ¿Qué pinto en los bosques si estoy pensando en otras cosas? Sospecho de mí mismo, y no puedo evitar un estremecimiento, cuando me sorprendo tan enredado, incluso en lo que llamamos buenas obras... que también sucede a veces.

Mi región ofrece gran número de paseos espléndidos; y aunque durante muchos años he caminado prácticamente cada día, y a veces durante varios días, aún no los he agotado. Un panorama completamente nuevo me hace muy feliz, y sigo encontrando uno cada tarde. Dos o tres horas de camino me llevan a una zona tan desconocida como siempre espero. Una granja solitaria que no haya visto antes resulta a veces tan magnífica como los dominios del rey de Dahomey. La verdad es que puede percibirse una especie de armonía entre las posibilidades del paisaje en un círculo de diez millas a la redonda –los límites de una caminata vespertina– y la totalidad de la vida humana. Nunca acabas de conocerlos por completo.

En la actualidad, casi todas las llamadas mejoras del hombre, como la construcción de casas y la tala de bosques y de todos los árboles de gran tamaño, no hacen sino deformar el paisaje y volverlo cada vez más doméstico y vulgar. ¡Un pueblo que comenzase por quemar las cercas y dejar en pie el bosque...! He visto los cercados medio consumidos, perdidos sus restos en medio de la pradera, y un miserable profano ocupándose de sus lindes, con un topógrafo, mientras la gloria se manifestaba en su derredor y él no veía los ángeles yendo y viniendo, sino que se dedicaba a buscar el viejo hoyo de un poste en medio del paraíso. Volví a mirar, y lo vi de pie en medio de un tenebroso pantano, rodeado de diablos; y no hay duda de que había encontrado la linde, tres piedrecillas allí donde había estado hincada una estaca; y mirando más de cerca, vi que el Príncipe de las Tinieblas era el agrimensor.

Saliendo de mi propia puerta, puedo caminar con facilidad diez, quince, veinte, cuantas millas sean sin pasar cerca de casa alguna, sin cruzar un camino, excepto los que trazan el zorro y el visón; primero, a lo largo del río, luego, del arroyo, y después, por la pradera y el lindero del bosque. Hay en los alrededores muchas millas cuadradas sin habitantes. Desde más de un otero puedo ver a lo lejos la civilización y las viviendas humanas. Los granjeros y sus labores resultan apenas más perceptibles que las marmotas y sus madrigueras. Me complace ver cuán pequeño espacio ocupan en el paisaje el hombre y sus asuntos, la iglesia, el estado y la escuela, los oficios y el comercio, las industrias y la agricultura; incluso el más alarmante de todos, la política. La política no es más que un estrecho campo, al que conduce un camino aún más estrecho. A veces encamino allí al viajero. Si quieres ir al mundo de la política, sigue la carretera, sigue a ese mercader, trágate el polvo que levanta, y te conducirá derecho allí; porque también ese mundo es limitado, no lo ocupa todo. Yo paso ante él como ante un campo de habas en el bosque, y lo olvido. En media hora puedo llegar a alguna porción de la superficie terrestre que no haya pisado pie humano durante un año y donde, por lo tanto, no hay política, que es sólo como el humo del cigarro de un hombre.

El pueblo, la villa, es el lugar al que se dirigen las carreteras, una especie de expansión del camino, como un lago respecto de un río. Es el cuerpo del que las carreteras son los brazos y piernas: un sitio trivial o quadrivial, lugar de paso y fonda barata para los viajeros. La palabra proviene del latín *villa*, que Varrón hace proceder, junto con *via*, camino, de *veho*, transportar, porque la villa es el lugar al que (y desde el que) se transportan cosas. Para los que se ganaban la vida como arrieros se utilizaba la expresión *vellaturam facere* [transportar mercancías por dinero]. La misma procedencia tienen el término latín *vilis* y nuestro "vil"; y también "villano". Lo que sugiere el tipo de degeneración con que se relacionaba a los pueblerinos, exhaustos, aun sin viajar, por el tráfico que discurría a través y por encima de ellos.

Hay quien no camina nada; otros, lo hacen por carretera; unos pocos, atraviesan fincas. Las carreteras se han hecho para los caballos y los hombres de negocios. Yo viajo por ellas relativamente poco, porque no tengo prisa en llegar a ninguna venta, tienda, cuadra de alquiler o almacén al que lleven. Soy buen caballo de viaje, pero no por carretera. El paisajista, para

indicar una carretera, usa figuras humanas. La mía no podría utilizarla. Yo me adentro en la Naturaleza, como lo hicieron los profetas y los poetas antiguos, Manu, Moisés, Homero, Chaucer. Podéis llamar a esto América, pero no es América; no la descubrió Américo Vespucio, ni Colón, ni ninguno de los otros. Hay más verdad sobre lo que yo he visto en la mitología que en ninguna de las denominadas historias de América.

Sin embargo, existen unos pocos caminos antiguos por los que se puede andar con provecho, como si condujesen a alguna parte –ahora que se encuentran prácticamente cortados–. Como la Antigua Carretera de Marlborough, que ya no llega a Marlborough, me parece, a menos que el lugar al que me conduce sea Marlborough. Hablar aquí de ella es mucho atrevimiento, porque supongo que hay una o dos así en cada lugar.

La antigua carretera de Marlborough

Donde una vez cavaron en busca de riquezas
Mas nunca hallaron nada,
Donde marciales huestes desfilaron un día
–También Elijah Wood–,
Temo que inútilmente.
No queda nadie excepto
Perdices y conejos,
Excepto Elisha Dugan,
El de hábitos salvajes,
Que desdeña la prisa,
Sólo atiende a sus trampas
Y vive en soledad,
Pegado a lo que importa,
Donde es dulce la vida
Y buena la comida.
Cuando la primavera
Me remueve la sangre
Con instintos viajeros,
Bastante grava tiene
La Antigua Carretera
Que a Marlborough llevó.
No la repara nadie,

Para nadie discurre,
Es un camino vivo,
Que dicen los cristianos.
No hay muchos que lo tomen
Sólo los invitados
De Quin el irlandés.
Otra cosa no es
Sino por donde irse,
La posibilidad
De llegar a algún sitio.
Grandes mojones pétreos,
Pero ningún viajero,
Cenotafios de pueblos
Con su nombre tallado.
Averiguar quisieras
Cuál podría ser el tuyo.
¿Qué rey lo levantó
–Aún me estoy preguntando–,
Cómo y dónde se irguió
Y por qué concejales,
Gourgas, Lee, Clark o Darby?
Para ser algo eterno
Se esforzaron sin tasa
Pétreas, borradas lápidas,
Donde un viajero puede
Quejarse y en palabras
Grabar lo que ha aprendido
Para que otro lo lea
Si está necesitado.
Yo sé de una o dos líneas
Que quisiera escribir.
Literatura apta
Para perpetuarse
A través de estas tierras;
Y poder recordar
El próximo diciembre,
Y luego, en primavera,
Tras el deshielo, leer.
Si, con la fantasía

Al viento, te despides,
Puedes dar la vuelta al mundo
Por la Antigua Carretera
Que una vez llevó hasta Marlborough.

En la actualidad, la mayor parte de la tierra en esta región no es de propiedad privada; el paisaje no pertenece a nadie y el caminante goza de relativa libertad. Pero puede que llegue el día en que la compartimenten en lo que llaman fincas de recreo, donde sólo una minoría obtendrá un disfrute restringido y exclusivo, cuando se hayan multiplicado las cercas, los cepos y otros ingenios inventados para mantener a los hombres en la carretera *pública*, y caminar por la superficie de la tierra de Dios se considere un intento de allanar las tierras de unos pocos caballeros. Disfrutar de algo en exclusiva implica por lo general excluirte de su auténtico disfrute. Aprovechemos nuestras oportunidades antes de que llegue el día aciago.

¿Por qué resulta a veces tan arduo decidir hacia dónde caminar? Creo que existe en la Naturaleza un sutil magnetismo y que, si cedemos inconscientemente a él, nos dirigirá correctamente. No da igual qué senda tomemos. Hay un camino adecuado, pero somos muy propensos, por descuido y estupidez, a elegir el erróneo. Nos gustaría tomar ese buen camino, que nunca hemos emprendido en este mundo real y que es símbolo perfecto del que desearíamos recorrer en el mundo ideal e interior; y si a veces hallamos difícil elegir su dirección, es –con toda seguridad– porque aún no tiene existencia clara en nuestra mente.

Cuando salgo de casa a caminar sin saber todavía a dónde dirigir mis pasos y sometiéndome a lo que el destino decida en mi nombre, me encuentro, por raro y extravagante que pueda parecer, con que, final e inevitablemente, me encamino al sudoeste, hacia un bosque, un prado, un pastizal abandonado o una colina que haya en esa dirección. Mi aguja es lenta en fijarse: oscila unos pocos grados, no siempre señala directamente al sudoeste, es cierto, y tiene criterio propio respecto a esta variación, pero siempre se estabiliza entre el oeste y el sudoeste. El futuro me tiende ese camino, y la tierra parece, por ese lado, más inagotada y generosa. El esquema que perfilarían mis caminatas no sería un círculo, sino una parábola o, mejor, como una de esas órbitas cometarias que se consideran curvas de no retorno, abriéndose en este caso hacia el oeste y en la que mi casa ocuparía el lugar del sol. A veces doy vueltas de un lado para otro, incapaz de decidirme, durante un cuarto de hora, hasta que resuelvo, por milésima vez, caminar hacia el suroeste o el oeste. En dirección a levante sólo voy a la fuerza; pero hacia el oeste camino libremente. Ningún asunto me lleva allí. Me resulta difícil creer que pueda encontrar paisajes bellos o suficiente naturaleza salvaje y libertad tras el horizonte oriental. No me emociona la perspectiva de dirigirme hacia él; en cambio, me parece que el bosque que veo en el occidental se extiende sin interrupción hacia el sol poniente y que no alberga ciudades lo bastante grandes como para molestarme. Dejadme vivir donde quiera; aquí está la ciudad, allá la naturaleza; cada vez abandono más la primera para retirarme al estado salvaje. No haría tanto hincapié en ello si no creyese que algo similar constituye la tendencia predominante entre mis compatriotas. Debo caminar hacia Oregón, no hacia Europa. El país está moviéndose en la misma dirección; y cabría decir que la humanidad progresa de este a oeste. En unos pocos años hemos asistido, en la colonización de Australia, al fenómeno de una emigración hacia el sudeste; pero esto nos parece un movimiento retrógrado y, a juzgar por el carácter moral y físico de la primera generación de australianos, el experimento todavía no ha tenido éxito. Los tártaros orientales piensan que al oeste del Tíbet no hay nada. "El mundo acaba allí", dicen; "más allá sólo hay un mar sin orillas". Habitan un oriente sin remedio.

Nosotros vamos al este a comprender la historia y a estudiar las obras del arte y de la literatura, rehaciendo los pasos de la raza; al oeste, nos dirigimos como hacia el futuro, con espíritu de iniciativa y aventura. El Atlántico es el río Leteo, al atravesar el cual hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, quizá haya a la izquierda otra posibilidad para la raza, antes de llegar a las orillas de la Estigia: en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

Ignoro si resulta muy significativo o hasta qué punto constituye una prueba de singularidad que un individuo coincida en sus paseos más insignificantes con el movimiento general de la raza, pero sé que algo semejante al instinto migratorio de aves y cuadrúpedos –que, como se sabe, en ciertos casos ha afectado a la familia de las ardillas, empujándolas a un desplazamiento generalizado y misterioso, durante el que se las ha visto, dicen, cruzar los ríos más anchos, cada una en su rama, con la cola desplegada como una vela, y tender puentes sobre los arroyos más estrechos con los cadáveres de sus compañeras–; que algo así como el *furor* que ataca al ganado doméstico en primavera, y que se atribuye a un gusano que tienen en el rabo, afecta tanto a las naciones como a los individuos, de forma permanente o de cuando en cuando. No es que grazne sobre nuestra ciudad una bandada de gansos salvajes, pero hasta cierto punto trastorna el valor actual de los bienes inmuebles; y, si yo fuera agente de la propiedad, probablemente tomara en cuenta semejante perturbación.

Cuando muchos más parten en peregrinación
Y viajan buscando costas desconocidas.

Cada anochecer al que asisto me inspira el deseo de marchar hacia un oeste tan lejano y hermoso como aquel en el que el sol se pone. Parece que el sol emigre cada día hacia occidente y nos invite a seguirlo. Es el Gran Pionero en camino al Oeste al que siguen las naciones. Soñamos toda la noche con aquellas cadenas montañosas del horizonte –aunque deben de ser sólo vapor–, las últimas que doraron sus rayos. Parece que la Atlántida y las islas y jardines de las Hespérides, algo así como un paraíso terrenal, fueron el Gran Oeste de los antiguos, envuelto en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en su imaginación, al contemplar el cielo del ocaso, los jardines de las Hespérides y el fundamento de todas aquellas fábulas?

Colón sintió la querencia del oeste con más fuerza que nadie antes que él. La obedeció y halló un Nuevo Mundo para Castilla y León. El rebaño humano olió desde lejos verdes pastos, en aquellos días.

Y el sol se acostó ya detrás de las colinas,
Y se hundió en la bahía occidental;
Y se elevó otra vez, y arrastró su azul manto;
Mañana, a verdes bosques y pastizales nuevos.

¿En qué lugar del mundo puede encontrase una zona de extensión igual a la que ocupa el conjunto de nuestros estados, tan fértil, rica y variada en sus productos y al mismo tiempo tan habitable para los europeos? Michaux, que la conocía en parte, dice que "las especies de árboles de gran tamaño son mucho más numerosas en Norteamérica que en Europa; en los Estados Unidos hay más de ciento cuarenta especies que sobrepasan los treinta pies de altura; en Francia no hay más que treinta que alcancen ese tamaño". Botánicos posteriores confirman sobradamente sus observaciones. Humboldt vino a América a verificar sus sueños juveniles sobre la vegetación tropical y la contempló en su mayor perfección en los bosques primitivos del Amazonas, la más gigantesca zona selvática de la Tierra, que tan elocuentemente describió. El geógrafo Guyot, que era europeo, fue más lejos, más de lo que estoy dispuesto a seguirle, aunque no cuando dice: "Así como la planta se hizo para el animal y el mundo vegetal para la fauna, América fue creada para el hombre del Viejo Mundo... El hombre del Viejo Mundo sigue su camino. Dejando las tierras altas de Asia, desciende, de etapa en etapa, hacia Europa. Cada uno de sus pasos viene señalado por una nueva civilización, superior a la precedente, por una mayor capacidad de desarrollo. Llegado al Atlántico, hace una pausa en la orilla de ese océano desconocido, cuyos límites ignora, y vuelve sobre sus pasos durante un momento". Cuando ha agotado el rico suelo europeo y se ha revigorizado, "reemprende su atrevida carrera hacia el oeste, como en las épocas anteriores". Hasta aquí, Guyot.

De esta toma de contacto del impulso hacia occidente con la barrera del Atlántico brotan el comercio y la iniciativa de los tiempos modernos. El joven Michaux, en su *Viajes al oeste de los Alleghanies en 1802*, dice que la pregunta común entre los recién asentados en el Oeste era: "¿De qué parte del mundo vienes?". Como si esas vastas y fértiles regiones fuesen por

naturaleza el lugar de encuentro y la patria común de todos los habitantes del planeta.

Para utilizar una obsoleta expresión latina, podría decir: *Ex Oriente lux; ex Occidente frux*. De Oriente, la luz; de Occidente, el fruto.

Sir Francis Head, viajero inglés y gobernador general de Canadá, nos dice que "en ambos hemisferios americanos, el septentrional y el meridional, la Naturaleza no se ha limitado a diseñar sus obras a mayor escala, sino que ha pintado todo el cuadro con colores más intensos y suntuosos que los utilizados para bosquejar el Viejo Mundo... Los cielos de América parecen infinitamente más altos, más azules; el aire, más puro; el frío, más intenso; la luna, más grande; las estrellas, más brillantes; el trueno, más sonoro; el relámpago, más vivaz; el viento, más potente; la lluvia, más fuerte; las montañas, más elevadas; los ríos, más largos; los bosques, mayores; las llanuras, más extensas". Esta declaración servirá por lo menos para enfrentarla a la relación de Buffon acerca de esta parte del mundo y sus producciones. Linneo dijo, hace mucho: "*Nescio quae facies laeta, glabra plantis americanis*: Hay un no sé qué de alegre y suave en el aspecto de las plantas americanas"; y me parece que en esta tierra no existen *africanae bestiae,* animales africanos, como los llamaban los romanos, o a lo sumo hay muy pocos, y que también a este respecto resulta particularmente apta para la habitación humana. Nos han contado que, cada año, en tres millas a la redonda del centro de Singapur, una ciudad de las Indias Orientales, los tigres matan a alguno de sus habitantes; en cambio, en casi cualquier lugar de Norteamérica puede el viajero acostarse por la noche en los bosques sin temor a los animales salvajes.

Son éstos testimonios alentadores. Si la luna parece mayor aquí que en Europa, probablemente suceda lo mismo con el sol. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, confío en que simbolicen la elevación a la que la filosofía, la poesía y la religión de sus moradores pueden algún día remontarse. Quizá el cielo inmaterial llegue por fin a parecerle a la mentalidad americana mucho más elevado, y las insinuaciones que lo constelan mucho más rutilantes. Porque creo que el clima tiene ese efecto sobre el hombre, del mismo modo que hay algo en el aire de las montañas que alimenta el espíritu e inspira. Con tales influencias, ¿no alcanzará el hombre mayor perfección tanto física como intelectual? ¿O acaso no importa cuántos días brumosos haya en su vida? Espero que seamos más imaginativos, que nuestros pensamientos sean más claros, más frescos y más etéreos, como nuestro cielo; nuestros conocimientos más amplios, como nuestras praderas; nuestro intelecto, en términos generales, de una escala mayor, como nuestros truenos, nuestros relámpagos, nuestros ríos, montañas y bosques; e incluso que nuestros corazones se correspondan en amplitud, profundidad y grandeza con nuestros mares interiores. Tal vez el viajero llegue a percibir en nuestros mismos rostros algo, un no se qué de *laeta* y *glabra*, de gozoso y sereno. ¿Con qué otro objeto se mueve el mundo y por qué se descubrió América? A los americanos huelga casi decirles:

La estrella del imperio sigue su camino hacia el oeste.

Como auténtico patriota, me avergonzaría pensar que Adán, en el Paraíso, tuviese una situación más favorable en términos generales que un rústico en este país.

En Massachusetts, nuestras simpatías no se limitan a Nueva Inglaterra; aunque podamos estar distanciados del Sur, simpatizamos con el Oeste. Ahí está el hogar de nuestros hijos más jóvenes; como entre los escandinavos, se hicieron a la mar para buscar su herencia. Es demasiado tarde para estar estudiando hebreo; es más importante entender incluso la jerga de hoy en día.

Hace algunos meses, acudí a ver un panorama del Rin. Era como un sueño medieval. Me deslicé flotando, con algo más que con la imaginación, por su histórica corriente bajo puentes construidos por los romanos y reparados por héroes posteriores; ante ciudades y castillos cuyos mismos nombres eran música a mis oídos, y cada uno de ellos, el tema de una leyenda. Allí estaban Ehrenbreitstein, y Rolandseck y Coblenza, que sólo conocía por la historia. Me interesaron sobre todo las ruinas. Una música callada, como de cruzados partiendo a Tierra Santa, parecía elevarse de las aguas y de las colinas y los valles

revestidos de viñedos. Flotaba, hechizado por un ensalmo, como si me hubieran transportado a una edad heroica y respirase la atmósfera caballeresca.

Poco después, fui a ver un panorama del Mississippi y, mientras remontaba trabajosamente el río a la luz de hoy en día, veía los vapores que cargaban madera, contaba las ciudades que surgían, miraba las recientes ruinas de Nauvoo y a los indios desplazándose hacia el oeste a través de la corriente; y al contemplar ahora el Ohio y el Missouri, como antes el Mosela, y al escuchar las leyendas de Dubuque y del acantilado de Winona –pensando más en el futuro que en el pasado o el presente– advertí que aquella era la misma corriente que la del Rin, pero de un tipo distinto: que aún faltaban por poner los cimientos de los castillos y por tender puentes famosos sobre el río; y sentí que *ésta es la auténtica edad heroica*, aunque no la reconozcamos, porque el héroe es normalmente el más sencillo y oscuro de los hombres.

El Oeste del que hablo no es sino otro nombre de lo salvaje; y a lo que quería llegar es a que la Naturaleza salvaje es lo que preserva el mundo. En busca de ella extienden los árboles sus fibras. Las ciudades la importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan por su causa. Desde el bosque y los territorios incultos llegan los tónicos y las cortezas que vigorizan a la humanidad. Nuestros antepasados eran salvajes. La historia de Rómulo y Remo amamantados por una loba no es una fábula sin sentido. Los fundadores de todos los estados que se han elevado hasta la eminencia extrajeron su alimento y su vigor de parecidas fuentes salvajes. Porque los hijos del Imperio no fueron amamantados por la loba, acabaron conquistados y desplazados por los hijos de los bosques septentrionales, que sí lo habían sido.

Soy partidario del bosque y de la pradera, y de la noche, cuando crece el maíz. Necesitamos una infusión de abeto del Canadá o *arbor vitae* [árbol de la vida] en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber para fortalecerse y hacerlo por mera glotonería.

Los hotentotes devoran con avidez el tuétano crudo del kudú y otros antílopes como cosa normal. Algunos de nuestros indios del norte se comen crudo el del reno ártico, así como otras partes, entre ellas las puntas de los cuernos, con tal de que estén tiernos. Y en este punto, quizá se hayan anticipado a los cocineros de París. Toman lo que habitualmente sirve para alimentar el fuego. Probablemente sea mejor para sacar adelante a un hombre que la carne de vaca estabulada y la de cerdo del matadero. Dadme una tierra inculta, cuya visión no pueda soportar civilización alguna... como si viviéramos de devorar crudo el tuétano de los kudús.

Hay ciertos claros, que ribetea el trino del zorzal, a los que yo emigraría: tierras salvajes donde ningún colono se ha asentado; para las cuales, creo, ya estoy aclimatado.

El cazador africano Cummings nos cuenta que la piel del eland, igual que la de la mayoría de los antílopes recién muertos, emite el más delicioso aroma a árboles y hierba. Desearía que todos los hombres fueran como antílopes salvaje, tan integrados en la Naturaleza que su propio cuerpo advirtiese de su presencia a nuestros sentidos de modo tan encantador y nos evocase aquellas zonas de la Naturaleza que más frecuentara. Ni se me ocurre ironizar cuando el chaquetón del trampero huele a rata almizclera; me resulta un olor más dulce que el que habitualmente exhalan las prendas de los comerciantes o las de los eruditos. Cuando entro en sus guardarropas y toco sus trajes, no me evocan las herbosas llanuras y las praderas floridas que han conocido, sino el polvo de las transacciones mercantiles y las bibliotecas.

Una piel bronceada es muy respetable, y quizás el aceitunado sea un color más adecuado que el blanco para un hombre... un habitante de los bosques. "¡El pálido hombre blanco!" No me extraña que el africano sintiese compasión por él. Dice Darwin, el naturalista: "Un hombre blanco bañándose al lado de un tahitiano era como una planta descolorida por el arte del jardinero, comparada con otra sana, verde oscuro, que creciera vigorosa en los campos abiertos".

Ben Jonson exclama:

¡Cuán próximo a lo bueno está lo bello!

De la misma manera, yo diría:

¡Cuán cercano a lo bueno es lo salvaje!

La vida está en armonía con lo salvaje. Lo más vivo es lo más salvaje. Aún no sometido al hombre, su presencia lo reconforta. Alguien que avanzara incesantemente, sin descansar nunca de sus tareas, que creciese deprisa y plantease infinitas exigencias a la vida, siempre se encontraría en un nuevo país o en un nuevo despoblado, rodeado de las materias primas de la vida. Treparía sobre los abatidos troncos de los árboles del bosque primitivo.

No hallo esperanza ni futuro para mí en los céspedes y los campos cultivados, ni en pueblos y ciudades, sino en los marjales impenetrables y movedizos. Cuando, antaño, analizaba mi predilección por alguna granja que había pensado comprar, descubría con frecuencia que lo único que me atraía era una pequeña extensión de unas pocas pérticas cuadradas de pantano impenetrable e insondable: un sumidero natural en un rincón. Esa era la joya que me deslumbraba. Obtengo más sustento de las marismas que rodean mi pueblo natal que de los jardines cultivados en su interior. No hay arriates más espléndidos a mis ojos que los densos macizos de andrómeda enana (*Cassandra calyculata*) que cubren esas zonas tiernas de la superficie de la tierra. La botánica no puede ir más allá de decirme los nombres de los arbustos que en ellas crecen: arándano, andrómeda paniculada, andrómeda marina, azalea y rododendro, erguidos en la trémula turba. A menudo pienso que me gustaría tener mi casa frente a esa masa de arbustos de un rojo apagado, sin otro macizo ni arriate de flores, sin el abeto trasplantado ni el elegante boj, incluso sin paseos de grava. (Poseer esta fértil parcela requeriría traer de fuera no pocas carretillas de tierra sólo para cubrir la arena que se extraería al excavar el sótano.) ¿Por qué no situar mi casa, mi sala de estar, detrás de este terreno, en lugar de tras esa exigua colección de curiosidades, ese pobre intento de Naturaleza y Arte al que llamo patio delantero? Cuesta mucho limpiar y adecentar cuando se van el albañil y el carpintero, aunque si se hace es tanto por el transeúnte como por el morador de la casa. Y ni siquiera el vallado de mejor gusto me ha parecido nunca un objeto de estudio agradable; los adornos más elaborados, los remates en bellota, o en lo que sea, me cansan y me repugnan enseguida. Adelantad, pues, vuestros alféizares hasta el límite mismo del marjal (aunque no sea lo mejor para mantener seco el sótano), y así los vecinos no podrán acceder por ese lado. Los patios delanteros no se han hecho para pasear, sino, en todo caso, para cruzarlos; podéis entrar por la parte posterior.

Sí. Aunque me consideréis un pervertido, si alguien me diese a elegir entre vivir en las proximidades del más bello jardín que ha conseguido el arte de los hombres o cerca de una lóbrega marisma, optaría sin duda por la marisma. ¡Cuán vanos, pues, en lo que a mí respecta, han sido todos vuestros trabajos, ciudadanos!

Mi ánimo se eleva en proporción exacta con la monotonía exterior. ¡Dadme el océano, el desierto o las tierras incultas! La soledad y el aire puro compensan en el desierto la falta de humedad y fertilidad. El viajero Burton, dice de él: “Tu *moral* mejora; te vuelves franco y cordial, hospitalario y resuelto... En el desierto, los licores espirituosos sólo provocan asco. Hay un vivo placer en la mera existencia animal”. Los que han pasado mucho tiempo viajando por las estepas de la Tartaria dicen: “Al volver a tierras cultivadas, nos agobiaba y nos sofocaba la agitación, el aturdimiento y el tumulto de la civilización; el aire nos parecía insuficiente y nos sentíamos a cada momento a punto de morir de asfixia”. Cuando quiero esparcimiento, busco el bosque más oscuro, la más densa, interminable y –para el ciudadano– triste marisma. Entro en un marjal como en un lugar sagrado, un sanctasanctórum. Ahí está la fuerza, el ápice de la Naturaleza. El bosque silvestre cubre el suelo virgen y la misma tierra es buena para hombres y para árboles. La salud de un hombre requiere tantos acres de prado a la vista como cargas de estiércol una granja. Son las poderosas sustancias de las que se alimenta. Una ciudad se salva tanto por sus hombres dignos como por los bosques y los pantanos que la rodean. Un municipio con un bosque primitivo meciéndose a un lado, y otro pudriéndose al lado contrario está en condiciones de producir no sólo maíz y patatas, sino también poetas y filósofos para las épocas venideras. En tierras así crecieron Homero, Confucio y los demás, y de una zona inculta semejante llegó el Reformador que se alimentaba de langostas y miel silvestre.

La conservación de la fauna salvaje exige, por lo general, la creación de un bosque en el que pueda vivir o que frecuente. Lo mismo sucede con el hombre. Hace cien años se vendía en nuestras calles la corteza arrancada en los bosques. En el aspecto mismo de esos árboles primitivos y robustos había, creo, un principio curtidor que endurecía y consolidaba la fibra de los pensamientos humanos. ¡Ay! Me estremece el presente de mi pueblo natal, degenerado en comparación, en el que hoy no se puede conseguir una carga de corteza de buen grosor, ni producimos ya brea ni aguarrás.

Las naciones civilizadas –Grecia, Roma, Inglaterra– han sido sustentadas por los bosques primitivos, que antiguamente se pudrían donde se levantaban. Sobreviven mientras no se agote la tierra. ¡Ay, el cultivo humano! Poco se puede esperar de una nación cuando agota el suelo vegetal y se ve obligada a hacer abono con los huesos de sus padres. Entonces, el poeta sólo se mantiene de sus grasas sobrantes y el filósofo se queda en los huesos.

Dicen que la labor del americano es "trabajar la tierra virgen" y que "aquí, la agricultura alcanza ya proporciones desconocidas en ningún otro lugar". Pienso que el granjero desplaza al indio precisamente porque protege la pradera y se hace así más fuerte, y en algunos aspectos, más natural. El otro día, estuve midiendo para un hombre una sencilla línea recta de 132 pérticas, a través de un marjal en cuya entrada podrían haberse escrito las palabras que Dante leyó sobre la de las regiones infernales: "Abandonad toda esperanza los que entráis" (de volver a salir alguna vez, se entiende); allí, en su propiedad, vi en una ocasión a mi patrón, aunque todavía era invierno, hundido literalmente hasta el cuello y nadando para salvar la vida. Tenía otra marisma similar que era imposible medir, porque estaba completamente sumergida; y, a pesar de todo, fiel a sus instintos, me comentó respecto a un tercer marjal que sí medí, desde lejos, que por nada del mundo se desharía de él, a causa del cieno que contenía. Y pretende hacer en su derredor una zanja, en lo que invertirá cuarenta meses, y salvarlo de esta forma con la magia de su pala. Me refiero a él sólo como ejemplo de un tipo de hombre.

Las armas con las que hemos ganado nuestras más importantes victorias, y que deberían legarse de padre a hijo como

reliquias familiares, no son la espada y la lanza, sino la guadaña, el cortador de turba, la pala y la azada para cieno, herrumbrados con la sangre de muchos prados y ennegrecidos por el polvo de muchos campos de dura batalla. Los propios vientos llevaron el maizal a la pradera e indicaron un camino que el indio no tuvo habilidad para seguir. Carecía de mejor herramienta con que aferrarse a la tierra que una concha de almeja. Pero el granjero está armado de arado y pala.

En literatura, sólo lo salvaje nos atrae. El aburrimiento no es sino otro nombre de la domesticación. Lo que nos deleita de *Hamlet* y *La Ilíada*, de todas las Escrituras y las mitologías, es la visión del mundo incivilizada, libre y natural, que no se aprende en las escuelas. Así como el ganso silvestre es más rápido y más bello que el doméstico, también lo es el pensamiento salvaje, pato real que vuela sobre los pantanos mientras cae el rocío. Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural y tan inesperada e inexplicablemente bello y perfecto como una flor silvestre descubierta en las praderas del Oeste o en las junglas orientales. El genio es una luz que hace visible la oscuridad, como el resplandor del relámpago, que tal vez haga añicos el templo mismo de la sabiduría, no de una vela encendida en el hogar de la raza que empalidece ante la luz del día ordinario.

La literatura inglesa, desde los tiempos de los juglares hasta los poetas de la región de los Lagos –entre ellos, Chaucer, Spenser, Milton, e incluso Shakespeare–, carece prácticamente, en este sentido, de aliento fresco y salvaje. Es, esencialmente, una literatura domesticada y civilizada, reflejo de Grecia y Roma. Sus parajes desérticos son un bosque lozano; su salvaje, un Robin Hood. Abunda en amor cordial por la Naturaleza, pero falta Naturaleza propiamente dicha. Sus crónicas nos informan sobre cuándo se extinguieron los animales salvajes, pero no de cuándo se extinguieron los hombres salvajes que la habitaban.

La ciencia de Humboldt es una cosa, la poesía otra. El poeta de hoy en día, pese a todos los descubrimientos científicos y la sabiduría acumulada por la humanidad, no disfruta de ventaja alguna sobre Homero.

¿Dónde está la literatura que dé expresión a la Naturaleza? Tendría que haber un poeta que pudiera someter los vientos y los ríos a su servicio, para que hablasen por él, que clavara

las palabras a sus significados primitivos, como clavan los granjeros en primavera las estacas que los hielos aflojaron; que rastreara el origen de los términos tan a menudo como los utilizase, que los transplantase a sus páginas con la tierra adherida a las raíces; cuyas palabras fueran tan auténticas, frescas y naturales que parecieran desarrollarse como los brotes cuando se acerca la primavera, aunque quedaran medio asfixiadas entre dos hojas mohosas, en una biblioteca, sí, para allí florecer y dar fruto anualmente, de acuerdo con su género, al lector fiel, en armonía con la Naturaleza circundante.

No sabría citar poema alguno que exprese adecuadamente este ansia por lo salvaje. Desde ese punto de vista, la mejor poesía resulta mansa. No sé en qué literatura, antigua o moderna, hallar un texto que me satisfaga respecto a esa Naturaleza que me es familiar. Advertiréis que pido algo que ninguna época, ni neoclásica ni isabelina, que ninguna *cultura*, en una palabra, puede ofrecer. La mitología es lo que más se le aproxima. ¡Cuánto más fértilmente ha hundido, al menos, sus raíces en la Naturaleza la mitología griega, en comparación con la literatura inglesa! La mitología es la cosecha que produjo el Viejo Mundo antes de que su suelo quedase exhausto, antes de que la creatividad y la imaginación se marchitasen; y que sigue dando frutos allí donde su vigor prístino permanece constante. Las demás literaturas perduran sólo como los olmos que dan sombra a nuestras casas; pero ésta es como el gran árbol-dragón de las islas occidentales escocesas, tan viejo como la humanidad y, prospere o no, perdurará tanto como ella; porque la putrefacción de otras literaturas compone el humus en que crece.

El Oeste se está preparando para añadir fábulas a las de Oriente. Los valles del Ganges, el Nilo, y el Rin, han dado su cosecha; queda por ver lo que producirán los del Amazonas, el Plata, el Orinoco, el San Lorenzo y el Mississippi. Tal vez cuando, en el curso de los siglos, la libertad americana se haya convertido en una ficción del pasado –como es, hasta cierto punto, una ficción del presente– los poetas del mundo se inspiren en la mitología americana.

Ni siquiera los sueños más extravagantes de los salvajes son menos verdaderos, aunque puedan no resultar presentables para la sensibilidad común entre los ingleses y los americanos de

hoy. No todas las verdades son aceptables para el sentido común. La Naturaleza tiene un lugar tanto para la clemátide silvestre como para la col. Algunas expresiones de la verdad son reminiscentes; otras, simplemente *sensatas*, como suele decirse; otras, proféticas. Ciertas formas de enfermedad pueden, incluso, profetizar formas de la salud. El geólogo ha descubierto que las figuras de serpientes, grifos, dragones voladores y otros adornos extravagantes de la heráldica, tienen su modelo en formas de especímenes fósiles que se extinguieron antes de la creación del hombre y, por tanto, "indican un vago y oscuro conocimiento de un estadio anterior de la existencia orgánica". Los hindúes soñaron que la tierra descansaba sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre una serpiente; y aunque pueda ser una coincidencia sin importancia, no estaría fuera de lugar decir aquí que se ha descubierto recientemente en Asia un fósil de tortuga lo bastante grande como para sostener a un elefante. Confieso que soy aficionado a estas fantasías estrambóticas que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Constituyen el más sublime esparcimiento del intelecto. La perdiz adora los guisantes, pero no los que la acompañan en la cazuela.

En una palabra, todas las cosas buenas son salvajes y libres. Hay algo en unos acordes musicales, sean producidos por un instrumento o por la voz humana –por ejemplo, el sonido de una corneta en una noche de verano– que por su salvajismo, hablando sin ánimo de ironizar, me recuerda a las voces que profieren los animales salvajes en sus bosques originarios. Puedo entender mucha de su naturalidad. Dadme por amigos y vecinos hombres salvajes, no hombres domesticados. La naturaleza de un salvaje no es sino un pálido símbolo de la terrible ferocidad que conocen los hombres buenos y los amantes.

Me encanta, incluso, ver a los animales domésticos reafirmar sus derechos innatos, cualquier evidencia de que no han perdido del todo sus hábitos originarios y salvajes ni su vigor; como cuando la vaca de mi vecino se escapa del pastizal a principios de primavera y nada alegremente por el río, una corriente fría y gris de unas veinticinco o treinta pérticas de anchura, crecida por el deshielo. Es el bisonte cruzando el Mississippi. A mis ojos, esta hazaña confiere cierta dignidad al rebaño... tan

digno de por sí. Las semillas del instinto se conservan bajo los gruesos cueros de las reses y los caballos, como la simiente en las entrañas de la tierra, durante un período indefindo.

No solemos esperar que las reses tengan espíritu juguetón. Un día vi a una docena de novillos y vacas corriendo y retozando de un lado a otro, divirtiéndose torpemente, como ratas enormes, como gatitos. Agitaban la cabeza, levantaban el rabo, y corrían por una colina, arriba y abajo; y me di cuenta, tanto por sus cuernos como por lo que hacían, de su relación con la tribu de los ciervos. Pero, ¡ay!: un "¡so!" fuerte y repentino habría apagado al instante su ardor, les habría reducido de carne de venado a carne de vaca y habría congelado sus flancos y sus nervios, así como su movilidad. ¿Quién sino el Maligno ha gritado "¡so!" a la humanidad? De hecho, la vida del ganado, como la de muchos hombres, no es sino una forma de locomoción; mueven un flanco cada vez y el hombre, con su maquinaria, está encontrando el punto medio entre el caballo y el buey. Cualquier parte que haya tocado el látigo, queda a partir de entonces paralizada. ¿A quién se le ocurriría hablar de un *flanco* refiriéndose a la flexible tribu de los gatos como hablamos del *flanco* de una vaca?

Me alegro de que los caballos y los novillos tengan que ser domados antes de poder convertirlos en esclavos del hombre y de que los hombres mismos posean aún algún gramo de locura que gastar antes de volverse miembros sumisos de la sociedad. Indudablemente, no todos los hombres resultan igual de aptos para la civilización; y aunque la mayoría son, como los perros y las ovejas, mansos por disposición hereditaria, no por eso deberían los demás aceptar que se doblegue su idiosincrasia para poder rebajarlos al mismo nivel. Los hombres, en líneas generales, son parecidos; pero fueron creados distintos de modo que pudieran ser diferentes. Si hay que realizar una tarea vulgar, cualquier hombre servirá igual que otro, o casi; si la tarea es importante, habrá que tener en cuenta la excelencia individual. Cualquiera puede tapar un agujero para evitar que entre el viento, pero ningún otro podría realizar un trabajo tan poco común como pintar mi retrato. Dice Confucio: "Cuando están curtidas, las pieles de los tigres y los leopardos son semejantes a las de los perros y las ovejas". Pero no es la función de una cultura auténtica amansar a los tigres, como no lo es convertir a las ovejas en seres feroces; y curtir las pieles de aquellos para hacer zapatos no constituye la mejor utilidad que puede dárseles.

Al echar un vistazo a una lista de nombres propios en una lengua extranjera, como la de los oficiales del ejército o la de los autores que han escrito sobre un tema determinado, recuerdo una vez más que en un nombre no hay nada. Menschikoff, por ejemplo, no me suena más humano que los bigotes de un roedor, y podría ser el nombre de una rata. A los polacos y a los rusos, nuestros nombres les suenan igual que los suyos a nosotros. Es como si los nombres se adjudicaran de acuerdo con un galimatías infantil: "*Iery wiery ichery van, tittle-tol-tan* [Pinto pinto gorgorito...]". Me viene a la mente un rebaño de criaturas salvajes que pulularan por la tierra y a cada una de las cuales hubiese adjudicado el pastor algún sonido bárbaro en su propio dialecto. Los nombres de los hombres son, por supuesto, tan vulgares y desprovistos de significado como *Bose* o *Tray*, los nombres de perro.

Pienso que sería filosóficamente provechoso que a los hombres se les llamara en conjunto, como se los conoce. Sólo sería necesario saber el género, y quizás la raza o la variedad, para conocer al individuo. No estamos preparados para admitir que cada soldado raso de un ejército romano tuviera su nombre propio... porque no se nos ha ocurrido que tuviera un carácter propio.

Hasta el presente, nuestros únicos nombres auténticos son los apodos. Conocí a un chico al que sus compañeros de juego apodaban, por su fuerza inusitada, *Destrozón*, y el apodo llegó a suplantar al nombre de pila. Cuentan algunos viajeros que un indio no recibía un nombre desde el principio, sino que lo ganaba, y que el nombre era su fama; en algunas tribus adquiría un nuevo nombre con cada nueva hazaña. Resulta patético que alguien lleve un nombre sólo por comodidad, que no haya ganado ni su nombre ni su fama.

No voy a permitir que los simples nombres me impongan distinciones: seguiré viendo a todos los hombres en rebaños. Un nombre familiar no puede hacerme menos extraña a una persona. Puede que se le haya otorgado a un salvaje que

mantiene en secreto su propio título salvaje, el que ganara en los bosques. Tenemos en nuestro interior un salvaje natural; y quizás algún nombre salvaje esté registrado como nuestro. Observo que mi vecino, que lleva el epíteto familiar de William, o Edwin, se lo quita junto con su chaqueta. No se le queda adherido cuando duerme ni cuando está encolerizado, ni cuando lo arrebata la pasión o la inspiración. Me parece haber oído pronunciar por alguno de los suyos, en momentos así, su nombre originario en una lengua enrevesada, aunque melodiosa.

He aquí nuestra inmensa, salvaje, aulladora madre, la Naturaleza, presente por doquier con tanta belleza y tanto afecto hacia sus hijos como el leopardo; y sin embargo, qué pronto hemos abandonado su pecho para entregarnos a la sociedad, a esa cultura que no es más que una interacción entre hombres, una especie de apareamiento que, como mucho, produce la vulgar nobleza inglesa, una civilización destinada a un pronto fin.

En la sociedad, en las mejores instituciones humanas, es fácil detectar cierta precocidad. Cuando aún deberíamos ser niños en edad de crecer, somos ya hombrecitos. Dadme una cultura que traiga mucho estiércol de las praderas y profundice en la tierra, ¡no ésta que sólo confía en abonos que queman y en utensilios y métodos de cultivo mejorados!

Cuántos pobres estudiantes con vista cansada de los que he oído hablar, crecerían más rápido, tanto intelectual como físicamente si, en vez de quedarse despiertos hasta tan tarde, se permitieran el sueño honrado de los tontos.

Puede darse un exceso hasta de luz formativa. Niepce, un francés, descubrió el "actinismo", esa energía de los rayos del sol que produce un efecto químico; que actúa sobre las rocas de granito, las estructuras pétreas y las estatuas metálicas "de forma igualmente destructiva durante las horas de sol y, si no fuera por ciertas disposiciones de la Naturaleza no menos maravillosas, pronto perecerían bajo el delicado toque del más sutil de los agentes del universo". Pero observó que "los cuerpos sometidos a este cambio durante las horas diurnas poseían la facultad de restituirse a sus condiciones originales durante las nocturnas, cuando ya no los afectaba aquella excitación". De ahí se ha inferido que "las horas de oscuridad son tan necesarias para el universo inorgánico como sabemos que lo son la noche y el sueño para el orgánico". Ni siquiera la luna brilla todas las noches, sino que cede su lugar a la oscuridad.

No me gustaría ver cultivados a todos los hombres, ni cada parte del hombre, como tampoco quisiera que lo fuese cada acre de tierra: una parte ha de destinarse al cultivo, pero la parte mayor ha de consistir en praderas y bosque, que no sólo tienen una utilidad inmediata, sino que además preparan el suelo con vistas al futuro mediante la putrefacción anual de su vegetación.

Un niño puede aprender otras letras, aparte de las que inventó Cadmo. Los españoles tienen un buen término para expresar esta sabiduría salvaje y oscura: *Gramática parda*, una forma de sentido común que proviene del mismo leopardo al que he hecho referencia.

Hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles. Se dice que saber es poder y cosas por el estilo. Me parece que tenemos igual necesidad de una Sociedad para la Difusión de la Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello, una sabiduría provechosa en un sentido más elevado: pues, ¿qué es la mayor parte de nuestra llamada sabiduría, tan cacareada, más que la presunción de que sabemos algo, lo que nos roba la ventaja de nuestra ignorancia real? Lo que llamamos sabiduría es a menudo nuestra ignorancia positiva; la ignorancia, nuestra sabiduría negativa. Gracias a muchos años de trabajo paciente y lectura de la prensa –porque, ¿qué otra cosa son las bibliotecas científicas sino archivos de periódicos?– un hombre acumula una miríada de datos, los almacena en su memoria, y luego, cuando en alguna primavera de su vida deambula fuera de casa, por los Grandes Campos del pensamiento, se lanza hacia la hierba como un caballo, por decirlo de alguna manera, y deja todos los arreos atrás, en el establo. A veces les diría a los de la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles: "Láncense a la hierba. Ya han comido heno demasiado tiempo. Llegó la primavera con su verde cosecha". Hasta a las vacas las llevan a pastar en el campo antes de finales de mayo; aunque he oído hablar de un granjero desnaturalizado que encerraba a su vaca en la cuadra y la alimentaba con heno todo el año. Así trata con frecuencia la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles a su ganado.

A veces, la ignorancia de un hombre no sólo es útil, sino también bella, mientras que su pretendida sabiduría resulta a menudo, además de desagradable, peor que inútil. ¿Con quién es mejor tratar? ¿Con quien no sabe nada de un tema y, lo que es enormemente raro, sabe que no sabe nada, o con quien sabe algo del asunto, en efecto, pero cree que lo sabe todo?

Mi deseo de conocimiento es intermitente; pero el de bañar mi mente en atmósferas ignoradas por mis pies es perenne y constante. Lo más alto a lo que podemos aspirar no es a la Sabiduría, sino la Simpatía con la inteligencia. No tengo constancia de que esta sabiduría más elevada alcance algo más definitivo que una nueva y enorme sorpresa ante la súbita revelación de la insuficiencia de cuanto hemos llamado hasta el momento Sabiduría: el descubrimiento de que hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía. Es la iluminación de la neblina por el sol. El hombre no puede *saber* en ningún sentido más alto que éste, de la misma manera que no puede mirar tranquila e impunemente al sol: Ὡς τι νοων, ου Κεινον νοησεις; "Lo que percibas, no lo percibirás como algo concreto", dicen los oráculos caldeos.

Hay algo de servil en la costumbre de buscar una ley a la que obedecer. Podemos estudiar las leyes de la materia cuando nos sea posible y para lo que nos interese, pero una vida lograda no conoce ley ninguna. Es, sin duda, un desafortunado descubrimiento el de una ley que nos ata cuando antes no sabíamos que estábamos atados. ¡Vive libre, hijo de la niebla!... y respecto a la sabiduría, todos somos hijos de la niebla. El hombre que se permite la libertad de vivir es superior a todas las leyes, en virtud a su relación con el legislador. "Es servicio activo", dice el Vishnu Purana, "el que no se convierte en servidumbre; es sabiduría la que sirve a nuestra liberación: todos los demás servicios sólo valen para agotarnos; todas las demás sabidurías sólo son habilidades de artista".

Resulta notable cuán pocos acontecimientos o crisis hay en nuestras historias; qué poco hemos ejercitado nuestras mentes; cuán pocas experiencias hemos tenido. Me encantaría estar seguro de que crezco deprisa y con exuberancia, aunque mi mismo crecimiento perturbe esta aburrida ecuanimidad; aunque sea luchando durante las largas, oscuras y bochornosas noches o temporadas de tristeza. Estaría bien, aunque todas nuestras vidas fueran una divina tragedia en lugar de estas comedias o farsas triviales. Dante, Bunyan y demás, por lo visto, habían ejercitado sus mentes más que nosotros: estaban sometidos a un tipo de cultura que nuestras escuelas y universidades locales no prevén. Incluso Mahoma, aunque muchos pueden poner el grito en el cielo por mencionarlo, tenía mucho más por qué vivir, sí, y por qué morir, que lo que tienen, por lo general, los que protestan.

Cuando, muy de vez en vez, algún pensamiento nos visita, quizá como dando un paseo por la vía del tren, pasan los vagones sin que los oigamos siquiera. Pero al cabo de poco, por alguna ley inexorable, nuestra vida sigue y los vagones vuelven.

Dulce brisa, que invisible vagas,
y doblas los cardos en torno del Loira tormentoso,
viajera de valles expuestos al viento,
¿por qué abandonaste mi oído tan pronto?

Aunque casi todos los hombres se sienten atraídos por la sociedad, a pocos les ocurre lo propio con la Naturaleza. Dada su reacción frente a ella, la mayoría de los hombres me parecen, a pesar de sus artes, inferiores a los animales. Por lo general, no hay una relación hermosa, como en el caso de éstos. ¡Qué poco aprecio por la belleza del paisaje se da entre nosotros! Tienen que decirnos que los griegos llamaban al mundo Κόσμος [Cosmos], Belleza u Orden, y aún no vemos con claridad por qué lo hacían; como mucho, lo consideramos un curioso dato filológico.

Por mi parte, siento que, con respecto a la Naturaleza, llevo una especie de vida fronteriza en los confines de un mundo en el que me limito a realizar entradas ocasionales y fugaces incursiones, y que mi patriotismo y mi lealtad para con el Estado a cuyos territorios parezco replegarme son los de un merodeador. Para alcanzar la vida que llamo natural, seguiría alegremente hasta a un fuego fatuo por los pantanos y lodazales más inimaginables, pero ni luna ni luciérnaga alguna me han mostrado el camino hacia ella. La Naturaleza es un personaje tan

vasto y universal que nunca hemos visto uno siquiera de sus rasgos. Quien pasea por los conocidos campos que se extienden en torno a mi pueblo natal se encuentra a veces en un territorio distinto del descripto en las escrituras de propiedad, como si se hallase en algún lejano sector de los confines de Concord, donde acaba su jurisdicción y la idea que evoca la palabra Concord [Concordia] dejase también de inspirarnos. Esas granjas que yo mismo he medido, esos mojones que he levantado, aparecen confusos, como a través de una neblina; pero no hay química que los fije; se desvanecen de la superficie del cristal y el cuadro que pintó el artista surge vagamente por debajo. El mundo con el que estamos familiarizados no deja rastro y no tendrá aniversarios.

La otra tarde, di un paseo por la granja de Spaulding. Vi cómo el sol poniente iluminaba el lado opuesto de un pinar majestuoso. Sus rayos dorados se dispersaban por los corredores del bosque como por los de un palacio. Tuve la impresión de que en esta parte de la tierra llamada Concord se hubiese establecido una familia antigua, admirable e ilustre en todos los conceptos, que yo no conocía... con el sol como sirviente... ajena a la sociedad del pueblo... a la que nadie visitaba. Vi su parque, su jardín de recreo, bosque adentro, en el campo de arándanos de Spaulding. Los pinos les proporcionaban techo mientras echaban raíces. La casa no saltaba a la vista; los árboles crecían a través de ella. Dudo si oí o no sonidos de una hilaridad contenida. Parecían apoyados en los rayos del sol. Tenían hijos e hijas. Y buena salud. El camino carretero de la granja, que cruza por medio el salón, no los incomodaba en absoluto; era como el fondo cenagoso de un estanque que a veces se vislumbra a través de los cielos reflejados. Jamás habían oído hablar de Spaulding e ignoraban que es su vecino... aunque le oí silbar mientras conducía su tiro por la casa. Nada puede igualar la serenidad de sus vidas. Su escudo de armas es un simple liquen. Lo vi pintado en los pinos y en los robles. Sus desvanes estaban en las copas de los árboles. Desconocían la política. No había ruidos de trabajo. No advertí que estuviesen tejiendo o hilando. Pero sí detecté, cuando el viento se calmaba y podía oír desde lejos, el dulce arrullo de la música más delicada que pueda imaginarse –como el de una colmena distante, en mayo–, que tal vez fuera el sonido de sus ideas. No tenían pensamientos ociosos y ningún extraño podía ver su obra, porque no rodeaban su diligencia de nudos y excrecencias.

Pero encuentro difícil recordarlos. Se desvanecen sin remedio de mi mente incluso ahora, mientras hablo y me empeño en evocarlos. Sólo después de un esfuerzo duro y prolongado para reunir mis mejores recuerdos, vuelvo a ser consciente de su vecindad. Si no fuera por familias como esta, creo que me marcharía de Concord.

En Nueva Inglaterra acostumbramos a decir que cada año nos visitan menos pichones. Nuestros bosques no les proporcionan perchas. Diríase que, de la misma manera, cada año visitan menos pensamientos a los hombres en edad de crecer, pues la arboleda de nuestras mentes ha sido devastada, vendida para alimentar innecesarias hogueras de ambición, o enviada a la serrería, y apenas queda una ramita en que posarse. Ya no anidan ni crían entre nosotros. Quizá en las épocas más clementes pase volando a través del paisaje mental una ligera sombra, proyectada por las *alas* de alguna idea en su migración primaveral u otoñal pero, mirando hacia arriba, somos incapaces de descubrir la sustancia del pensamiento mismo. Nuestras aladas ideas se han convertido en aves de corral. Ya no se remontan y sólo alcanzan la magnificencia al nivel de los pollos de Shanghai o de Cochinchina. ¡Aquellas *gra-an-des ideas*, aquellos *gra-an-des hombres* de los que habréis oído hablar!

Nos pegamos a la tierra, ¡qué pocas veces ascendemos! Pienso que sería factible elevarnos un poco más. Podríamos trepar a un árbol, por lo menos. Una vez, hallé mi propia estimación subiéndome a uno. Era un alto pino blanco, en la cima de un cerro; y aunque me llené de resina, mereció la pena, porque descubrí en el horizonte nuevas montañas que nunca había visto, mucha más tierra y mucho más cielo. A buen seguro, podría haber pasado junto al pie del árbol durante toda mi vida sin haberlas visto nunca. Pero lo más importante es que descubrí a mi alrededor –era a finales de junio–, en el extremo de las ramas superiores, nada más, unos diminutos y delicados brotes

rojos en forma de cono, la flor fecunda del pino blanco, que miraba hacia el cielo. Llevé en seguida al pueblo la rama más alta y se la enseñé a los forasteros miembros del jurado que paseaban por las calles, porque era semana de juicios, a los granjeros, a los comerciantes de madera, a los leñadores y a los cazadores; ninguno de ellos había visto nunca algo parecido y se maravillaban como si se tratase una estrella caída del cielo. ¡Y hablan de los antiguos arquitectos, que remataban su trabajo en lo más alto de las columnas con la misma perfección que en las partes más bajas y visibles! La naturaleza, desde el principio, desplegó los diminutos brotes del bosque sólo hacia los cielos, por encima de las cabezas de los hombres y sin que éstos los percibiesen. No vemos más que las flores que hay bajo nuestros pies, en los prados. Los pinos vienen desarrollando sus delicados brotes cada verano, desde hace una eternidad, en las ramas más altas del bosque, sobre las cabezas tanto de los hijos rojos de la Naturaleza como de sus hijos blancos; sin embargo, casi ningún granjero ni cazador del territorio los ha visto nunca.

Sobre todo, no podemos permitirnos el lujo de no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales quien no pierda un instante de su fugaz vida en recordar el pasado. Nuestra filosofía envejecerá a menos que escuche el canto del gallo de cada corral que haya en nuestro horizonte. Un sonido que suele recordarnos que nuestras actividades y formas de pensar se están enmoheciendo y quedando obsoletas. Su filosofía se ciñe a un tiempo más reciente que el nuestro. Sugiere un novísimo testamento, el evangelio según este momento, acorde con él. No se ha quedado atrás; se ha levantado temprano y se ha mantenido en vela; y estar donde está es ser oportuno, encontrarse en la primera fila del tiempo. Es la expresión de la salud y la robustez de la Naturaleza, un alarde dirigido a todo el mundo: salud como cuando brota a chorro un manantial, una nueva fuente de las Musas para celebrar el último instante del tiempo. Donde vive, no se aprueban leyes contra los esclavos fugitivos. ¿Quién no ha traicionado mil veces a su maestro desde la última vez que oyó ese canto?

El mérito de la voz de esta ave consiste en estar libre de cualquier quejumbre. Un cantante puede, con facilidad, provocarnos lágrimas o risa, pero ¿dónde está el que sepa excitar en nosotros el puro regocijo matutino? Cuando, en medio de una lúgubre depresión, rompiendo un domingo el terrible silencio de nuestras aceras de tablas, o quizá velando en la funeraria, oigo cantar al gallo, cerca o lejos, pienso para mí: “Al menos, uno de nosotros se encuentra bien”... y, con una repentina efusión, vuelvo a mi ser.

Un día del pasado noviembre, presenciamos un atardecer extraordinario. Estaba yo paseando por un prado en el que nace un arroyuelo, cuando el sol, justo antes de ponerse, tras un día frío y gris, llegó a un estrato claro del horizonte y derramó la más dulce y brillante luz matinal sobre la hierba seca, sobre las ramas de los árboles del horizonte opuesto y sobre las hojas de las carrascas de la colina, mientras nuestras sombras se alargaban hacia el este sobre el prado, como si fuéramos las únicas tachas en sus rayos. Había una luz como no podíamos imaginar momentos antes y el aire era tan cálido y sereno que nada faltaba al prado para ser un paraíso. Si pensábamos que aquello no era un fenómeno aislado que nunca más iba a ocurrir, sino que se repetiría una y otra vez, un número infinito de atardeceres, y confortaría y sosegaría hasta al último niño que andaba por allí, resultaba todavía más glorioso.

El sol se pone sobre un prado retirado, en el que no se ve casa alguna, con toda la gloria y esplendor que derrocha sobre las ciudades, y quizá más que nunca; no hay sino un solitario halcón de los pantanos, con las alas doradas por sus rayos; o bien, sólo una rata almizclera que observa desde su madriguera; y un arroyuelo jaspeado en negro, en medio del marjal, comienza su vagabundeo serpenteando lentamente en torno a un tocón podrido. Caminábamos envueltos en una luz pura y brillante que doraba la hierba y las hojas marchitas; tan dulce y serenamente viva, que pensé que nunca me había bañado en un torrente dorado que se le asemejase, sin una onda o un murmullo. El lado occidental de los bosques y las elevaciones resplandecía como los confines del Elíseo y el sol, a nuestras espaldas, semejaba un pastor que nos llevara a casa al atardecer.

Así deambulamos hacia Tierra Santa, hasta que un día el

sol brille más que nunca, tal vez en nuestras mentes y en nuestros corazones, e ilumine la totalidad de nuestras vidas con una intensa luz que nos despierte, tan cálida, serena y dorada como la de una ribera en otoño.

Dónde vivía y para qué*

En cierta época de nuestra vida tendemos a considerar cualquier lugar como el posible emplazamiento de una casa. He examinado el campo por todas partes en un radio de doce millas desde donde vivo. En la imaginación he comprado sucesivamente todas las granjas, ya que estaban en venta y conocía su precio. He recorrido la propiedad de cada granjero, probado sus manzanas silvestres y conversado sobre agricultura; he adquirido su granja al precio que pedía, a cualquier precio, y se la he hipotecado mentalmente; incluso le he puesto un precio superior, quedándome con todo, salvo su escritura, quedándome con su palabra a cambio de su escritura, pues me encanta hablar; la he cultivado, y también al dueño, hasta cierto punto, confío, y me he retirado tras haber disfrutado lo suficiente para que aquél la mantuviera. Esta experiencia me ha dado derecho a ser considerado por mis amigos un auténtico corredor de fincas. Podía vivir dondequiera que me sentara y el paisaje, por tanto, irradiaba de mí. ¿Qué es una casa sino una *sedes*, un asiento? Tanto mejor si es un asiento rural. He descubierto muchos lugares difíciles de mejorar para una casa y, aunque a algunos podía parecerles demasiado lejos de la ciudad, a mis ojos era la ciudad la que estaba demasiado lejos de allí. Me decía que podría vivir allí, y viví allí, durante una hora, la vida de un verano y un invierno; veía cómo podía dejar correr los años, abofetear al invierno y ver entrar a la primavera. Los futuros habitantes de esta región, dondequiera que hagan sus casas, pueden estar seguros de que se les han anticipado. Una tarde bastaría para dividir la tierra en huerto, pasto y bosque, y para decidir qué esbeltos robles o pinos dejaría crecer ante la puerta y desde dónde podría sacarse el mejor partido de los árboles caídos; luego tal vez lo dejara en barbecho, pues un

* "Dónde vivía y para qué", capítulo II de *Walden o la vida en los bosques*. Publicado originalmente en 1854, por la editorial Ticknor and Fields, en Boston, *Walden or Life in the Woods* es el relato de una experiencia tenida casi diez años atrás, en 1845.

hombre es rico por el número de cosas que puede permitirse dejar en paz.

Mi imaginación me llevó tan lejos que incluso me negaron varias granjas –la negación era cuanto me faltaba–, pero nunca me quemé los dedos con la verdadera posesión. Lo más cerca que estuve de la verdadera posesión fue cuando compré el terreno de Hollowell, empecé a ordenar mis semillas y reuní los materiales con los que fabricar una carretilla para transportarlas; pero antes de que el propietario me diera la escritura, su esposa –todo hombre tiene una esposa así– cambió de opinión, quiso conservarla y me ofreció diez dólares por cedérsela. Por decir verdad yo no tenía sino diez centavos y superaba mi aritmética saber si era yo quien tenía diez centavos, o quien tenía una granja, o diez dólares, o todo junto. Sin embargo, dejé que se guardara sus diez dólares y también la granja, porque había llegado muy lejos o, más bien, por ser generoso, le vendí la granja por cuanto le había dado por ella y, como no era rico, le regalé diez dólares y aún me quedaron mis diez centavos y las semillas y los materiales para una carretilla. Así descubrí que había sido un hombre rico sin perjuicio de mi pobreza. Pero conservé el paisaje y desde entonces me he llevado anualmente cuanto producía sin carretilla. Respecto a los paisajes:

Soy un monarca de cuanto examino,
No hay quien dispute mi derecho.

Con frecuencia he visto retirarse a un poeta, tras haber gozado de la parte más valiosa de una granja, mientras el áspero granjero suponía que sólo se había llevado algunas manzanas silvestres. Pues el propietario pasa muchos años sin saber cuándo el poeta ha puesto a su granja rima, la más admirable cerca invisible, la ha confiscado, ordeñado, desnatado y le ha sacado toda la crema, dejándole al granjero sólo la leche desnatada.

Para mí, los verdaderos atractivos de la granja de Hollowell eran su completo retiro, pues estaba a unas dos millas de la ciudad, a media milla del vecino más próximo y separada de la carretera por un amplio campo; su proximidad al río, cuya niebla, según el propietario, la protegía de las heladas en

primavera, aunque esto no me importaba; el color gris y el estado ruinoso de la casa y el granero, y las cercas caídas, que acentuaban el intervalo con el último ocupante; los manzanos huecos y cubiertos de liquen, roídos por los conejos, que mostraban qué vecinos tendría; pero, sobre todo, el recuerdo que tenía de ella por mis primeros viajes por el río, cuando la casa se ocultaba tras una densa arboleda de arces rojos, a través de los cuales oía el ladrido del perro. Tenía prisa por comprarla antes de que el propietario acabara por quitar algunas rocas, talar los manzanos huecos y arrancar unos jóvenes abedules que habían brotado en el prado o, en fin, antes de que hiciera alguna otra mejora. Para disfrutar de estas ventajas estaba dispuesto a perseverar; a llevar el mundo sobre mis hombros, como Atlas –nunca supe qué compensación recibió a cambio–, y a hacerlo todo sin otra excusa o motivo que el de pagar por ello y no ser molestado en mi propiedad, porque entretanto sabía que produciría la más abundante cosecha de la especie elegida, con tal de dejarla a su suerte. Pero ocurrió como he dicho.

Todo cuanto podía decir, pues, con respecto a labrar la tierra a gran escala (siempre he cultivado un jardín), era que tenía mis semillas preparadas. Muchos creen que las semillas mejoran con la edad. No tengo duda de que el tiempo discrimina entre buenas y malas; cuando por fin las plante, me sentiré menos decepcionado. Sin embargo, quisiera decir de una vez por todas a mis semejantes: en cuanto os sea posible, vivid libres y sin compromiso. No hay gran diferencia entre verse comprometido por una granja o por la cárcel del condado.

El viejo Catón, cuyo *De re rustica* es mi *Agricultor*, dice, y la única traducción que he visto priva de sentido al pasaje: "Cuando pienses en mantener una granja, piénsalo bien, no la compres con avidez; no escatimes esfuerzos en mirarla y no creas que basta con dar una sola vuelta. Cuanto más la veas, si está bien, más te agradará". Creo que no compraré con avidez, sino que le daré vueltas mientras viva y antes seré enterrado en ella para que al fin pueda agradarme más.

Un experimento de este tipo es el que voy a describir con detalle, reuniendo por conveniencia la experiencia de dos años en uno. Como he dicho, no pretendo escribir una oda al

abatimiento, sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

Cuando por vez primera fijé mi residencia en los bosques, es decir, empecé a pasar allí tanto mis noches como mis días lo que hice, por accidente, en el Día de la Independencia, el 4 de julio de1845, mi casa no estaba acabada para el invierno, sino que era sólo una defensa contra la lluvia, sin revoque ni chimenea, con bastos tablones manchados por paredes, con amplias grietas que no evitaban el frío de la noche. Los blancos y tallados montantes verticales y los marcos de puertas y ventanas recién cepillados le daban un aspecto limpio y aireado, especialmente por la mañana, cuando sus maderas estaban llenas de rocío, de modo que me figuraba que a mediodía exudarían una dulce resina. En mi imaginación retenía todo el día más o menos este carácter auroral y me recordaba cierta casa en una montaña que había visitado el año anterior. Era una cabaña aireada y sin enlucir, idónea para entretener a un dios viajero, y donde una diosa podría arrastrar sus vestidos. Los vientos que pasaban sobre mi morada eran como los que barren las cumbres de las montañas, con los sones quebrados, o sólo las partes celestiales, de la música terrestre. El viento matinal siempre sopla, el poema de la creación es ininterrumpido, pero pocos son los oídos que lo oyen. El Olimpo no es sino el exterior de la tierra en todas partes.

La única casa de la que ya había sido propietario, con la excepción de un bote, era una tienda que llegué a usar en excursiones de verano y que aún está enrollada en mi desván; el bote, tras ir de mano en mano, ha seguido la corriente del tiempo. Con este cobijo sustancial en torno a mí, había hecho algún progreso para establecerme en el mundo. Este armazón, con un revestimiento tan ligero, era una especie de cristalización a mi alrededor y repercutía en el constructor. Era algo sugerente, como una pintura de contornos. No necesitaba salir para tomar el aire, ya que la atmósfera del interior no había perdido su frescura. Solía sentarme menos en el interior que junto a la puerta, incluso cuando llovía. El Harivansa dice: "Una morada sin pájaros es como una carne sin adobo". No era tal mi morada, ya que al instante descubrí que era vecino de los pájaros, no por haber atrapado uno, sino por haberme enjaulado a su lado. No sólo estaba más carca de algunos de los que frecuentan el jardín y el huerto, sino de los más salvajes y de canto más estremecedor del bosque, aquellos que nunca o raramente deleitan al lugareño: el zorzal, el tordo, la tanagra escarlata, el gorrión de campo, el chotacabras y muchos otros.

Me establecí a la orilla de una pequeña laguna, a una milla y media al sur de la ciudad de Concord y a una altura algo superior, en medio de un extenso bosque entre aquella ciudad y Lincoln, y a unas dos millas al sur de nuestro único lugar famoso, el Campo de Batalla de Concord; pero estaba tan hundido en los bosques que la orilla opuesta, a media milla, cubierta por los árboles, como el resto, era mi horizonte más lejano. Durante la primera semana, cuando miraba a la laguna me parecía un pequeño estanque en la ladera de una montaña, con su fondo por encima de la superficie de otros lagos, y cuando el sol se elevaba, la veía arrojar sus nocturnas ropas de niebla y aquí y allá se revelaban gradualmente sus blandas ondas o su lisa superficie reflectante, mientras las nieblas, como fantasmas, se retiraban furtivamente en todas direcciones, hacia los bosques, como si se disgregara un conventículo noctumo. El mismo rocío parecía demorarse sobre los árboles durante el día, como en las laderas de las montañas.

Este pequeño lago era de sumo valor como vecino en los intervalos de una gentil tormenta de agosto, cuando, en perfecta quietud el aire y el agua, pero con el cielo encapotado, el mediodía tenía la serenidad de la tarde y el zorzal cantaba de una orilla a la otra. Un lago como éste nunca parece más liso que entonces; al quedar encima una porción de aire estrecha y oscurecida por las nubes, el agua, llena de luz y reflejos, se convierte en un cielo inferior más importante. Desde lo alto de una colina cercana, donde el bosque estaba recién talado, había una grata vista al sur, a lo largo de la laguna, a través de una amplia hendidura en las colinas que forman allí la orilla, donde sus vertientes opuestas y mutuamente inclinadas sugerían una corriente que fluyera en esa dirección a través de un valle boscoso, aunque no había corriente alguna. Miraba entre las cercanas colinas verdes, y por encima, hacia otras más lejanas y altas en el horizonte, teñidas de azul. En efecto, podía

captar de puntillas un destello de algunos picos de las cadenas montañosas aún más azules y lejanas, al noroeste, monedas de la misma ceca del cielo, y también una parte de la ciudad. Pero en otras direcciones, incluso desde este punto, no podía ver por encima o más allá de los bosques que me rodeaban. Es bueno tener agua cerca, pues sostiene a la tierra y la hace flotar. El valor del pozo más pequeño es que, al mirar en él, veis que la tierra no es continental, sino insular. Resulta tan importante como que mantenga la mantequilla fría. Cuando miraba a través de la laguna desde este pico hacia los prados de Sudbury, que en época de crecida parecían elevados acaso por un espejismo en su hirviente seno, como una moneda en una jofaina, la tierra, más allá de la laguna, era como una delgada corteza aislada que flotara sobre esta pequeña sábana de agua intermedia, y me recordaba que vivía en *tierra seca*.

Aunque la vista desde mi puerta era aún más reducida, no me sentía apretujado o confinado en absoluto. Había suficiente pasto para mi imaginación. La baja meseta de robles a la que ascendía la orilla opuesta se extendía hacia las praderas del oeste y las estepas de Tartaria, y proporcionaba un amplio espacio para todas las errantes familias de hombres. "No hay nadie más feliz en el mundo que los seres que disfrutan libremente de un vasto horizonte", decía Damodara cuando sus rebaños exigían nuevos y mayores pastos.

Habían cambiado el espacio y el tiempo, y yo habitaba más cerca de aquellas partes del universo y de aquellos periodos de la historia que más me habían atraído. Vivía en regiones tan lejanas como las contempladas por los astrónomos durante la noche. Imaginamos raros y deliciosos lugares en alguna esquina remota y celestial del sistema, tras la constelación de la Silla de Casiopea, lejos del ruido y la molestia. Descubrí que mi casa tenía realmente su sitio en esa parte retirada del universo, pero siempre nueva y no profanada. Si valía la pena establecerse en las zonas próximas a las Pléyades o a las Híades, a Aldebaran o Altair, entonces realmente estaba allí, o a igual distancia de la vida que había dejado atrás, menguado y parpadeante, con un rayo tan sutil que el vecino más próximo sólo podría verme en las noches sin luna. Así era la parte de la creación que había ocupado:

Había un pastor que mantenía
Tan elevados sus pensamientos
Como los montes donde sus rebaños
Le alimentaban sin cesar.

¿Qué deberíamos pensar de la vida del pastor si sus rebaños siempre vagaran en pastos más elevados que sus pensamientos?

Cada mañana era una alegre invitación a lograr que mi vida tuviera la misma sencillez e inocencia que la naturaleza. He sido un adorador tan sincero de la aurora como los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en la laguna; era un ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que en la bañera del rey Tching-thang había unos caracteres grabados a este efecto: "Renuévate por completo cada día; hazlo una y otra vez, y siempre". Lo comprendo. La mañana nos devuelve las épocas heroicas. El apagado zumbido de un mosquito que ejecutaba su invisible e inimaginable vuelta por mi habitación al amanecer, mientras estaba sentado con la puerta y las ventanas abiertas, me afectaba tanto como podía hacerlo cualquier trompeta que pregonara la fama. Era el réquiem de Homero: una Ilíada y una Odisea en el aire que cantaban su propia cólera y vagabundeos. Al respecto había algo cósmico; una advertencia permanente, hasta que fuera prohibida, del eterno vigor y fertilidad del mundo. La mañana, el momento más memorable del día, es la hora del despertar. Es entonces cuando estamos menos somnolientos y, al menos durante una hora, despierta una parte de nosotros que dormita el resto del día y la noche. Poco ha de esperarse del día, si podemos llamarlo así, en que no nos despierta nuestro genio, sino los codazos mecánicos de un sirviente, ni nos despiertan la fuerza recién adquirida y las aspiraciones internas, acompañadas por las ondulaciones de la música celestial, en lugar de la sirena de la fábrica, y no llena el aire la fragancia de una vida superior a la que dejamos antes de dormir, y así la oscuridad da su fruto y demuestra que es tan buena como la luz. El hombre que no crea que cada día contiene una hora más temprana, sagrada y auroral que las que ha profanado, desesperará de la vida y seguirá un camino descendente y tenebroso. Tras un cese parcial de su vida sensual, el alma del hombre, o más bien sus

órganos, se revigorizan cada día, y su genio prueba de nuevo la noble vida que puede lograr. Diría que los acontecimientos memorables transpiran en el tiempo matutino y en una atmósfera matutina. Los Vedas dicen: "Toda inteligencia despierta por la mañana". La poesía y el arte, y las más hermosas y memorables acciones de los hombres, datan de esa hora. Los héroes y poetas, como Memnón, son hijos de la aurora, y emiten su música al salir el sol. El día es una mañana perpetua para aquel cuyo elástico y vigoroso pensamiento corre parejo con el sol. No importa lo que digan los relojes o las actitudes y trabajos de los hombres. La mañana llega cuando estoy despierto y hay un amanecer en mí. La reforma moral es el esfuerzo para quitarnos el sueño de encima. ¿Por qué los hombres dan tan pobre cuenta del día si no estaban durmiendo? No son calculadores tan pobres. Si la somnolencia no los hubiera vencido, habrían hecho algo. Hay millones lo bastante despiertos para el trabajo físico, pero sólo uno en un millón está lo bastante despierto para el ejercicio intelectual efectivo, sólo uno en cien millones, para una vida poética o divina. Estar despierto es estar vivo. Nunca he conocido a un hombre que estuviera completamente despierto. ¿Cómo podría haberle mirado a la cara?

Debemos aprender a despertarnos de nuevo y mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino por la infinita expectación del amanecer, que no nos abandona ni en el sueño más profundo. No conozco ningún hecho más alentador que la incuestionable habilidad del hombre para elevar su vida por medio de un esfuerzo consciente. Ser capaz de pintar un cuadro en particular o esculpir una estatua es algo, así como embellecer ciertos objetos, pero resulta mucho más glorioso esculpir y pintar la atmósfera y el medio mismo a través del cual miramos, lo que podemos hacer moralmente. Afectar a la cualidad del día: ésa es la mayor de las artes. Todo hombre está encargado de hacer su vida, incluso en sus detalles, digna de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si rechazamos o más bien agotamos la escasa información recibida, los oráculos nos dirán claramente cómo puede hacerse.

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía

aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida, pues vivir es caro, ni quería practicar la resignación a menos que fuera completamente necesario. Quería vivir con profundidad y absorber toda la médula de la vida, vivir de manera tan severa y espartana como para eliminar cuanto no fuera la vida, abrir un amplio surco y arrasarlo, arrinconar a la vida y reducirla a sus términos inferiores y, si resultaba mezquina, tomar toda su genuina mezquindad y hacerla pública al mundo; o, si era sublime, saberlo por experiencia y ser capaz de dar cuenta de ello en mi próxima excursión. La mayoría de los hombres, a mi juicio, se halla en una extraña incertidumbre respecto a si la vida es cosa de Dios o del diablo, y ha concluido *algo precipitadamente* que el principal fin del hombre es "glorificar a Dios y gozar de él por siempre".

Vivimos aún mezquinamente, como hormigas, aunque la fábula nos dice que hace mucho fuimos transformados en hombres; luchamos con grullas, como pigmeos, error tras error, golpe a golpe, y nuestra mejor virtud acaba en un superfluo e innecesario abatimiento. Nuestra vida se pierde en los detalles. Un hombre honrado no necesita sino contar sus diez dedos y, en casos extremos, añadir los diez dedos de los pies, y dejar el resto. ¡Sencillez, sencillez, sencillez! Os digo que vuestros asuntos sean dos o tres y no cien o mil; en lugar de un millón, contad media docena y llevad las cuentas con la uña del pulgar. En medio de este mar variable de la vida civilizada, son tales las nubes y tormentas y arenas movedizas y los mil y un artículos que considerar, que un hombre tiene que vivir, si no quiere fracasar e irse a pique, lejos de puerto, por estima, y el que triunfe será en verdad un gran calculador. Simplificad, simplificad. En lugar de tres comidas al día, comed sólo una si es preciso; en lugar de cien platos, cinco, y reducid lo demás en proporción. Nuestra vida es como una confederación alemana, compuesta de diminutos estados, de fronteras fluctuantes, de modo que ni siquiera un alemán os dirá cómo limita en un momento dado. La nación misma, con todas sus supuestas mejoras internas, las cuales, por cierto, son externas y superficiales, es un establecimiento inmanejable y excesivo, lleno de muebles y atrapado en sus propias trampas, arruinado por el lujo y un gasto

negligente, por falta de cálculo y de un objetivo digno, como ocurre con millones de hogares, y la única cura para aquélla y para éstos radica en una rígida economía, una sencillez de vida estricta y más que espartana y una elevación de propósito. Se vive demasiado rápido. Los hombres consideran esencial que la *nación* comercie y exporte hielo y hable a través del telégrafo y cabalgue a treinta millas por hora, sin duda alguna, lo hagan *ellos* o no, aunque resulta incierto si debemos vivir como babuinos o como hombres. Si no conseguimos durmientes y forjamos los raíles y dedicamos días y noches al trabajo, sino que cambiamos nuestras *vidas* para mejorarlas, ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos al cielo a tiempo? Pero, si nos quedamos en casa y nos ocupamos en nuestros asuntos, ¿quién necesitará ferrocarriles? No montamos en ferrocarril, éste nos monta a nosotros. ¿Habéis pensado alguna vez en qué son los durmientes que sostienen el ferrocarril? Cada uno es un hombre, un irlandés o un yanqui. Los raíles se colocan sobre ellos y se cubren de arena y los vagones discurren suavemente por encima. Son firmes durmientes, os lo aseguro. Cada pocos años se coloca un nuevo lote sobre el que se pasa, de modo que, si algunos sienten el placer de montar en tren, otros tienen la desgracia de ser montados por él. Cuando pasan por encima de un hombre que anda en sueños, un durmiente supernumerario en la posición equivocada, y le despiertan, al instante detienen los vagones y elevan una protesta y un grito, como si fuera una excepción. Me alegra saber que hace falta una cuadrilla de hombres para colocar durmientes cada cinco millas y nivelar su lecho, ya que es una señal de que pueden levantarse de nuevo.

¿Por qué debemos vivir con tal prisa y gasto de vida? Estamos resueltos a pasar hambre antes de estar hambrientos. Los hombres dicen que una puntada a tiempo ahorra nueve, así que dan mil puntadas hoy para ahorrar nueve mañana. En cuanto al *trabajo*, no hacemos ninguno importante. Tenemos el baile de San Vito y no somos capaces de mantener la cabeza quieta. Si diera unos cuantos tirones de la cuerda de la campana parroquial, como para avisar de un fuego, es decir, sin voltearla, no habría un solo hombre en su granja a las afueras de

Concord, a pesar de la presión de los compromisos que tantas veces le han servido de excusa esta mañana, ni un muchacho ni una mujer, casi diría, que no lo dejaran todo y acudieran a la llamada, no para salvar su propiedad de las llamas, sino, a decir verdad, para verla arder, ya que lo merecía, y que conste que nosotros no le prendimos fuego, o para verlo apagar y echar una mano, si resultara vistoso; así ocurriría, aunque se tratara de la misma iglesia parroquial. Un hombre duerme apenas media hora de siesta después de comer, pero al despertar levanta la cabeza y pregunta: “Qué hay de nuevo?”, como si el resto de la humanidad fuera su centinela. Algunos dan instrucciones con el único propósito, sin duda, de que se los despierte cada media hora y luego, en compensación, cuentan lo que han soñado. Tras el sueño de la noche, las noticias son tan indispensables como el desayuno. “Por favor, decidme qué le ha pasado a cualquier hombre en cualquier lugar del planeta”, y lee por encima del café y los bollos que un hombre se ha arrancado los ojos esta mañana en el río Wachito, sin darse cuenta de que vive en la oscura e insondable cueva de mamut de este mundo y no tiene sino un rudimento de ojo.

Por mi parte, podría prescindir fácilmente del correo. Creo que transmite muy pocas comunicaciones importantes. Hablando críticamente, no he recibido más de una o dos cartas en mi vida –escribí esto hace años– que valieran el franqueo. El correo de a penique es, por lo general, una institución por la que dais en serio a un hombre por sus pensamientos ese penique que tan a menudo se da en broma. Y estoy seguro de que nunca he leído una noticia memorable en un periódico. Si leemos que a un hombre le han robado, o asesinado, o le han matado por accidente, o que una casa ha ardido o un barco ha naufragado o ha estallado un vapor, o una vaca ha sido atropellada por el ferrocarril del oeste, o han matado a un perro rabioso, o que ha habido una plaga de langostas en invierno, no necesitamos leer más. Una noticia basta. Si os habéis familiarizado con el principio, ¿qué os importa una miríada de ejemplos y aplicaciones? Para un filósofo todas las *noticias*, como se las llama, son chismes, y los que las editan y las leen son como viejas con su té. Sin embargo, no son pocos los que codician tales chismes. El otro día, según oí, hubo tal bullicio en las oficinas por

conocer las noticias recién llegadas del exterior –noticias que, con doce meses o años de antelación, podrían haber sido escritas con suficiente exactitud por un ingenio despierto–, que la presión rompió varios grandes escaparates del establecimiento. En cuanto a España, por ejemplo, si sabéis cómo intercalar de vez en cuando, y en las debidas proporciones, a don Carlos y a la Infanta, y a don Pedro y Sevilla y Granada –los nombres pueden haber cambiado un poco desde la última vez que vi los periódicos–, y servir una corrida de toros a falta de otras diversiones, resultará literalmente cierto y nos dará una idea tan buena del ruinoso estado de las cosas en España como la de los más sucintos y lúcidos reportajes de los periódicos; en cuanto a Inglaterra, casi el último recorte significativo de noticias que llegó de allí fue la revolución de 1649 y, si habéis aprendido la historia de su promedio anual de cosechas, no tenéis que prestarle atención de nuevo, a menos que vuestras especulaciones sean de carácter meramente pecuniario. Si puede juzgar alguien que rara vez mira los periódicos, nada nuevo sucede nunca en el extranjero, sin exceptuar una revolución francesa.

¡Qué noticias! ¡Es mucho más importante conocer lo que nunca ha sido viejo! "Kieou-he-yu (gran dignatario del estado de Wei) envió a un hombre a Khoung-tseu para conocer sus noticias. Khoung-tseu pidió al mensajero que se sentara junto a él y le preguntó en estos términos: '¿Qué hace tu amo?'. El mensajero respondió con respeto: 'Mi amo desea reducir el número de sus faltas y no puede lograrlo.' Una vez se hubo marchado el mensajero, el filósofo observó: '¡Qué digno mensajero! ¡Qué digno mensajero!'." El predicador, en vez de turbar los oídos de granjeros perezosos en su día de descanso al final de la semana –porque el domingo es la conclusión idónea de una semana malgastada y no el nuevo y valiente comienzo de una nueva– con un sermón sobre este o aquel desaliñado, debería gritar con voz tronante: "¡Parad! ¡Basta! ¿Por qué parece que os apresuráis, siendo tan mortalmente lentos?"

Las imposturas y engaños se consideran las más sólidas verdades, mientras que la realidad es fabulosa. Si los hombres observaran sólo las realidades y no dejaran que los engañaran, la vida, comparada con las cosas que conocemos, sería como un cuento de hadas y una de las *Mil y una noches*. Si respetáramos sólo lo que es inevitable y tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando somos pausados y sabios, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta, que los temores mezquinos y los placeres mezquinos no son sino la sombra de la realidad. La realidad es siempre estimulante y sublime. Al cerrar los ojos y adormecerse, y consentir en ser engañados por apariencias, los hombres establecen y confirman su vida diaria de rutina y hábito en todas partes, la cual, sin embargo, se levanta sobre cimientos puramente ilusorios. Los niños que juegan a la vida disciernen su verdadera ley y sus relaciones con mayor claridad que los hombres, que no la viven dignamente, sino que creen ser más sabios por la experiencia, es decir, por el fracaso. He leído en un libro hindú que "un rey tenía un hijo, el cual, habiendo sido expulsado en su infancia de su ciudad natal, fue criado por un guardabosque y, llegado a la madurez en ese estado, se imaginó que pertenecía a la bárbara raza con la que vivía. Cuando uno de los ministros de su padre le descubrió, le reveló quién era y se despejó la equivocación de su carácter y supo que era un príncipe. Así, el alma –continúa el filósofo hindú– por las circunstancias en que se encuentra, confunde su propio carácter, hasta que un maestro divino le revela la verdad y sabe que es *brahma*". Percibo que nosotros, los habitantes de Nueva Inglaterra, vivimos la vida mezquina que llevamos porque nuestra visión no penetra la superficie de las cosas. Creemos que eso *es* lo que *parece* ser. Si un hombre caminara por esta ciudad y viera sólo la realidad, ¿dónde creéis que acabaría Milldam. Si nos hiciera un relato de las realidades que contemplara allí, no reconoceríamos el lugar en su descripción. Mirad un lugar de reunión, o un tribunal, o una cárcel, o una tienda, o una vivienda, y si decís lo que son realmente para una mirada sincera, se desmoronarán en el acto. Los hombres consideran la verdad remota, en las afueras del sistema, tras la estrella más lejana, antes de Adán y después del último hombre. En la eternidad hay, en efecto, algo verdadero y sublime. Pero todos estos tiempos y lugares y ocasiones están aquí y ahora. Dios mismo culmina en el momento presente y nunca será más divino en el intervalo de todas las épocas. Somos capaces de aprehender lo que es sublime y noble sólo por

la perpetua instilación y empapamiento de la realidad que nos rodea. El universo responde constante y obedientemente a nuestras concepciones; viajemos rápida o lentamente, el camino está dispuesto para nosotros. Así pues, gastemos nuestras vidas en concebirlo. El poeta o el artista no han tenido nunca un designio tan hermoso y noble que un descendiente suyo, al menos, no pudiera cumplir.

Pasemos un día tan deliberadamente como la naturaleza y que no nos aparten del camino una cáscara de nuez o el ala de un mosquito caídas en los raíles. Levantémonos temprano y ayunemos, o desayunémonos bien y sin inquietud; dejemos que la compañía vaya y venga, que las campanas suenen y los niños griten, resueltos a forjar un día con todo ello. ¿Por qué deberíamos rebajarnos y seguir la corriente? Que no nos trastorne ni agobie ese terrible recial o torbellino llamado comida, situado en los bajíos meridianos. Sortead este peligro y estaréis a salvo, porque el resto del camino es cuesta abajo. Con nervios tensos, con vigor matutino, navegad por allí mirando en otra dirección, atados al mástil como Ulises. Si la máquina silba, dejad que silbe hasta que enronquezca de dolor. ¿Por qué habríamos de correr cuando suena la campana? Consideremos a qué música se parecen. Situémonos, trabajemos y afiancemos los pies en el barro y el cieno de la opinión, y el prejuicio, y la tradición, y el engaño, y la apariencia, ese aluvión que cubre el globo a través de París y Londres, de Nueva York, Boston y Concord, a través de la iglesia y el estado, a través de la filosofía, la poesía y la religión, hasta llegar a un fondo duro y rocoso, que podamos llamar *realidad*, y digamos: éste es, sin duda, y luego, con un *point d'appui*, bajo crecidas, escarcha y fuego, busquemos un lugar donde poder construir un muro o levantar una propiedad, o colocar con seguridad un farol, o tal vez un indicador, no un Nilómetro, sino un Realómetro, para que las épocas futuras conozcan la profundidad de la crecida de imposturas y apariencias de tiempo en tiempo. Si os mantenéis erguidos y de cara frente a un hecho, veréis brillar el sol por ambos lados, como si se tratara de una cimitarra, y sentiréis que su dulce filo os atraviesa el corazón y la médula, y así acabaréis felizmente vuestra carrera mortal. Sea vida o muerte, sólo anhelamos realidad. Si realmente nos estamos muriendo, oigamos el estertor de nuestras gargantas y sintamos frío en las extremidades; si estamos vivos, vayamos a lo nuestro.

El tiempo no es sino la corriente donde voy a pescar. Bebo en ella, pero mientras bebo, veo el fondo arenoso y advierto lo somero que es. Su delgada corriente se desliza, pero la eternidad permanece. Querría beber en lo profundo, pescar en el cielo, cuyo fondo está empedrado de estrellas. No puedo contar ni una sola. No conozco la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací. La inteligencia es un cuchillo afilado, discierne y penetra el secreto de las cosas. No deseo estar más ocupado con mis manos de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento mis mejores facultades concentradas en ella. Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano para excavar, así como otras criaturas usan su hocico y patas delanteras, y con ella minaría y excavaría mi camino a través de estas colinas. Creo que la vena más rica está por aquí; juzgo por la varita adivinatoria y los finos vapores ascendentes, y aquí empezaré a cavar.

Sonidos*

Pero mientras nos limitemos a los libros, aunque sean los más selectos y clásicos, y leamos sólo ciertas lenguas escritas, que en sí mismas son dialectales y provincianas, estamos en peligro de olvidar la lengua que todas las cosas y acontecimientos hablan sin metáfora, la única que es abundante y modélica. Se publica mucho, pero se imprime poco. Los rayos que penetran por el postigo no se recordarán cuando el postigo esté completamente abierto. Ningún método ni disciplina pueden suplir la necesidad de estar siempre alerta. ¿Qué es un curso de historia, filosofía o poesía, por bien elegido que esté, o la mejor compañía, o la más admirable rutina de la vida, comparados con la disciplina de mirar siempre lo que hay que ver? ¿Serás sólo un lector, un estudiante o un visionario? Lee tu hado, mira lo que hay frente a ti y camina hacia el futuro.

Durante el primer verano no leí libros; planté habas. No, a menudo hice algo mejor. Había momentos en que no podía permitirme sacrificar el esplendor del momento presente por trabajo alguno, de la cabeza o las manos. Quiero un amplio margen en mi vida. A veces, en una mañana de verano, tras mi baño de costumbre, me sentaba en el umbral soleado desde el amanecer hasta el mediodía, absorto en una ensoñación, entre los pinos, nogales y zumaques, en imperturbada soledad y tranquilidad, mientras los pájaros cantaban alrededor o revoloteaban silenciosos por la casa, hasta que, por la puesta de sol en mi ventana occidental o por el sonido del carro de algún viajero en la lejana carretera, me acordaba del paso del tiempo. En aquellos instantes crecía como el maíz por la noche, y resultaban mejor de lo que habría sido cualquier trabajo con las manos. No era tiempo sustraído de mi vida, pues estaba muy por encima de mi renta habitual. Me di cuenta de lo que los orientales entienden por la contemplación y el abandono de las obras. En gran medida, no me importaba cómo pasaban las horas. El

* "Sonidos", capítulo IV de *Walden o la vida en los bosques*.

día avanzaba como para iluminar alguno de mis trabajos; era por la mañana y, mirad, ahora es por la tarde y nada memorable se ha logrado. En lugar de cantar como los pájaros, sonreía silenciosamente por mi incesante buena fortuna. Como el gorrión tenía su trino, posado en el nogal frente a mi puerta, así tenía yo mi risita o el gorjeo amortiguado que podría oír desde mi nido. Mis días no eran los días de la semana, con el sello de una deidad pagana, ni eran desmenuzados en horas ni golpeados por el tictac de un reloj, porque vivía como los indios puri, de quienes se dice que "para el ayer, el hoy y el mañana sólo tienen una palabra, y expresan la variedad de significado señalando hacia adelante para mañana, hacia atrás para ayer y sobre su cabeza para el día que pasa". Esto era flagrante ociosidad para mis conciudadanos, sin duda, pero si los pájaros y las flores me hubieran examinado según sus pautas, no habrían hallado falta en mí. Es cierto que un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo. El día natural es muy tranquilo y no reprobará su indolencia.

Tenía una ventaja al menos en mi modo de vida sobre los que estaban obligados a mirar al exterior en busca de diversión, a la sociedad y al teatro: que mi propia vida se convertía en una diversión y no dejaba de ser una novela. Era un drama de muchas escenas y sin un final. Si nos ganáramos siempre el sustento y reguláramos nuestras vidas por el último y mejor método que hemos aprendido, no nos aburriríamos nunca. Seguid vuestro genio de cerca y no dejará de mostraros una nueva perspectiva cada hora. El quehacer doméstico era un pasatiempo agradable. Cuando mi suelo estaba sucio, me levantaba temprano y, tras sacar al exterior todos mis muebles y dejarlos sobre la hierba, con la cama y el armazón en una sola pieza, rociaba el suelo con agua, esparcía arena blanca de la laguna y luego lo barría con una escoba hasta dejarlo limpio y reluciente y, cuando los ciudadanos se desayunaban, el sol matutino ya había secado mi casa lo suficiente para permitirme entrar de nuevo, y mis meditaciones eran casi ininterrumpidas. Era agradable ver todos mis enseres domésticos sobre la hierba, formando una pequeña pila, como el fardo de un gitano, y mi mesa de tres patas, de la que no quitaba los libros, la pluma y la tinta, en medio de los pinos y los nogales. Parecían contentos de verse afuera, como si no quisieran ser llevados adentro. A veces sentía la tentación de extender un toldo sobre ellos y sentarme allí. Valía la pena ver brillar el sol sobre estas cosas y oír soplar libre al viento sobre ellas; los objetos más familiares parecen mucho más interesantes fuera que dentro de casa. Un pájaro se posa en la rama cercana, la siempreviva crece bajo la mesa y los sarmientos de zarzamora se enredan en sus patas; las piñas, castañas erizadas y hojas de fresa se esparcen alrededor. Parecía que de este modo llegaron a transferirse tales formas a nuestro mobiliario, a mesas, sillas y armazones, porque una vez estuvieron en medio de ellas.

Mi casa estaba en la ladera de una colina, al borde del gran bosque, en medio de un joven soto de pinos tea y nogales, a media docena de varas de la laguna, a la que conducía un estrecho sendero colina abajo. Enfrente de ella crecían fresas, zarzamoras y siemprevivas, verbenas y cañas doradas, roblecillos y cerezo de arena, arándano y maníes. A finales de mayo, el cerezo de arena (*Cerasuspumila*) adornaba ambos lados del sendero con sus delicadas flores dispuestas cilíndricamente en umbelas en torno a cortos tallos, que, por fin, en otoño, se combaban con sus notables y hermosas cerezas, caídas en guirnaldas radiantes por todos lados. Las probaba por gratitud hacia la naturaleza, aunque no eran sabrosas. El zumaque (*Rhus glabra*) crecía exuberante en torno a la casa trepando por el terraplén que había construido, y llegó a los cinco o seis pies la primera temporada. Su amplia hoja pinada tropical era grata a la vista, aunque extraña. Las grandes yemas, que brotaban tardíamente en primavera de secas varas que parecían muertas, se convertían como por arte de magia en graciosas ramas verdes y tiernas de una pulgada de diámetro y, a veces, cuando me sentaba en la ventana, crecían y forzaban sus débiles junturas con tal descuido que oía caer una rama nueva y tierna, como un abanico sobre el suelo, cuando no se movía ni una pizca de aire, rota por su propio peso. En agosto, los grandes racimos de bayas, que cuando florecían habían atraído a multitud de abejas, asumían gradualmente su aterciopelado matiz carmesí y, del peso, se combaban y rompían sus tiernos miembros.

Mientras estoy sentado en mi ventana en este mediodía de verano, los halcones sobrevuelan el claro; el apresuramiento de las palomas salvajes, que cruzan transversalmente mi perspectiva por parejas y tríos o se posan inquietas sobre las ramas del pino blanco detrás de mi casa, da voz al aire; un pigargo riza la superficie cristalina de la laguna y trae consigo un pez; un visón sale del marjal frente a mi puerta y atrapa una rana en la orilla; la juncia se arquea bajo el peso de los chamberguillos que revolotean por aquí y por allí y, durante la última media hora, he oído el traqueteo de los vagones del ferrocarril, que ahora se pierde y luego revive, como el aleteo de una perdiz, con el transporte de pasajeros de Boston al campo. Pues yo no vivía tan alejado del mundo como aquel muchacho que, según he oído, llevado a una granja del este de la ciudad, salió corriendo y volvió a casa de nuevo, desaliñado y nostálgico. Nunca había visto un lugar tan sombrío y apartado; la gente se había ido, ¡ni siquiera se oía el silbido! Dudo que queden lugares así en Massachusetts:

En verdad, nuestra ciudad se ha convertido en una terminal
De una de esas veloces flechas ferroviarias, y sobre
Nuestro manso llano su suave sonido es Concord.

El ferrocarril de Fitchburg linda con la laguna a unas cien varas al sur de donde vivo. Por lo general, voy a la ciudad siguiendo su trazado y, por así decirlo, ése es mi vínculo con la sociedad. Los hombres de los trenes de mercancías que recorren el camino me saludan como a un viejo conocido, pues a menudo se cruzan conmigo y aparentemente me toman por un empleado; eso es lo que soy. Con gusto sería también reparador de vías en algún lugar de la órbita de la tierra.

El silbido de la locomotora penetra en mis bosques en verano e invierno como el chillido de un halcón que atraviesa el terreno de un granjero, y me informa de que llegan numerosos e incansables mercaderes urbanos al círculo de la ciudad, o aventurados comerciantes del otro extremo del país. Cuando entran en el horizonte, se lanzan unos a otros un aviso para despejar la vía que a veces se oye en el radio de dos ciudades. ¡Campo, aquí vienen tus viandas! ¡Vuestras raciones, campesinos! No hay un hombre tan independiente en su granja que pueda rehusarlas. ¡Y ahí tenéis vuestra paga!, chilla el silbato del hombre de campo; madera en forma de largos arietes a veinte millas por hora contra los muros de la ciudad y suficientes plazas para acomodar a cuantos llegan cansados y sobrecargados. Con esa tremenda y torpe cortesía el campo ofrece un asiento a la ciudad. Todas las colinas indias de gayubas son despojadas, todos los prados de arándano se rastrillan hasta la ciudad. Sube el algodón, baja el lienzo tejido; sube la seda, baja la lana; suben los libros, pero baja el ingenio que los escribe.

Cuando me encuentro con la máquina y su serie de vagones con movimiento planetario –o más bien como un cometa, porque el espectador no sabe a qué velocidad y en qué dirección volverá a visitar este sistema, ya que su órbita no parece tener curva de vuelta–, con su nube de vapor como una bandera que ondea con guirnaldas doradas y plateadas, como las nubes vellosas que he visto en lo alto del cielo, desplegando su masa en el aire, como si este semidiós viajero, este conductor de nubes, hubiera tomado el cielo crepuscular por la librea de su séquito; cuando oigo que las colinas hacen eco al resoplido tronador del caballo de hierro, que agita la tierra con sus pies y respira fuego y humo por sus narices (ignoro qué tipo de caballo alado o fiero dragón pondrán en la nueva mitología), parece como si la tierra tuviera por fin una raza digna de habitarla. ¡Si todo fuera como parece y los hombres sometieran a los elementos por nobles fines! Si la nube que cuelga sobre la máquina fuera la transpiración de hechos heroicos, o fuera tan beneficiosa como la que flota sobre los campos del granjero, entonces los elementos y la naturaleza misma acompañarían alegremente a los hombres en sus vagabundeos y serían su escolta.

Contemplo el paso de los vagones matutinos con el mismo sentimiento con el que contemplo la salida del sol, que apenas es más regular. El tren de nubes, que se extiende por detrás y se eleva cada vez más hasta el cielo mientras los vagones van a Boston, oculta el sol por un momento y deja en la sombra mi campo lejano; es un tren celestial del que el mezquino tren de vagones que abraza la tierra no es sino la punta de la lanza. El mozo de cuadra del caballo de hierro se ha levantado

temprano esta mañana invernal por la luz de las estrellas entre las montañas para alimentar y enjaezar a su montura. También se despertó temprano el fuego para darle calor vital y hacerlo salir. ¡Si la empresa fuera tan inocente como temprana! Si hay mucha nieve, se calzan las raquetas y, con el arado gigante, trazan un surco desde las montañas hasta la costa en que los vagones, como una dócil sembradora, esparcen hombres incansables y mercancías flotantes como semillas por el campo. Durante todo el día los caballos de fuego sobrevuelan el campo y sólo se detienen para que su dueño pueda descansar, y a medianoche me despierta su ruido y desafiante resoplido, cuando en alguna remota cañada de los bosques se queda encajonado entre el hielo y la nieve. Llegará a su establo con la estrella de la mañana, para empezar una vez más sus viajes sin haber descansado o dormido. Por la tarde tal vez le oiga en su establo desfogando la energía sobrante del día, para calmar sus nervios y enfriar su hígado y cerebro con unas pocas horas de sueño férreo. ¡Si la empresa fuera tan heroica e imponente como prolongada e inagotable!

A través de bosques poco frecuentados en los confines de las ciudades, donde sólo ha penetrado el cazador de día, en la más oscura noche se adentran estos brillantes salones sin conocer a sus habitantes; ahora paran en una brillante estación de la ciudad, donde se reúne la muchedumbre, y luego en la Ciénaga Sombría, para asustar al búho y al zorro. Las salidas y llegadas de los vagones señalan ahora las partes del día en la ciudad. Van y vienen con tal regularidad y precisión, y su silbido puede oírse desde tan lejos, que con ellos los granjeros ponen en hora sus relojes y así una institución bien conducida regula todo un país. ¿No han mejorado los hombres en puntualidad desde que se inventó el ferrocarril? ¿No hablan y piensan más rápido en la estación de lo que lo hacían en la parada de la diligencia? Hay algo electrizador en aquella atmósfera. Me asombran los milagros que ha obrado; que ciertos vecinos, de los que nunca habría profetizado que fueran a Boston por un transporte tan rápido, estén a punto cuando suena la campana. Hacer las cosas "a la manera del ferrocarril" es ahora la marca de calidad, y vale la pena que nos avisen a menudo y sinceramente por cualquier medio para que nos quitemos de su camino. No hay tiempo de pararse a leer la ley de orden público, en este caso, ni para disparar sobre las cabezas de la masa. Hemos construido un hado, un *Atropos*, que nunca se desvía. (Que ése sea el nombre de vuestra máquina.) A los hombres se les advierte que a cierta hora y minuto se echarán los cerrojos en los puntos cardinales; sin embargo, esto no interfiere en los asuntos de nadie y los niños van a la escuela por otro camino. Estamos más seguros gracias a él. Somos educados así para ser hijos de Tell. El aire está lleno de cerrojos invisibles. Toda senda, salvo la vuestra, es la senda del hado. Seguid, pues, vuestro camino.

Lo que hace recomendable para mí el comercio es su iniciativa y valentía. No junta las manos ni reza a Júpiter. Veo que estos hombres van a su negocio cada día con más o menos coraje y alegría, y que incluso hacen más de lo que creen y tal vez de una manera más útil que si se lo hubieran propuesto conscientemente. Me conmueve menos el heroísmo de los que aguantan media hora en el frente de Buena Vista que el firme y alegre valor de los hombres que usan el quita-nieves como cuartel de invierno; que tienen no sólo el coraje de las tres de la mañana, que Bonaparte consideraba el más raro, sino un coraje que no les permite retirarse tan pronto y sólo necesita dormir cuando la tormenta duerme o los tendones de su montura de hierro están helados. En esta mañana de la gran nevada, que aún enciende y hiela la sangre de los hombres, tal vez oiga salir el tono amortiguado de su campana del banco de niebla que produce su helado aliento, para anunciar que los vagones *están al llegar* sin gran retraso, a pesar del veto de una tormenta de nieve del noreste de Nueva Inglaterra, y contemple a los campesinos cubiertos de nieve y escarcha, con las cabezas por encima de la vertedera del arado que estará removiendo no sólo margaritas y madrigueras de ratón campestre, como cantos rodados de la Sierra Nevada, que ocupan una posición exterior en el universo.

El comercio es inesperadamente confiado y sereno, atento, aventurero e incansable. Además, es muy natural en sus métodos, más que muchas fantásticas empresas y experimentos sentimentales, y de ahí su peculiar éxito. Me siento renovado y expansivo cuando me cruzo con el tren de mercancías y huelo las provisiones que van dispensando sus olores por el camino,

desde Long Wharf hasta el lago Champlain, y evocan lugares remotos, arrecifes de coral, océanos índicos, climas tropicales y toda la extensión del globo. Me siento como un ciudadano del mundo al ver la palma que cubrirá tantas rubias cabezas de Nueva Inglaterra en el próximo verano, el cáñamo de Manila y las cáscaras de coco, los viejos trastos, los sacos de yute, la chatarra y los clavos oxidados. Esta carga de velas rasgadas es más legible e interesante ahora que si hubiera sido forjada en papel y libros impresos. ¿Quién podría escribir tan gráficamente la historia de las tormentas que han capeado como estas rasgaduras? Son galeradas que no necesitan corrección. Aquí va la madera de los bosques de Maine que no se embarcó con la última marea, subida en cuatro dólares por mil por la que quedó en tierra o rota; pino, abeto, cedro, de primera, segunda, tercera y cuarta clase, hasta hace poco de una sola al combarse sobre el oso, el alce y el caribú. Luego sigue un primer lote de cal de Thomaston que llegará a las colinas antes de que escasee. ¡Y esos trapos embalados de todos los colores y calidades, la ínfima condición a la que han sido rebajados el algodón y el lino, el resultado final del vestido, de patrones que ya no se estilan, a menos que sea en Milwaukee, como esos espléndidos artículos, estampados ingleses, franceses o americanos, telas a cuadros, muselinas, etc., reunidos de todos los lugares de la moda y la pobreza, listos para convertirse en papel de un color o de ciertos matices, en el que se escribirán cuentos de la vida real, elevados e ínfimos, y fundados en hechos! Este vagón cerrado huele a salazón, el aroma fuerte y comercial de Nueva Inglaterra que recuerda a los grandes bancos y las pesquerías. ¿Quién no ha visto un pescado salado, completamente curado para este mundo, de modo que nada pueda estropearlo y que podría hacer ruborizar a los santos en su perseverancia? Con él se pueden barrer o empedrar las calles y partir las astillas, y el arriero y su carga pueden protegerse con él del sol, el viento y la lluvia, y el comerciante, como hiciera uno de Concord, colgarlo junto a su puerta como señal de que abre el negocio, hasta que por fin su cliente más antiguo no pueda asegurar si es animal, vegetal o mineral, aunque siga tan puro como un copo de nieve y, en caso de ser puesto en un cazo y hervido, resulte un excelente pescado magro para la cena del sábado.

Luego llegan los cueros españoles con sus colas, que aún conservan el giro y ángulo de elevación que tenían cuando los bueyes corrían por las pampas de la América española, un modelo de obstinación, que demuestra lo desesperados e incurables que resultan los vicios constitucionales. Confieso que, en la práctica, tras conocer la auténtica disposición de un hombre, no albergo esperanzas de cambiarla para mejor o para peor en esta etapa de la existencia. Como dicen los orientales: "Aunque calentáramos, apretáramos y atáramos con ligaduras una cola de perro, tras doce años de trabajo aún conservaría su forma natural". La única cura efectiva para los resabios que muestran estas colas consiste en hacer engrudo con ellas, que es, según creo, el uso que suele dárseles, y entonces quedarán fijas. Aquí hay un barril de melaza o de brandy dirigido a John Smith, Cuttingsville, Vermont, un mercader de las Green Mountains que importa para los granjeros de la vecindad y ahora tal vez vigila sobre su mamparo y que, al pensar en los últimos envíos marítimos y en cómo pueden afectar al precio, dice a sus clientes en este momento, como ya les ha dicho veinte veces esta mañana, que espera recibir algo de primera calidad en el próximo tren. Se ha publicado en el *Cuttingsville Times*.

Mientras estas cosas suben otras bajan. Avisado por el zumbido, levanto la vista de mi libro y veo un pino alto, talado en lejanas colinas del norte, que ha pasado volando sobre las Green Mountains y Connecticut, disparado como una flecha en sólo diez minutos a través de la ciudad, y que apenas nadie más ve; está listo para:

Ser el mástil
De un gran almirante.

¡Y escuchad! Aquí viene el tren del ganado con las reses de mil colinas, apriscos, establos y cañadas por el aire, arrieros con sus varas y jóvenes pastores en medio de sus rebaños, todo salvo los pastos montañosos, arremolinados como hojas traídas desde las montañas por los vendavales de septiembre. El aire se llena de balidos de terneros y ovejas y del ajetreo de los bueyes, como si se tratara de un valle pastoral. Cuando el viejo manso a la cabeza hace sonar su cencerro, las montañas

brincan como carneros y las pequeñas colinas como ovejas. También hay un vagón de arrieros en el medio, al mismo nivel ahora que los arreados, sin su vocación, pero aún aferrados a sus inútiles varas como a una insignia profesional. Pero sus perros, ¿dónde están? Para ellos se trata de una estampida; han sido abandonados, han perdido el rastro. Creo que los oigo ladrar tras las colinas de Peterboro, o jadear por la pendiente occidental de las Green Mountains. No estarán presentes en la matanza. Su vocación también ha desaparecido. Su fidelidad y sagacidad ya no se aprecia. Se escabullirán desventurados hacia sus casetas, o tal vez correrán asilvestrados y formarán una liga con el lobo y el zorro. Así acaba vuestra vida pastoral. Pero la campana suena y debo apartarme de la vía y dejar paso a los vagones:

¿Qué es el ferrocarril para mí?
Nunca voy a ver
Dónde acaba.
Llena unos pocos huecos
Y forma taludes para las golondrinas,
Da un soplido a la arena
E ímpetu a los arándanos.

Pero la cruzo como una carretera en los bosques. No dejaré que su humo, vapor y pitido moleste a mis ojos ni dañe a mis oídos.

Ahora que los vagones han pasado, y con ellos todo el mundo incansable, y los peces en la laguna ya no sienten su retumbar, estoy más solo que nunca. Durante el resto de la larga tarde mis meditaciones tal vez sean sólo interrumpidas por el débil traqueteo de un carro o una yunta en la lejana carretera.

A veces, en domingo, oigo las campanas, la campana de Lincoln, Acton, Bedford o Concord, cuando el viento es favorable, una débil, dulce y, por así decirlo, natural melodía, digna de ser importada al desierto. A suficiente distancia en los bosques, este sonido adquiere cierto zumbido vibratorio, como si las agujas de pino en el horizonte fueran las cuerdas rozadas de un arpa. Todo sonido oído a la mayor distancia posible produce uno y el mismo efecto: una vibración de la lira universal, así como la atmósfera intermedia forma una lejana ondulación

de tierra que interesa a la mirada por su tinte azul. Llegaba hasta mí en este caso una melodía que el aire había pulsado y que había conversado con cada hoja y aguja de los bosques, esa porción de sonido que los elementos habían aceptado, modulado y prolongado con ecos de valle en valle. El eco es, hasta cierto punto, un sonido original, y de ahí su magia y encanto. No es sólo la repetición de lo que era digno de repetirse en la campana, sino en parte la voz del bosque, las mismas palabras y notas triviales cantadas por una ninfa.

Al atardecer, los lejanos mugidos de una vaca en el horizonte tras los bosques sonaban dulces y melodiosos, y al principio se confundían con las voces de ciertos trovadores que en ocasiones me ofrecían su serenata, errantes por colinas y valles; sin embargo, no me sentía ingratamente decepcionado cuando al instante se prolongaban en la barata y natural música de la vaca. No pretendo ser satírico, sino expresar mi apreciación por el canto de aquellos jóvenes, si afirmo que percibía claramente su afinidad con la música de la vaca y que resultaban una articulación de la naturaleza.

Regularmente, a las siete y media, en cierta época del verano, tras la partida del tren vespertino, los chotacabras cantaban sus vísperas durante media hora, posados en un tocón junto a mi puerta o sobre la parhilera de la casa. Empezaban a cantar casi con tanta precisión como un reloj, cada tarde, durante cinco minutos y a cierta hora próxima a la puesta de sol. Tuve una rara oportunidad de familiarizarme con sus hábitos. A veces oía cuatro o cinco a la vez en diferentes partes del bosque, casualmente un acorde tras otro, y tan cerca de mí que no sólo distinguía el cloqueo tras cada nota, sino a menudo su peculiar zumbido, como de una mosca en una telaraña, sólo que proporcionalmente más fuerte. A veces uno de ellos me rondaba en los bosques a pocos pies de distancia, como atado a una cuerda, probablemente cuando estaba cerca de sus huevos. Cantaban a intervalos toda la noche y eran de nuevo tan musicales como siempre al amanecer.

Cuando otros pájaros callan, las lechuzas toman el relevo, como plañideras, con su viejo u-lu-lu. Su deprimente grito es verdaderamente Ben Jonsoniano. ¡Sabias arpías de medianoche! No es el honrado y romo tu-whit tu-who de los poetas,

sino, bromas aparte, la más solemne cancioncilla funeraria, los consuelos mutuos de los amantes suicidas que recuerdan los dolores y las delicias del amor sobrenatural en los bosquecillos infernales. Sin embargo, me encanta oír su llanto, sus dolientes respuestas, trinadas por la vereda, que evocan a los pájaros cantores; como si fuera el lado oscuro y lagrimoso de la música, los lamentos y suspiros que querríamos cantar. Son espíritus, los espíritus alicaídos y las aprensiones melancólicas de almas muertas que, con forma humana, rondaban de noche por la tierra y perpetraron los hechos de la oscuridad, y que ahora expían sus pecados con himnos gimientes o trenos en el escenario de sus transgresiones. Me comunican un nuevo sentido de la variedad y capacidad de esa naturaleza que es nuestra morada común. *¡0-o-o-oh si nunca hubiera nacido-o-o-o!*, suspira una a este lado de la laguna, y vuelve con la inquietud de la desesperación a una nueva rama de los robles grises. *¡0-o-o-oh si nunca hubiera nacidoo-o-o!*, responde otra en eco a lo lejos con trémula sinceridad, y *¡Nacido-o-o-o!* llega débilmente desde los bosques de Lincoln.

Un búho ululante cantaba también para mí su serenata. Podríais imaginarlo, tan cerca, como el sonido más melancólico de la naturaleza, como si pretendiera estereotipar y perpetuar en su coro los moribundos gemidos de un ser humano, alguna pobre y débil reliquia de mortalidad que hubiera dejado atrás la esperanza y aullara como un animal, aunque con sollozos humanos, al entrar en el oscuro valle, con voz más horrible por cierta melodía glótica; veo que he de usar las letras "gl" al tratar de imitarlo, expresión propia de quien ha alcanzado una fase gelatinosa y mohosa en la mortificación de todo pensamiento saludable y valiente. Me recordaba a demonios necrófagos e idiotas y a locos aullidos. Pero ahora llega una respuesta desde bosques lejanos con un tono que la distancia vuelve melodioso, *Hoo hoo hoo*, *hoorer hoo*, y que, en efecto, en gran medida sugiere sólo gratas asociaciones oídas de día o de noche, en verano o invierno.

Me alegra que haya búhos. Dejemos que lancen el idiota y maníaco ululato hacia los hombres. Es un sonido admirablemente adecuado a pantanos y bosques crepusculares que el día no ilumina, y que sugiere una vasta y no desarrollada

naturaleza que los hombres no han conocido. Los búhos representan el crudo crepúsculo y los pensamientos insatisfechos que todos tenemos. Durante el día el sol ha brillado sobre la superficie del pantano salvaje, donde se inclina el solitario abeto cubierto de líquenes, sobrevolado por pequeños halcones, el paro cecea entre las hojas perennes y la perdiz y el conejo merodean; ahora amanece un día más sombrío y apropiado, y una raza diferente de criaturas despierta allí para expresar el significado de la naturaleza.

A última hora de la tarde oía el lejano retumbar de los vagones sobre los puentes –un sonido que de noche llega más lejos que ningún otro–, el aullido de los perros y, a veces, de nuevo, el mugido de una vaca lastimera en un establo remoto. Entre tanto toda la orilla sonaba con el trompeteo de las ranas mugidoras, los rudos espíritus de antiguos bebedores y borrachos, aún impenitentes, que tratan de cantar un fragmento en su laguna Estigia –si las ninfas de Walden me permiten la comparación, pues, aunque allí no haya ortigas, sí que hay ranas–, dispuestos a mantener las reglas hilarantes de sus viejas mesas festivas, aunque sus voces se han vuelto solemnemente graves y roncas, se burlan de la alegría, el vino ha perdido su sabor hasta convertirse sólo en el licor que distiende sus panzas, y no es la dulce ebriedad la que ahoga la memoria del pasado, sino la mera saturación, anegación y distensión. El más concejil, con su barbilla sobre una hoja corazonada, que le sirve de servilleta para sus babeantes mandíbulas, bebe en esta orilla norte un gran trago del agua antes despreciada y pasa la copa con la exclamación *¡tr-r-roonk, tr-rroonk, tr-r-roonk!*, y por el agua llega desde una cavidad lejana la misma contraseña repetida, donde el siguiente en edad y volumen ha engullido lo propio, y cuando esta observancia ha completado el circuito de las orillas, entonces exclama el maestro de ceremonias, con satisfacción, *¡tr-r-roonk!*, y cada cual lo repite por turno, hasta el menos distendido, goteante y flojo panzudo, para que no haya equivocación posible; entonces el cuenco vuelve a girar, hasta que el sol dispersa la bruma matinal y el patriarca es el único que sigue fuera de la laguna y aún brama *troonk* de vez en cuando, a la espera de una réplica.

No estoy seguro de que oyera alguna vez el sonido del canto del gallo desde mi claro y pensé que podría valer la pena mantener un gallo sólo por su música, como un pájaro cantor. La nota del que una vez fuera un faisán indio salvaje es, por cierto, más notable que la de pájaro alguno y, si pudiera naturalizarse sin ser domesticado, pronto sería el sonido más famoso de nuestros bosques y superaría al graznido del ganso y al ululato del búho. ¡Imaginad luego el cacareo de las gallinas para colmar las pausas entre los clarines de sus maestros! No es de extrañar que el hombre añadiera este pájaro a su dócil reserva, por no decir nada de los huevos y las patas. Caminar en una mañana de invierno por un bosque donde abundaran esas aves, por sus bosques nativos, y oír cacarear a los gallos salvajes en los árboles, con un sonido claro y estridente sobre la tierra resonante que ahogaría las notas más débiles de los demás pájaros... ¡Pensadlo!

Pondrían en alerta a las naciones. ¿Quién no se levantaría cada vez más temprano en los días sucesivos de su vida, hasta que llegara a ser inefablemente saludable, rico y sabio? La nota de este pájaro extranjero es celebrada por los poetas de todos los países junto con las notas de sus rapsodas. Todos los climas convienen al valiente gallo. Es aún más indígena que los nativos. Su salud siempre es buena, sus pulmones están sanos, su espíritu nunca flaquea. Incluso el marinero en el Atlántico y el Pacífico se despierta con su voz; sin embargo, su estridente sonido nunca me despertó de mi sueño. No tenía perro, ni gato, ni vaca, ni cerdo, ni gallinas, así que diríais que en mi casa había deficiencia de sonidos domésticos; ni mantequera, ni rueca, ni el silbido de la tetera, ni el siseo de la cafetera, ni el grito de los niños como consuelo. Un hombre chapado a la antigua habría perdido sus sentidos o muerto de tedio antes de pasar por eso. No había ratas en la pared, ya que habrían muerto de hambre, o más bien nunca habrían visto cebo alguno, sino sólo ardillas en el tejado y bajo el suelo, un chotacabras en la parhilera, un grajo azul que chillaba bajo la ventana, una liebre o marmota bajo la casa, una lechuza o un búho tras ella, una bandada de gansos salvajes o un somormujo burlón en la laguna y un zorro para aullar de noche. La alondra o la oropéndola, esas dóciles aves de plantación, nunca visitaron mi claro. Ni los gallos cantaban ni las gallinas cacareaban en el corral. ¡No había corral, sino la naturaleza sin vallas hasta el mismo umbral! Un bosquecillo crecía bajo las ventanas, y zumaques y zarzamoras silvestres irrumpían en el sótano; robustos pinos se frotaban y crujían contra las tablillas por falta de espacio, con sus raíces bajo la casa. En lugar de una trampilla o persiana arrancadas por el vendaval, había un pino partido o tronchado por las raíces detrás de la casa, que serviría de combustible. ¡En lugar de quedar sin sendero hasta la puerta de entrada durante la gran nevada, no había puerta alguna, ni entrada, ni sendero al mundo civilizado!

Conclusión[*]

Al enfermo los médicos le recomiendan sabiamente un cambio de aire y de escenario. Gracias al cielo, aquí no está todo el mundo. El castaño de la India no crece en Nueva Inglaterra, y el ruiseñor rara vez se oye por aquí. El ganso salvaje es más cosmopolita que nosotros; se desayunan en Canadá, toman su merienda en Ohio, y se peinan las plumas por la noche, en un canalizo del sur. También el bisonte, hasta cierto punto, marcha al mismo paso que las estaciones, paciendo los pasos del Colorado solamente hasta que una hierba más verde y más dulce lo espera en Yelowstone. Pero todavía creemos que si se derribaran las cercas de rieles y se levantaran muros de piedra en nuestras chacras, se pondrían al instante límites a nuestras vidas, y nuestro destino se habría decidido. Si eres elegido secretario del ayuntamiento, ciertamente no podrás ir a Tierra del Fuego este verano, pero puedes ir, sin embargo, a la tierra del fuego infernal. El universo es más grande que la visión que tenemos de él.

Con todo, podríamos mirar más a menudo por sobre el coronamiento de nuestro barco, como los pasajeros curiosos, y no hacer el viaje como unos marineros estúpidos preparando estopa. El otro lado del globo no es más que la patria de nuestro corresponsal. Nuestro viaje es solamente una navegación circular, y los médicos lo prescriben sólo para las enfermedades de la piel. Uno tiene prisa por ir a Sud África a cazar jirafas, pero seguramente esta no es la caza que desearía después. ¿Por cuánto tiempo un hombre alcanzaría jirafas, si pudiera? Los becardones y las chochas también proporcionarían un raro deporte, pero creo que sería más noble caza pegarse un tiro.

Vuelve recta la mirada a tu interior,
Y mil regiones hallarás en ti
Aún no descubiertas. Hazte experto,
Viajando por allí, en tal cosmografía.

[*] "Conclusión", capítulo XVIII de *Walden o la vida en los bosques*.

¿Para qué África; para qué el Oeste? ¿No está blanco en la carta de marear nuestro interior, por negro que pueda mostrarse, como la costa, al ser descubierta? ¿Son las fuentes del Nilo, el Níger, o el Misisipi, o el Pasaje del Noroeste en torno a este continente, lo que querríamos encontrar? ¿Son estos los problemas que más conciernen a la humanidad? ¿Es Franklin el único hombre que se ha perdido, para que su mujer esté tan ansiosa de encontrarlo? ¿Sabe el señor Grinnell dónde está él mismo? Sé, más bien, el Mungo Park, el Lewis y Clarke y Frobisher de tus propias corrientes y océanos; explora tus propias altas latitudes, con cargamentos de viandas conservadas para sustentarte, si es necesario, y apila los vacíos portaviandas hacia el cielo, como un signo. ¿Se inventaron acaso las viandas conservadas meramente para conservar viandas? No; sé un Colón para todos los nuevos continentes y mundos dentro de ti, abriendo nuevos canales, no al comercio, sino al pensamiento. Cada hombre es el señor de un reino, comparado al cual el imperio del zar no es más que un estado insignificante, un mogote dejado por el hielo. Sin embargo, algunos que no se respetan a sí mismos, pueden ser patriotas, y sacrificar lo más grande a lo menos grande. Ellos aman el suelo que les sirve de tumba, pero no tienen ninguna simpatía por el espíritu que podría animar su arcilla. El patriotismo es un antojo en sus cabezas. ¿Cuál fue el significado de aquella Expedición Exploradora a los Mares del Sur, con todo su aparato y gastos, sino el indirecto reconocimiento del hecho de que hay continentes y mares en el mundo moral, de los cuales cada hombre es un istmo o una entrada, todavía inexplorados por él, y de que es más fácil navegar muchos miles de millas a través de fríos, tormentas y caníbales, en una nave del gobierno, con quinientos hombres y muchachos para ayudarle a uno, que explorar el mar privado, el Atlántico y el Pacífico del ser de uno mismo?

Que vaguen y que escruten la remota Australia,
Yo tengo más de Dios, y ellos más de camino.

No vale la pena dar la vuelta al mundo para contar los gatos de Zanzíbar. Sin embargo, hacedlo hasta que podáis hacer cosa mejor, y podréis, quizás, hallar algún "Symmes' Hole", por el cual llegar al fin de vuestro interior. Inglaterra y Francia, España y Portugal, la Costa de Oro y la Costa de los Esclavos, todo eso frente a este mar privado; pero ningún barco de esas partes se aventuró a perder de vista la tierra aunque esto era, sin duda, el camino directo a las Indias. Si quieres aprender a hablar todas las lenguas y acomodarte a las costumbres de todas las naciones, si quieres viajar más lejos que todos los viajeros, y ser naturalizado en todos los climas, y hacer que la Esfinge de con su cabeza contra una piedra, obedece el precepto del viejo filósofo, y explórate a ti mismo. Aquí dentro, se requieren ojo y nervio. Solamente los derrotados y los desertores van a las guerras, los cobardes que huyen y se alistan. Parte ahora mismo, por el camino al más lejano oeste que no se detiene en el Mississippi o en el Pacífico, ni conduce hacia una agotada China o Japón, sino que va en línea recta a esta esfera de invierno y verano, día y noche, donde el sol se pone, la luna se pone, y al fin la tierra también se pone.

Se dice que Mirabeau ensayó ser "salteador de caminos a fin de cerciorarse del grado de resolución necesario para ponerse uno mismo en formal oposición a las leyes más sagradas de la sociedad". Y declaró que "un soldado que lucha en las filas no necesita ni la mitad del coraje de un salteador de caminos"; que "el honor y la religión nunca han cerrado el paso a una resolución bien considerada y firme". Esto era varonil, dado como iba el mundo; pero era no obstante inútil, sino desesperado. Un hombre más sano se habría hallado bastante a menudo "en formal oposición" a lo que se imagina son "las leyes más sagradas de la sociedad", por la obediencia a leyes todavía más sagradas; y así, habría comprobado su resolución sin salirse de su camino. No corresponde a un hombre el colocarse en tal actitud para con la sociedad, sino mantenerse en la actitud que obedezca las leyes de su ser, que no será nunca de oposición a un gobierno justo, si él tuviera la suerte de encontrarlo.

Dejé los bosques por una razón tan buena como la que tuve para ir a ellos. Tal vez me pareció que tenía varias otras vidas que vivir, y no podía emplear más tiempo en ésa. Es notable cuán fácil e insensiblemente caemos en una ruta particular, y la hacemos nuestra senda trillada. No había vivido allí una semana sin que mis pies trazaran una senda desde mi puerta al lago,

y aunque hace ya unos cinco o seis años desde que andaba yo por ella, es todavía muy visible. Verdad es, lo temo, que otros habrán pasado por ella, contribuyendo a conservarla abierta. La superficie de la tierra es blanda y se deja marcar por los pies de los hombres; lo mismo sucede con las sendas por donde viaja la mente. ¡Qué gastados y polvorientos deben estar, entonces, los caminos del mundo; qué profundas deben ser las rutinas de la tradición y de la conformidad! No deseo tomar pasaje en una cabina, sino, más bien, viajar junto al mástil sobre la cubierta del mundo, pues allí puedo ver mejor la luz de la luna brillar entre las montañas. No deseo bajar ahora.

Gracias a mi experimento, aprendí esto por lo menos: que si uno viaja confiadamente en la dirección de sus sueños y trata de vivir la vida que ha imaginado, se encontrará con un éxito inesperado en las horas comunes. Dejará atrás algunas cosas, cruzará un límite invisible; leyes nuevas, universales, y más liberales empezarán a establecerse por sí mismas en torno a él y en su interior; o bien las viejas leyes se habrán ensanchado, e interpretado en su favor en un sentido más liberal, y vivirá con la licencia propia de un orden de seres más altos. En la medida en que simplifique su vida, las leyes del universo se le presentarán menos complejas, y la soledad no será soledad, ni la pobreza pobreza, ni la debilidad debilidad. Si has construido castillos en el aire, tu trabajo no debe quedar perdido; ése era el lugar en que debían levantarse. Pon ahora los cimientos debajo de ellos.

Es una exigencia ridícula de Inglaterra y América la de que tú les hables de modo que ellas puedan comprenderte. Ni los hombres ni los hongos crecen de ese modo. Como si eso fuera importante, y no hubiese bastantes para comprenderlo a uno, sin ellos. Como si la Naturaleza no admitiera más que un solo orden de entendimiento, y no tuviese pájaros lo mismo que cuadrúpedos, criaturas que vuelan y otras que se arrastran; como si las palabras que Bright puede comprender fueran el mejor inglés. Como si solamente hubiera seguridad en la estupidez. Yo temo, principalmente, que mi expresión no sea bastante *extra-vagante*; que no vague bastante más allá de los estrechos límites de mi experiencia diaria, como para ser adecuada a la verdad de que estoy convencido. *¡La extravagancia!* Ella sólo depende de lo acorralado que esté uno. El búfalo, que emigra en busca de nuevos pastos hacia otras latitudes, no es extravagante como la vaca que patea el balde, salta el cerco y corre a donde está su ternero, en el momento de ordeñarla. Deseo hablar de algo *sin* límites; como un hombre en sus momentos de vela a los hombres en sus momentos de vela; pues estoy convencido de que no puedo exagerar lo bastante siquiera como para poner la base para una verdadera expresión. ¿Quién, luego de oír un trozo de música, temería hablar de un modo extravagante? Al considerar lo futuro o lo posible, deberíamos vivir completamente sueltos e indefinidos al respecto con nuestros contornos oscuros y nebulosos vueltos hacia esa dirección; como nuestras sombras revelan una insensible tendencia hacia el sol. La volátil verdad de nuestras palabras debería revelar continuamente lo inadecuado del resto de la exposición. La verdad de ellas es instantáneamente traducida; sólo queda su monumento literal. Las palabras que expresan nuestra fe y nuestra piedad no son definidas; sin embargo, son expresivas y fragantes como incienso, para las naturalezas superiores.

¿Por qué hemos de bajar el nivel de nuestra más obtusa percepción, y alabar esto como sentido común? El sentido común es el sentido de los hombres dormidos, que ellos expresan roncando. A veces nos inclinamos a clasificar a los que tienen entendimiento y medio, como si tuvieran entendimiento a medias, porque sólo apreciamos la tercera parte de su talento. Algunos hallarán defectos en el rojo de la aurora si se levantasen muy temprano. "Algunos pretenden" según he oído, "que los versos de Kabir tienen cuatro sentidos diferentes: la ilusión, espíritu, intelecto y la doctrina exotérica de los Veda; pero, en esta parte del mundo, se considera motivo para lamentarse si los escritos de un hombre admiten más de una interpretación. Mientras Inglaterra trata de curar la enfermedad de las papas, ¿por qué nadie trata de curar la podredumbre del cerebro, que prevalece de modo tanto más vasto y fatal?

No creo haber llegado a la oscuridad, pero estaría orgulloso si, en cuanto a ella, no se hallara en mis páginas una falta mayor que la que se le encuentra al hielo del Walden. Los parroquianos del sur le objetaban su color azul, que es la

evidencia de su pureza, y preferían el hielo de Cambridge, que es blanco, pero tiene gusto a yuyos. La pureza que aman los hombres es semejante a las nieblas bajas que envuelven la tierra y no al éter azul de las alturas.

Algunos nos aturden los oídos diciendo que nosotros los americanos, y en general los modernos, somos enanos intelectuales comparados con los hombres antiguos o con los isabelinos. Pero ¿qué se proponen? Un perro vivo es mejor que un león muerto. ¿Deberá ahorcarse un hombre por el hecho de pertenecer a la raza de los pigmeos, en lugar de tratar de ser el más grande entre éstos? Cada uno atienda sus asuntos, y trate de ser tal como fue hecho.

¿Por qué tenemos tan desesperado afán de éxito, y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no marcha al mismo paso que sus compañeros, quizás sea porque él oye un tambor diferente. Marche según la música que oiga, cualquiera sea su compás y lejanía. No es importante que madure tan pronto como un manzano o un roble. ¿Deberá él cambiar su primavera en verano? Si la condición de las cosas para la que fuimos hechos no existe todavía, ¿cuál sería la realidad con que pudiéramos reemplazarla? No naufraguemos en una realidad vana. ¿Hemos de erigir con trabajo y penas, un cielo de vidrio azul sobre nosotros, aunque, una vez hecho, sea seguro que todavía contemplaremos el verdadero cielo etéreo, muy por encima, como si el primero no existiese?

En la ciudad de Kouroo, había una vez un artista que estaba dispuesto a luchar buscando la perfección. Un día se le ocurrió hacer un bastón. Habiendo considerado que en una obra imperfecta el tiempo es un ingrediente, pero en una obra perfecta el tiempo no entra en cuestión, se dijo: “ha de ser perfecta mi obra en todo sentido, aunque no haga otra cosa en toda mi vida. En el acto marchó al bosque por madera, resuelto a que el bastón no fuese hecho de material inadecuado, y mientras la buscaba, desechando palo tras palo, sus amigos iban dejándolo poco a poco, porque envejecían y morían, pero él, en cambio, no envejecía en lo más mínimo. La unidad de propósito y resolución, y su elevada piedad, le daban, sin que él lo supiera, perenne juventud. Como no hizo trato con el Tiempo, el Tiempo, apartado del camino del artista, suspiraba a distancia porque no podía vencerlo. Antes de que hubiera hallado un tronco enteramente apropiado, la ciudad de Kouroo era una antigua ruina; en un montículo de ésta se sentó a descortezar el palo, y antes de que le hubiera dado la forma adecuada, la dinastía de los Candahars tocaba a su fin; con la punta del palo escribió en la arena el nombre del último de esa estirpe, y reanudó su trabajo. Por el tiempo en que había alisado y pulido el bastón, Kalpa ya no era la estrella polar; y antes de que le hubiera puesto la férula y adornado el puño con piedras preciosas, Brahma había despertado y se había dormido varias veces. Pero, ¿para qué estoy mencionando estas cosas? Al dar el toque final a su obra, ésta, súbitamente, se desplegó ante los ojos del artista atónito, como la más bella de todas las creaciones de Brahma. Él había ideado un nuevo sistema de hacer un bastón, un mundo de plenas y bellas proporciones, en el cual, aunque viejas ciudades y dinastías habían fenecido, otras más bellas y más gloriosas las habían reemplazado. Y entonces él vio, por el montón de virutas todavía frescas a sus pies, que para él y su obra, aquel tiempo transcurrido había sido una ilusión, y no había durado más que lo requerido para que una sola centella del cerebro de Brahma cayera a inflamar la yesca de un cerebro mortal. El material era puro, y su arte era puro; ¿cómo podría no ser maravilloso el resultado?

Ningún aspecto que demos a una materia puede al fin ayudarnos tanto como la verdad. Esta sola perdura. En general, no estamos donde estamos, sino en una posición falsa. Por una incapacidad de nuestras naturalezas, suponemos un caso y nos ponemos en él, y, por consiguiente, estamos en dos casos a la vez, y es doblemente difícil nuestra salida. En los momentos de clara visión, miramos solamente los hechos, el caso real. Dice uno lo que tiene que decir, y no lo que debe decir. Cualquier verdad es mejor que un artificio. Tom Hyde, el calderero, fue interrogado en el patíbulo sobre si tenía algo que decir. “Decid a los sastres”, dijo, “que se acuerden de hacer el nudo en el hilo antes de dar la primera puntada”. El ruego de su compañero cayó en el olvido.

Por mezquina que sea tu vida, afróntala y vívela; no la esquives, ni la califiques con duros nombres. No es tan mala como tú. Parece la más pobre cuando tú eres el más rico. El criticón

hallará faltas aun en el paraíso. Ama tu vida, pobre como es. Puedes quizá tener algunas horas placenteras, emocionantes, gloriosas, hasta en un hospicio. El sol al ponerse se refleja en las ventanas de un asilo como en las de la morada del hombre rico; la nieve se derrite ante su puerta con igual premura que en otras partes. No veo por qué una mente serena no ha de vivir allí tan contenta y tener tan alegres pensamientos como en un palacio. Me parece que los pobres de la villa viven a menudo las vidas más independientes. Acaso son ellos, simplemente, lo bastante grandes para recibir todo sin recelo. En su mayor parte piensan que están por encima de necesitar ser sustentados por la villa, pero a menudo ocurre que no están por encima de sustentarse por medios deshonestos, lo cual sería más deshonroso. Cultiva la pobreza como una hierba de jardín, como la juncia. No te preocupes mucho por obtener nuevas cosas, ya sean vestidos o amigos. Da vuelta las viejas; retorna a ellas. Vende tus vestidos y conserva tus pensamientos. Dios verá que no necesitas sociedad. Si yo estuviera encerrado en el rincón de un desván por todos mis días, como una araña, el mundo sería justamente tan grande para mí como antes, mientras tuviese mis pensamientos conmigo. El filósofo dijo: "A un ejército de tres divisiones se lo puede hacer morder el polvo tomándole a su general; al hombre más abyecto y vulgar no se le pueden quitar sus pensamientos". No busques tan ansiosamente tu desarrollo, ni someterte a muchas influencias que te manejen; todo esto es disipación. La humildad, como la oscuridad, revela las luces celestiales. Las sombras de la pobreza y de lo mísero se agolpan en torno de nosotros, y, ¡mirad!, la creación se ensancha ante nuestra vista. Siempre se nos recuerda que si se nos diese la riqueza de Creso, nuestras aspiraciones deben ser las mismas, y nuestros medios esencialmente iguales. Además, si tu campo de acción es restringido por la pobreza, si no puedes comprar libros o periódicos, por ejemplo, estarás encerrado en medio de las experiencias más significativas y vitales; estarás obligado a tratar con los materiales que más azúcar y más almidón proporcionan. La vida que está cerca de los huesos es la más dulce. Estarás libre del peligro de ser frívolo. Ningún hombre cae nunca a un nivel más bajo, por magnanimidad hacia uno superior. La riqueza superflua sólo puede comprar

superfluidades. No se requiere dinero para comprar una cosa necesaria al alma.

Vivo en el ángulo de un muro de plomo, en cuya composición se ha vertido un poco del metal de las campanas. A menudo, en el reposo del mediodía, llega a mis oídos un confuso *tintinnablum* desde afuera. Es el ruido de mis contemporáneos. Mis vecinos me cuentan sus aventuras con famosos caballeros y damas, y las notabilidades que encuentran en una comida; pero tales cosas no me interesan más que las contenidas en el *Daily Times*. El interés de la conversación gira sobre los trajes y las maneras, principalmente; pero un ganso es un ganso, vístaselo como se quiera. Me hablan de California y Texas, de Inglaterra y las Indias, del honorable Sr……, de Georgia o de Massachusetts, todos fenómenos pasajeros y fugaces, hasta que pronto termino por saltar las tapias de su patio como el *bey* mameluco. Me deleito en acudir a mis ocupaciones, no en caminar en procesión con pompa y alardes en un lugar visible de todos, sino en pasearme con el Constructor del Universo, si me es dado hacerlo; no en vivir en este trivial Siglo Diecinueve, inquieto, nervioso y bullicioso, sino en quedarme parado o sentado, reflexionando, mientras pasa. ¿Qué están celebrando los hombres? Están todos en un comité de arreglos, y a cada hora esperan un discurso de alguien. Dios es solamente el presidente del día, y Webster es el orador. Amo pesar, considerar, decidir, gravitar hacia aquello que más fuerte y directamente me atrae; no colgarme del astil de la balanza, tratando de pesar menos; no suponer un caso, sino tomar el caso tal cual es; viajar por la única senda en que me es posible, y en la cual ningún poder puede resistirme. No me proporciona ninguna satisfacción principiar el arranque de un arco antes de obtener un sólido fundamento. No juguemos a patinar sobre hielo delgado. Hay un fondo sólido en cualquier parte. Leemos que el viajero preguntó al muchacho si el pantano que tenía delante era de fondo duro. El muchacho contestó que sí; pero el caballo se hundió hasta la cincha, y el viajero observó al muchacho: "Creí que decías que este pantano tenía un fondo duro". "Así es", contestó el último, "pero usted no ha llegado todavía a la mitad de donde lo es". Lo mismo pasa con los pantanos y arenas movedizas de la sociedad; sólo que es un muchacho viejo el que los

conoce. Únicamente lo pensado, dicho o hecho en cierta rara coincidencia es bueno. Yo no quisiera ser uno de aquellos que pretenden locamente meter un clavo en algo que no es más que listón y revoque; tal acto me tendría despierto durante noches. Déseme un martillo, y que yo sienta donde puede hacerse el agujero. No cuentes con la masilla. Mete un clavo hasta el fondo y remáchalo, de modo que puedas despertar en la noche y pensar en tu obra con satisfacción; una obra ante la cual uno no se avergonzaría de invocar a la Musa. Así, y sólo así, Dios te ayudará. Cada clavo metido debe ser como un roblón más en la máquina del universo, donde tú haces el trabajo.

Antes que amor, o que dinero, o fama, dadme verdad. Me senté a una mesa en la que había ricos manjares, vino en abundancia, y obsequiosos ayudantes; pero la sinceridad y la verdad no estaban allí, y me escapé, hambriento, de aquella mesa inhospitalaria. La hospitalidad es tan fría como los helados; pensé que no había necesidad de hielo para prepararlos. Me hablaban de la edad del vino, y de la fama del viñedo; pero yo pensaba en un vino más añejo, más nuevo y más puro, de una vendimia más gloriosa, que ellos no habían tenido, ni lo podían comprar. El estilo, la casa y sus terrenos, y los "entretenimientos", nada eran para mí. Fui a visitar al rey, pero me hizo esperar en su *hall*, y se condujo como un hombre incapacitado para la hospitalidad. Había un hombre en mis vecindades que vivía en un árbol hueco. Sus maneras eran, en verdad, reales. Yo habría hecho mejor en visitarlo a él.

¿Hasta cuándo nos sentaremos en nuestros pórticos, practicando virtudes inútiles y mustias, que cualquier trabajo volvería impertinentes? ¡Como si uno debiera comenzar su día con paciencia en el sufrimiento, y pagar a un hombre para azadonar sus papas; y al caer la tarde fuese a practicar la mansedumbre y la caridad cristianas con bondad premeditada! Considere uno el orgullo chino y la estancada complacencia de sí mismo del género humano. Esta generación se reclina un poco para congratularse de ser la última de un ilustre linaje; y en Boston, y Londres, y París, y Roma, pensando en su larga descendencia, hablan de su progreso en el arte, la ciencia y la literatura, con satisfacción. ¡Existen Memorias de las Sociedades Filosóficas, y las públicas Apologías de los *Grandes Hombres*! Esto es lo del buen Adán contemplando su propia virtud. "Sí, hemos realizado grandes hechos y cantado cantos divinos, que nunca morirán"; esto es, mientras *nosotros* podamos recordarlos. ¿Dónde están las sociedades sabias y los grandes hombres de Asiria? ¡Qué jóvenes filósofos y experimentalistas somos! No hay uno de mis lectores que haya vivido ya una vida humana entera. Los presentes sólo pueden ser los meses primaverales de la vida de la raza. Si hubiéramos tenido la comezón de los siete años, no habríamos visto todavía la cigarra de diecisiete años, en Concord. Conocemos solamente la película del globo en que vivimos. La mayor parte de nosotros no hemos clavado seis pies bajo su superficie, ni saltado otro tanto por encima de ella. No sabemos dónde nos hallamos. Además, permanecemos profundamente dormidos por más de la mitad de nuestro tiempo. No obstante, nos estimamos sabios, y tenemos un orden establecido sobre la superficie. ¡Verdaderamente somos unos pensadores profundos, unos espíritus ambiciosos! Cuando me detengo ante el insecto que se arrastra en medio de las pinochas sobre el suelo del bosque, tratando de esconderse de mi vista, me pregunto por qué abriga esos humildes pensamientos y oculta su cabeza de mí, que, tal vez, puedo ser su bienhechor y dar a su raza alguna información alegre, me acuerdo de ese mayor Bienhechor e Inteligencia que está sobre mí, insecto humano que soy.

Hay una incesante afluencia de lo novedosos en el mundo, y todavía toleramos una increíble estupidez. Me basta sólo aludir a la especie de sermones que todavía se escuchan en los países más cultos. Hay palabras tales como *gozo* y *dolor*, pero que sólo son el estribillo de un salmo cantado en tono nasal, mientras en verdad creemos en lo vulgar y ruin. Pensamos que podemos cambiar solamente nuestros vestidos. Se dice que el Imperio Británico es muy grande y respetable, y que los Estados Unidos son una potencia de primer orden. No creemos que debajo de cada hombre sube y baja una marea que pueda hacer flotar como una astilla al Imperio Británico, si la recibiera en su mente. ¿Quién sabe qué especie de cigarra de diecisiete años saldrá del suelo próximamente? El gobierno del mundo en que yo vivo no fue formado, como el británico, en conversaciones de sobremesa mientras se bebe el vino.

La vida en nosotros es como el agua en un río. Puede subir este año más alto de lo que hasta ahora haya presenciado el hombre, e inundar las resecas tierras altas. Hasta este mismo puede ser el año memorable que ahogue a todas nuestras ratas almizcleras. No siempre fueron tierras secas las que hoy habitamos. Veo, a lo lejos, tierra adentro, las riberas que la corriente bañaba en otros tiempos, antes de que la ciencia empezara a registrar sus crecidas. Todos han oído la historia que circuló en Nueva Inglaterra acerca de una fuerte y bella chinche que salió de la hoja seca de una vieja mesa de manzano que había estado en la cocina de un campesino durante sesenta años, primero en Connecticut, y después en Massachusetts, de un huevo depositado en el árbol vivo aún muchos años antes, como resultó al contarse las capas anulares. Se la oyó roer por varias semanas, incubada, tal vez, por el calor de un calentador. ¿Quién no siente fortalecida su fe en una resurrección e inmortalidad oyendo esto? ¡Quién sabe qué vida bella y alada, cuyo huevo estuvo sepultado durante siglos bajo muchas capas concéntricas de estupidez en la muerta y seca vida de la sociedad, habiendo sido depositado primero en la albura del árbol verde y viviente –que fue gradualmente convirtiéndose en una como bien endurecida tumba– y cuyo roer fue acaso oído durante años por la atónita familia del hombre sentada en torno a la festiva mesa, puede salir inesperadamente del mueble más trivial y más usado, para gozar, al fin, su perfecta vida estival!

No digo que John o Jonathan comprenderán todo esto; pero tal es el carácter de ese mañana, al que un mero correr del tiempo nunca haría amanecer. La luz que ciega nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo puede alborear el día para el cual estamos despiertos. Hay muchos días aún por amanecer. El sol no es más que un lucero del alba.

Amistad*
“Amigos, romanos, compatriotas y amantes”

Dejemos que el puro odio apuntale aún
Nuestro amor, que podamos ser
Cada uno del otro su conciencia,
Y obtener nuestra simpatía
Principalmente desde allí.

Nos trataremos como dioses,
Y toda la fe que tenemos
En la virtud y en la verdad, investiremos
En el otro, y dejaremos la sospecha
Para dioses inferiores.

Dos estrellas solitarias–
Un sistema infinito y lejano
Gira entre nosotros,
Pero por nuestra conciencia de la luz estamos
Determinados a un polo.

Qué necesidad confunde la esfera–
Dios puede permitirse esperar,
Para él ninguna hora es demasiado tarde
Para atestiguar que hemos cumplido nuestra tarea
O dar a otro el comienzo de la suya.

El amor no tendrá más uso,
Que el que tiene el tinte de las flores,
Sólo el huésped libre
Frecuenta su morada,
Hereda su legado.

* “Friendship”, *The Dial*, Nº VI, octubre de 1841.

No tiene una charla amable,
Sino que imparte sabio silencio
A sus compañeros,
Consuela por la noche,
Congratula en el día.

¿Qué dice la lengua a la lengua?
¿Qué oye el oído del oído?
Por los designios de la fortuna
De año en año,
Se comunica.

No hay paso en el abismo de profundos bostezos–
Ningún puente trivial de palabras,
O arco de osada envergadura,
Pueden superar el foso que rodea
Al hombre sincero.

Ninguna exhibición de cerrojos y barras
Puede mantener al enemigo afuera,
O escapar de su mina secreta
A quien entró con la duda
Que trazó la línea divisoria.

Ningún guardián de la puerta
Puede dejar entrar al amigo,
Pero como el sol sobre el todo
Conquistará el castillo,
Y brillará a lo largo del muro.

No hay nada que conozca en el mundo
Que pueda escapar del amor,
Por cada profundidad, va más abajo,
Y por cada altura, va más arriba.

Espera como espera el cielo,
Hasta que las nubes se van,
Todavía resplandece serenamente
Con un eterno día,

Igual cuando se han ido,
Como cuando permanecen.

Implacable es el Amor–
Los enemigos pueden ser comprados o desafiados
Desde su hostil intención,
Pero camina imperturbado
Quien está inclinado a la bondad.

Índice